



# BLACK ROSE

S.PUGLIESE & B.CASTILLO  
Hay secretos que nunca deben revelarse

**D.J.57**

BLACK ROSE

*"La verdadera tragedia no es ser engañado por la persona amada, es creer que nunca sucederá "*

*S.Pugliese B.Castillo*

## PRÓLOGO: SEBASTIAN

¿Realmente conoces a las personas que están contigo?

Pasamos los días enteros rodeados de personas, engañándonos al pensar que las conocemos. Familia, amigos, compañeros de trabajo, no sabemos de ellos más de lo que la máscara que usan al estar con nosotros les permite mostrar. Más allá de eso, sus verdaderos pensamientos, gustos, experiencias, miedos y demás secretos que puedan tener son un total misterio. ¿Cuántos esposos han cometido traición en su mente sin jamás tocar a nadie?, ¿cuántas veces las parejas se engañan entre ellos y pretenden no saber por la costumbre de estar cerca?, ¿qué tal asesinato?, ¿cuántos sádicos habrá que torturan y descuartizan en ese reino secreto de su imaginación?, ¿y cuántos habrá esperando la oportunidad para quitar una vida?, ¿cuántas mentiras al día crees que escuchamos?, ¿acaso estás seguro de conocer realmente a la persona que está junto a ti ahora?, ¿apostarías por eso?, ¿te jugarías la vida?

Confiar es algo que hacemos los seres humanos, es intrínseco a nuestra naturaleza. No podemos sobrevivir sin confiar en alguien; nuestro ser primitivo dentro del inconsciente nos pide a gritos alguien en quien confiar, porque contar con alguien garantiza nuestra supervivencia. Nadie quiere sentir que le mienten a diario. Yo mismo he confiado. Confié en mí esposa, la gran Alexa Hill. La mujer más hermosa. Su belleza solo es comparada con su inteligencia y con su pasión. Una mujer encantadora que alternaba su tiempo en el modelaje con una faceta altruista. Era sin duda el epítome del ideal al que una persona pueda aspirar. Belleza, fama, inteligencia, carisma, riqueza y demás virtudes concedidas a ella. Sin embargo, su pasado y más aún, su verdadera identidad distaba mucho de lo que todos, incluido yo, podíamos llegar siquiera a imaginar. Tras aquella sonrisa encantadora, un ser diferente se escondía.

# I

## SEBASTIAN

Si me preguntan cómo comenzó todo, responderé que todo empezó con una tarjeta negra.

Era un día común para mí. Esa mañana llegué a las oficinas de la disquera para discutir sobre los conciertos y eventos que tendría en los próximos meses. Doris, la secretaria, me recibió con una gran sonrisa como de costumbre. Yo la saludé con un fuerte abrazo. Realmente apreciaba a esa mujer, era un rostro amable en un medio tan hostil. Cuando estaba a punto de continuar mi camino hacia las oficinas, Doris me detuvo y me entregó un particular sobre de invitación. Lo observé mientras caminaba. Tenía un logo que me resultaba familiar, pero no lograba identificar. Lo abrí con la intención de ver de qué iba aquella invitación, y para mi sorpresa, solo había una tarjeta negra sin nada escrito en ella. No sé si fue mi curiosidad, el instinto o si acaso ya el destino había tomado aquella decisión por mí, pero conservé aquella tarjeta en mi bolsillo pensando en que sería útil en algún momento.

Cuando llegué a la sala de reuniones, vi a Marthy; mi representante, tomando un trago con Rick; el dueño de la disquera.

—Sebastian. Mi buen Sebastián —dijo Marthy mientras me recibía con un abrazo.

—Llegó el hombre del momento. —Expresó Rick.

La alegría de esos dos era inusual. Algo demasiado bueno debía estar pasando para que ellos me trataran así, en especial Rick. Él no era lo que llamaría... un hombre carismático.

—¡Tenemos magníficas noticias Sebastián!, ¿qué te parece cantar mientras las mujeres más hermosas del mundo desfilan a tu alrededor? —Expresó Rick.

—¿Son ideas para el vídeo del nuevo single? —Pregunté a Rick incrédulo.

—No, no, Sebastián. Estamos hablando de una presentación que catapultará tu carrera y será el principio de una era dorada para nosotros —dijo Marthy— la gran pasarela de Vita de este año se realizará en dos meses en New York, y tú, mi buen amigo, serás la estrella privilegiada que cantará mientras las modelos de Vita desfilan a tu alrededor.

—¿La pasarela de Vita? Eso es... ¡Vaya! —Respondí asombrado.

—Lo sé, es todo un evento —irrumpió Rick— Adaline Vita hizo de su marca y su pasarela, un evento icónico no solo para la moda, sino también para el entretenimiento. Estamos hablando de celebridades, empresarios y personas de la alta sociedad, todos reunidos para el gran show anual de Vita. ¿Qué tal? Apuesto que no soñabas con eso en Brasil.

A pesar de que yo había nacido aquí en California, el hecho de que mi familia fuera de Brasil me convertía en un inmigrante brasileño, al menos esa era la opinión de Rick.

Desde aquella reunión mis días comenzaron a girar en torno a la presentación de Vita. Las luces, las pruebas de sonido, el vestuario; cada detalle era tomado con extrema precisión. Ese era sin duda el evento del año.

No volví a ver la tarjeta hasta una noche antes del viaje a New York. Tocaba la guitarra en mi habitación, intentaba componer una canción en la que llevaba tiempo pensando, cuando un extraño sonido me cortó la inspiración. Dejé la guitarra a un lado y me levanté de la cama buscando su origen. Tras revisar toda la habitación, finalmente descubrí que el sonido venía de una pequeña luz en mi escritorio. Me acerqué y me di cuenta que la tarjeta que antes era negra totalmente, ahora tenía letras rojas que parecían haber sido escritas en fuego.

Sebastián Lima

Traje de gala

31 de octubre

Limusina frente a su portal

11:00 p. m.

A los pocos segundos el sonido y las letras desaparecieron totalmente. Esa noche no pude conciliar el sueño. Traté de activar la tarjeta de mil maneras diferentes, pero nada ocurrió. El amanecer llegó y con él la hora de mi viaje a New York.

Los nervios me consumían. Sabía que esa presentación era una oportunidad que podría llevar mi carrera a otro nivel, y así fue. Aquella noche sería una de las mejores presentaciones de mi vida, una que quedó grabada en mi mente. Fue esa noche mientras cantaba, que la vi por primera vez. La modelo favorita de Vita, Alexa Hill. Al ver ese cabello castaño, aquella cara hermosa y

esos ojos, esos ojos ámbar que penetraban mi alma y que parecían mirarme como nadie lo había hecho, algo dentro de mí cambió. Tenerla cerca provocó en mí un sentimiento de deseo, un instinto primitivo que me atraía a ella. Por aquel segundo en que nuestras miradas se cruzaron, las luces se apagaron, los sonidos cesaron, el mundo se volvió un enorme recinto vacío en el cual solo existíamos ella y yo.

De repente, el mundo regresó. Las luces y sonidos llenaron el espacio antes vacío. Ella sutilmente se acercó a mí con un gesto coqueto y por ese instante mi mente quedó en blanco. Olvidé la letra de la canción mientras la veía alejarse de mí. Por suerte, fue como si el tiempo se hubiera detenido y no hubieran pasado más que milésimas de segundos en las que nadie alcanzó a notar mi error.

El desfile finalizó en medio de una lluvia de aplausos. Recibí felicitaciones por parte de muchas celebridades, algunos que incluso en algún momento llegué a considerar ídolos, todo lo que alguna vez había imaginado se estaba convirtiendo en una realidad. Fue una noche sin precedentes, pero a pesar de todo lo bueno que estaba ocurriendo a mi alrededor, yo lo único en que podía pensar era en volver a ver a Alexa Hill, así que no dudé ni un segundo en asistir a la fiesta privada que había organizado Adaline Vita para los participantes del evento.

Fui con la esperanza de que estuviera ella, pero no fue así. Al parecer tuvo algo que hacer de último momento y se marchó antes que pudiera verla de nuevo. Estuve un rato en la fiesta bebiendo whiskey y conversando con personas del medio, hasta que en una de las mesas vi algo que llamó mi atención. Era el mismo logo que estaba en el sobre de la tarjeta negra. Le pregunté a una de las modelos sobre aquel logo sin mostrar interés, y fue cuando la sorpresa más grande de la noche llegó. Aquel, era el logo de Alexa Hill. Ahora nada parecía azar o una simple coincidencia. Había cuerdas que se movían para que ella y yo nos cruzáramos.

De regreso a L.A., descansé y conseguí un buen traje. Esa semana sería 31 de octubre, la fecha anunciada por la tarjeta. Nunca antes había estado tan ansioso por una fiesta, pero todo el misterio sobre la invitación y sobre el hecho de saber que estaba relacionada con Alexa, la hacía más especial que ninguna otra.

Llegó el momento. Eran las 11:00 p. m. del 31 de octubre. Me encontraba esperando frente a mi portal. Era una noche extrañamente helada, podía sentir el frío estremecer mis huesos. Tomé un cigarro de la cajetilla que tenía dentro de la

chaqueta y cuando estaba a punto de encenderlo, una limusina llegó. Un sujeto vestido con traje negro, cubriendo su rostro con una máscara, bajó.

—Señor Lima, por aquí por favor. —Esas fueron las únicas palabras que escuché pronunciar a aquel sujeto enmascarado.

Al entrar a la limusina pude notar una pequeña caja negra con mi nombre. Dentro de ella, un antifaz negro con una rosa bordada al costado. Al menos ahora sabía que me dirigía a una fiesta de máscaras. Quería saber más detalles, pero por mucho que intenté, el conductor no dijo una sola palabra durante todo el trayecto. Esto no tenía buena pinta. Busqué mi celular para informarle a alguien que había salido en una limusina con un rumbo desconocido, lo saqué de mi chaqueta, pero en cuanto intenté usarlo un mensaje apareció en mi pantalla.

Este dispositivo estará activo nuevamente al finalizar el evento. Disfrute su noche.

No sé en qué estaba pensando cuando decidí seguir las órdenes de una tarjeta. Tras un interminable trayecto, finalmente llegamos a una mansión. Quizás sea más apropiado decir, llegué a una casa embrujada. Era enorme, luces rojas la adornaban. En su entrada, animales disecados, una gran cabeza de cabra se encontraba sobre la puerta. Dos sujetos con traje de camarero y máscaras de cerdo me pidieron mi invitación. Cuando la tocaron, algunas letras que no pude leer aparecieron de nuevo en la tarjeta. Me señalaron el camino y se quedaron con la tarjeta.

Al llegar me di cuenta de algo muy particular. Todos en aquella fiesta usaban antifaces blancos. Solo yo usaba un antifaz negro. La noche se hacía más extraña con cada minuto que pasaba. Cuando entré al salón principal, noté como todos me miraban. Era como si intencionalmente yo debiese resaltar en aquella fiesta. Traté de encontrar una cara conocida a mi alrededor, y así fue, a pesar de las máscaras y antifaces, había rostros que se distinguían. Embajadores, ministros, actores, cantantes, parecía que la élite de todo el mundo se había reunido en aquella fiesta.

¿Qué era ese lugar?, ¿qué celebraban? Fueron dudas que comenzaron a llegar a mi mente.

Si la decoración del exterior era atípica, la del interior no se quedaba atrás. Figuras humanas adornaban el bufet y las mesas. En el centro del salón, una fuente con la forma de una niña llorando arrojaba vino tinto desde sus ojos. Todo era inquietante. Pero todas mis inquietudes desaparecieron en cuanto reconocí a Alexa. Llevaba un vestido blanco, con una máscara dorada a medio faz. Sus ojos



parecían brillar con luz propia. Estaba hermosa, impactante. Mi cuerpo se estremeció solo con verla y recordé que había ido a aquella fiesta por ella.

Me acerqué a uno de los camareros, tomé dos copas de champagne de su bandeja y caminé hacia ella, estaba rodeada de aduladores, pero eso no me importó. Le di una copa y ella sonrió.

—Aún quedan caballeros en el mundo —dijo sonriendo coquetamente mientras recibía la copa.

—Sí, aún quedamos... ¿Por qué no vamos a otro lado más tranquilo para conversar?

Sonrió, se despidió de quienes la rodeaban y caminó conmigo.

—¿A dónde vas Alexa? La diversión está aquí. —gritaban los idiotas con los que estaba mientras nos alejábamos.

—No les prestes atención, son hijos de algún productor y creen que con dinero pueden conseguirlo todo —dijo ella.

—¿Y cómo consigues tú lo que quieres? —No sé por qué pregunté eso. Traté de sonar interesante pero no me pareció la mejor respuesta a su comentario.

Ella me miró por un instante con sus enormes y brillantes ojos y no pudo contener la carcajada.

—Yo siempre consigo lo que quiero cariño—.

Después de ese momento todo fluyó con más naturalidad. Me felicitó por mis canciones, yo prometí que algún día le dedicaría una. Me enteré que aquella extravagante mansión era de ella. Me presentó a muchas personas poderosas esa misma noche. Todos querían un momento con ella. Más de uno me miraba con envidia. Finalmente tras muchas presentaciones e interrupciones bailamos un par de canciones mientras conversábamos sobre nuestros gustos, sueños, sobre la vida en general. De repente, de un momento a otro, los dos nos quedamos en silencio mirándonos fijamente a los ojos. Moría por besarla, así que me llené de valentía y la besé. Fue el beso de mi vida. Esos labios suaves y fríos, ese aroma dulce, esas mejillas sonrojadas en aquella piel bronceada. Su olor cautivante. Fue un momento mágico que me llevó al éxtasis para casi al instante lanzarme al vacío.

Unos tambores sonaron y vi como tres personas vestidas de negro y vistiendo máscaras extrañas venían hacia mí, pero antes de que se acercaran lo suficiente, ella me apartó.

—Debes irte —con voz dura y seria me dijo—. Debes irte ahora.

Claramente no tenía ganas de alejarme, pero noté que algo la preocupaba.

No me dejó opinar, simplemente me tomó por el brazo, me llevó a la puerta trasera y se aseguró que entrara a la limusina. Mientras me alejaba, vi como una mujer con una túnica negra se acercaba y le entregaba una igual a ella.

Esa noche volví a casa con muchas preguntas y ninguna respuesta. Y lo peor de todo es que no sabía si la volvería a ver. A la mañana siguiente un importante director de cine me llamaba para ser parte de su nueva película, una prestigiosa marca de ropa para ser su modelo, y el dueño de la disquera quería programar una reunión para llevar a mi banda a un nuevo nivel. No tenía claro por qué, pero presentía que todos habían sido parte de aquella misteriosa fiesta de máscaras. Entre todos los mensajes, había uno muy especial. Era de Alexa

“Me alegró conocerte, ven a mi casa hoy y cenemos juntos. Besos”. Ese mensaje fue suficiente para dejarme una sonrisa marcada en el rostro todo el día”.

Esa noche fui a su casa. Se veía aún más grande sin tantas personas dentro. Cocinamos, conversamos, tomamos vino y nos besamos de nuevo. Cada beso de ella se sentía como el primero. Lleno de pasión y ternura a la vez. Después de ese día empezamos a salir con más frecuencia. Asistíamos a galas y a eventos juntos. Tratábamos de vernos lo más seguido posible. A veces me visitaba de sorpresa cuando yo estaba de gira, en otras ocasiones yo la sorprendía al llegar a sus sesiones de fotos. Amaba compartir cada momento de mi tiempo con ella, pero nunca más volví a asistir a su gala anual de máscaras. Al poco tiempo de estar saliendo juntos, ella lo prohibió y yo acepté su decisión sin cuestionar.

Estuvimos dos años saliendo, dos años en lo que éramos casi inseparables. Dos años para enamorarnos. Una tarde, mientras llovía, veíamos una película sobre un drama familiar, ese día me confesó que uno de sus sueños era tener una familia. Al día siguiente, en una aparente cena casual, actúe como si me dirigiera al baño y junto a muchos supuestos clientes, hicimos todo un show solo para ella. Alexa no paraba de sonreír al ver el espectáculo y en medio del show me arrodillé para entregarle el anillo con el diamante más grande y brillante que puedan imaginar. Alexa rompió en llanto y me besó. Técnicamente nunca me dijo sí, hasta el día de nuestra boda.

Nuestra vida en ese punto era perfecta. Estaba casado con el amor de mi vida. Mi carrera musical iba mejor que nunca, y aunque aún no teníamos hijos porque Alexa consideraba que no era el momento, éramos lo que muchos describirían como la pareja ideal. Lamentablemente no había nada de ideal en

nosotros. En ese momento no lo sabía, pero me había casado con una mujer que desconocía totalmente. El desengaño apenas se aproximaba y necesitaría ayuda para desenmascarar a mi terrible esposa, y revelar la siniestra verdad que se ocultaba tras su nombre.

## II

### KENNA

Tenía tan solo 15 años cuando entré a la industria de la moda en Praga, mi ciudad natal. Aún era una joven inocente y llena de sueños. Con un metro setenta y siete de estatura era la más alta de mi clase, y según Veronika, la mujer que me descubrió, mi exótica belleza me llevaría a ser la musa indiscutible de los diseñadores.

En poco tiempo me convertí en una de las modelos más reconocidas de mi país. Mi rostro estaba en cada valla publicitaria, en cada portada de revista. Todos los diseñadores me querían en sus desfiles. Cada vez era más complicado asistir a la escuela, así que terminé por tomar clases en casa. Mi nombre pronto comenzó a ser escuchado por toda Europa, fue entonces cuando me di cuenta de que ser modelo ya no era un simple hobby, era mi vida.

Apenas me quedaba tiempo para compartir con mi familia, pasaba la mayor parte del año en viajes. Mis amigos ya no me hablaban y Veronika tenía agendado cada minuto de mi día. Cuando desee ser modelo nunca imaginé lo complicado que sería. Mis padres me lo advirtieron muchas veces, pero para cuando cumplí la mayoría de edad, ya no pudieron hacer nada. Ahora era mi decisión continuar en la industria de la moda y así lo hice. Elegí la fama, el glamour, el dinero. Cada año veía el gran Fashion Show de Vita y deseaba poder estar ahí, deseaba llegar a ser como Alexa Hill, la gran reina de las pasarelas.

Pronto me di cuenta que Europa ya no era suficiente para mí. Necesitaba avanzar en mi carrera, y sabía que mientras siguiera con Veronika, eso no iba a pasar. Analicé la situación por varias semanas, hasta que al fin tomé la decisión que cambiaría mi vida. Acepté firmar con L.A. Models Management, la mejor agencia de Los Ángeles. Todo lo que una vez había soñado se estaba volviendo realidad o al menos eso creí por unos días, porque no pasó mucho tiempo antes de darme cuenta que la vida en esa ciudad no sería como la había imaginado.

Al comienzo la agencia me asignó un apartamento que compartí con Grace, otra de sus modelos. Una joven de New York que me enseñó que en esta industria no existen los amigos, que las sonrisas no son de fiar y que sin importar lo famosa que había sido en Europa, en Los Ángeles solo era una más. Fueron meses sombríos. Pensé muchas veces en rendirme, en volver a casa; pero recordé

que mi padre, un veterano de guerra me educó para ser una mujer fuerte. Decidí que ya no me dejaría amedrentar más por Grace o por nadie. Mi vida empezó a cambiar y antes de cumplir un año en Los Ángeles, ya había logrado portadas de revista, comerciales de televisión e incluso había participado en la semana de la moda. Sin embargo, aún estaba muy lejos de llegar a ser como Alexa Hill, la mujer que había admirado desde mi adolescencia.

Alexa era mi modelo a seguir, quería ser como ella. El día que finalmente la conocí fue un sueño, me sentí la mujer más afortunada de la tierra. Pero ese sentimiento no duró mucho. Pronto el destino se encargó de mostrarme la oscura realidad. La mujer que había admirado por tanto tiempo, solo existía en mi mente y haberla conocido sería la peor de mis desgracias.

El 31 de octubre de ese año se celebraría la Gran Gala de máscaras de Alexa Hill. Para ese momento no tenía muy claro de qué se trataba, solo había escuchado rumores. Sabía que era uno de los eventos más importantes del año, organizado por la propia Alexa. Un evento al que todos querían asistir, pero pocos tenían la suerte de ser invitados. No había fotos o pruebas de aquella gala, no conocía a nadie que hubiera sido invitado. Era como un gran secreto a voces.

Un mes antes de la fiesta sucedió lo inesperado. Una tarjeta muy extraña estaba en mi buzón junto con algunos otros papeles. No le di mucha importancia porque venía cansada de un largo día de fotos. Subí a mi apartamento, abrí la puerta y como todas las noches, mi roommate Sophie, una aspirante a actriz de unos 20 años estaba bebiendo cervezas en la sala con su novia Isabella mientras escuchaban a Lana del Rey.

—Ciao Bella —dijo ella al verme entrar. Llevaba poco más de seis meses en Estados Unidos, así que nuestras conversaciones iban entre el inglés y lo poco que yo sabía de italiano.

—Ciao Sophie —le respondí mientras ponía sobre la mesa de centro los papeles que había recogido del buzón— ¿Isabella está bien? —pregunté preocupada al ver el mal estado en el que se encontraba.

—Sí. Ya sabes que no le va muy bien con el alcohol ¿algo para mí?

—No he visto aún. Vengo muy cansada y necesito una cerveza.

Caminé a la cocina, que estaba justo al lado de la sala. Tomé una cerveza del refrigerador, la destapé y cuando estaba a punto de dar mi primer trago, el grito de Sophie hizo que tirara la mitad de la cerveza sobre mí. A veces quería ahorcar a esa chica, era lo que describen como drama queen. Aunque admito que en el poco tiempo que llevábamos viviendo juntas le había tomado mucho cariño. La consideraba una hermana menor.

Me quité la blusa y atravesé la sala en sostén, pero antes de que ella hiciera alguna broma al respecto, la detuve con mi mirada. Solo rio. Llegué a mi habitación, me quité el sostén, busqué una camisa entre la pila de ropa que tenía en la cama y me la puse para volver a la sala. Allí estaba Sophie, eufórica con el sobre negro entre sus manos mientras Isabella estaba tan absorta en sí, que no se percataba de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué pasa Sophie?, ¿qué es esa tarjeta?

—¿De verdad no lo sabes? —Preguntó ella mientras me miraba con incredulidad— eres modelo ¿no tienes idea lo que significa esta tarjeta?

—No Sophie. No tengo idea de qué es eso. Solo veo un sobre negro con un símbolo que no reconozco. —Estaba demasiado cansada para adivinanzas.

—Pues mi querida Kenna... esta tarjeta puede ser tu pase al cielo o al infierno —dijo Sophie con una sonrisa maliciosa. Yo seguía sin entender de qué hablaba. Supongo que mi expresión demostraba tan poco interés en el asunto que Sophie tuvo que decirme sin más rodeos de que se trataba—. Dios Kenna, este es el símbolo de Alexa Hill ¡supongo que si sabes quién es ella! Y esta tarjeta, estoy segura, es la invitación a su fiesta anual donde se reúne la élite mundial. No sé por qué te invitaron, pero no puedes faltar. Hacerlo sería un suicidio social.

Cuando escuché fiesta de Alexa Hill quedé sin palabras. No podía creer que estuviera hablando de la famosa gala que durante años había sido todo un enigma. Tan rápido como pude le arrebaté el sobre de sus manos y lo abrí, mientras Sophie me miraba insistentemente. Para mi sorpresa, dentro del sobre solo había una tarjeta negra, completamente negra sin nada escrito. Ni siquiera un número, un símbolo, nada. No entendía qué estaba pasando, pero claramente Sophie tenía más información que yo.

—Tienes que esperar.

—¿Esperar?, ¿esperar qué?

—Solo esperar. Cuando menos lo esperes conocerás los detalles de la gala —dijo ella misteriosa—. Debo aceptar que este asunto estaba empezando a inquietarme. Por un lado me sentía feliz y nerviosa de tan solo pensar que conocería a Alexa, pero por otra parte mi intuición me enviaba cientos de señales de advertencia.

—Sophie... tienes algo que decirme ¿cómo sabes tanto de esto?

—Oh Kenna, hay tantas cosas que no sabes de mí. —Su intento de sonar misteriosa me causaba un poco de gracia.

Se levantó del Sofá. Tomó de la mano a Isabella, que apenas podía mantenerse en pie y se la llevó a su habitación. Yo me quedé allí viendo la tarjeta

en todos los ángulos posibles tratando de descubrir algo, pero solo lograba ver una tarjeta negra. Esa noche fui a dormir, pero mentiría si digo que descansé. Pasé la mitad de la noche buscando en internet algo sobre aquella fiesta, pero no encontraba nada que me fuera de ayuda. Solo encontré una foto de Alexa Hill y su padre Dante Rossi, catalogado como uno de los cinco hombres más poderosos del mundo. Luego de una exhaustiva búsqueda y ningún resultado, decidí seguir el consejo de Sophie, esperar.

A la mañana siguiente desperté y extrañamente no escuché ningún ruido. Sophie se encargaba de hacer notar su presencia cuando estaba en el apartamento, así que supuse que había salido a alguna audición. Caminé hasta la cocina, preparé un café como todas las mañanas y aproveché para leer un rato. Pocas veces tenía el día libre, así que decidí continuar con la lectura del *Origen* de Dan Brown, un libro que había iniciado hace un tiempo, pero que había dejado en el olvido a causa de tantos compromisos; leer sobre temas de conspiraciones, cultos, alienígenas y cualquier cosa que me llevara a pensar que había mucho más en este mundo de lo que creíamos conocer, era algo que realmente me apasionaba. Mientras leía, algo sobre las invitaciones a un evento del protagonista me hizo recordar mi invitación y entonces me di cuenta de que tal vez no era solo una tarjeta. Tal vez era algo mucho más tecnológico, y tratándose de Alexa Hill no lo dudé ni por un segundo.

Justo un mes antes del gran evento, mi tarjeta dejó de ser un simple rectángulo negro. Escuché un sonido que no reconocía en mi habitación, era como la notificación de un móvil, pero no provenía del mío. Intenté seguir el sonido hasta que me di cuenta que venía del cajón de mi mesa de noche, donde estaba guardado el sobre con la invitación a la gala. Lo tomé, saqué la tarjeta que estaba dentro y vi cómo aparecían los datos del evento.

Kenna Nóvak

31 de octubre

Traje de gala

Limusina frente a su portal

11:00 p. m.

Eso fue todo lo que apareció por cortos 30 segundos. Luego toda la información desapareció y volvió a ser un simple rectángulo negro. Los días posteriores a ese pasaron lentos, entre sesiones de fotos y desfiles, hasta que el

día de la Gran Gala llegó. Tenía una mezcla indescriptible de emociones. Eran las 9:00 p. m. y yo estaba lista con un precioso vestido negro de Oscar de la Renta sin tener idea de a dónde me dirigía. Mientras esperaba, decidí beber una copa de vino para intentar controlar los nervios. Y así, con más preguntas que respuestas, me encontré a mí misma siguiendo las órdenes de una tarjeta.



### III

#### KENNA

Una limusina negra de gran tamaño esperaba frente a mi portal. Un hombre alto vestido de traje y con un antifaz cubriendo su rostro, abrió mi puerta. Una pequeña caja negra con un lazo rojo y una tarjeta que decía mi nombre estaba sobre el asiento. Dentro, el antifaz más hermoso que hubiera visto. Era de color blanco con una rosa roja en un lado y bordados por toda la máscara. Lo puse sobre mi rostro e intenté hacerme una foto, pero mi celular estaba completamente inservible. La pantalla estaba toda negra excepto por un pequeño mensaje:

Este dispositivo estará activo nuevamente cuando finalice la gala. Disfrute su noche.

Cuando me di cuenta que había sido una mala decisión asistir a ese evento, ya era demasiado tarde para dar vuelta atrás. Intenté hablar con el conductor, pero fue inútil. Me ignoró todo el camino. Supongo que sólo seguía las órdenes de Alexa Hill. La situación no me resultaba divertida en lo absoluto, más que ir a una fiesta, me sentía parte de algún macabro juego. Uno al que yo había entrado por voluntad propia.

Tras un recorrido de unos 50 minutos sentí que la limusina finalmente se detuvo. No tenía idea de dónde estaba, pero todo me resultaba escalofriante. Hombres con máscaras extrañas estaban a la entrada tocando uno de esos tambores gigantes que solo lograba asociar con películas de terror. El conductor de la limusina bajó, abrió mi puerta sin decir una sola palabra y se marchó. Esa era la única propiedad en kilómetros y no se parecía en nada a la casa de Alexa Hill que había visto en los programas de entretenimiento. No tenía muchas opciones para ese momento. Mi móvil no funcionaba, estaba a kilómetros de la ciudad o cualquier lugar conocido, y ciertamente atravesar esos bosques a altas horas de la noche no parecía ser una buena idea, así que me resigné. Seguí a los demás invitados hasta la entrada principal.

A pesar de llevar antifaces estaba segura que reconocía a muchos de ellos. Intenté saludar pero nadie parecía escuchar. En la entrada dos hombres con sus

rostros cubiertos por máscaras de arlequines revisaron mi tarjeta y me dieron la bienvenida a la peor de mis pesadillas.

Los invitados iban vestidos de manera muy elegante. Todos con antifaces blancos de diferentes diseños, todos, menos una chica que llevaba un hermoso antifaz negro. En ese momento no logré reconocerla. Estaba a varios metros de ella y el antifaz que cubría la mitad de su rostro tampoco me hizo fácil la tarea de identificarla. Pero más tarde todo cobraría sentido. A los pocos minutos de haber llegado a la gala, las luces se apagaron, los bailarines comenzaron a descender del techo y en medio de todo, bajando dentro de un gran cubo de cristal apareció Alexa Hill. Era la única persona en toda la fiesta con una máscara dorada que solo cubría la mitad de su rostro. Las luces volvieron a iluminar todo el lugar. Por un par de horas pareció una fiesta normal, mucho alcohol, un DJ, decoraciones extravagantes... nada fuera de lo común. Decidí olvidar todo lo raro que había resultado la invitación a aquel evento y aproveché la barra libre.

Comencé a recorrer el lugar y mientras caminaba con un Martini en la mano me choqué con una esbelta mujer. Al levantar la mirada me di cuenta que se trataba de Alexa Hill. Que gran primer encuentro. Por suerte me quedaba poco en la copa y no lo derramé sobre ella.

—¡Madre mía! Perdona yo... yo —empecé a balbucear.

—Kenna Nóvak ¿cierto? —Dijo ella mientras sonreía amablemente.

—Sí. Es un gusto conocerte. Gracias por haberme invitado a tu fiesta, es maravillosa. Yo... —me interrumpió antes de que pudiera seguir diciendo tonterías.

—Gracias a ti por venir. He seguido tu trabajo por mucho tiempo y me gustaría conocerte un poco más.

No estaba precisamente sobria para ese momento, y responder sus preguntas de manera adecuada no iba a ser sencillo.

—Claro ¿qué te gustaría saber?

—¿Qué serías capaz de hacer por triunfar en esta industria?, ¿hasta dónde te gustaría llegar?

Reí un poco nerviosa.

—Me siento en una entrevista de trabajo, solo que nunca asistiría a una después de haber bebido tantas copas —respondí.

—No te preocupes Kenna. Es una fiesta y me alegra que estés disfrutando —dijo guiñándome el ojo.

Por suerte, un hombre de aspecto mayor que cubría su rostro con un

antifaz, me salvó de seguir haciendo el ridículo frente Alexa. Estaba actuando como una fan más. Él se acercó a ella, le susurró algo al oído, ella asintió con la cabeza y de inmediato se despidió de mí.

El cansancio acumulado de los últimos días ya estaba empezando a afectarme. Eran casi las tres de la mañana, quería volver a casa y descansar, pero una vez más estaba sin muchas opciones. Al parecer tenía que esperar que el evento terminara. A las tres en punto sonaron los tambores que estaban a la entrada cuando llegué. La música se apagó por unos segundos mientras una voz ronca pedía a todos los asistentes no abandonar la sala principal hasta que escucharan sonar los tambores nuevamente.

Pensé que se trataba de algún otro espectáculo con bailarines, así que omití las indicaciones. Caminé en busca del baño sin tener la menor idea de a dónde me dirigía. Vi unas escaleras que bajaban y otras que subían, lo dejé a la suerte y decidí ir hacia abajo. Las escaleras me llevaron a un largo pasillo que más bien parecía el túnel de un castillo medieval iluminado con antorchas. Había un par de puertas de madera, probé abrir cada una de ellas solo para descubrir que todas estaban con seguro. Poco antes de regresar vi a lo lejos una luz que parecía provenir de una puerta entreabierta. Supuse que ese debía ser el baño así que caminé hasta ahí. Pero cuando estaba a punto de abrir más la puerta, escuché unas voces diciendo algo en latín. Sólo logré entender dos palabras, Vita y Mortem.

En ese momento entendí por qué nadie debía abandonar la sala principal. Me asomé un poco a la puerta, apenas lo necesario para poder observar sin ser vista, y vi a una mujer de perfil que lucía como Alexa Hill rodeada de unas 10 personas, todas vistiendo cogullas negras. Junto a ella, yacía la mujer del antifaz negro en posición vertical atada de pies y manos. Sé que debí haberme ido en ese preciso instante, pero estaba paralizada.

Una mujer que estaba de espaldas le entregó a Alexa una daga en forma de media luna mientras pronunciaba algo en latín que no logré comprender. En ese momento Alexa retiró el antifaz que cubría el rostro de aquel cuerpo atado, y fue entonces cuando me di cuenta de quién se trataba, la chica que estaba a punto de ser sacrificada era Isabella, la novia de Sophie. Una chica que había visto casi a diario en mi apartamento los últimos seis meses, una chica incluso más joven que yo, una que apenas empezaba a disfrutar la vida. Una chica que nunca alcancé a conocer realmente por mi ocupada vida, una chica que ya no vería nunca más. Aterrorizada, mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Tuve que hacer un esfuerzo sobrenatural para no gritar. Salí de allí tan pronto como pude.

Volví al salón principal del que nunca debí haber salido y pasados unos 30 minutos los tambores volvieron a sonar. Todo había acabado.

De repente el mismo hombre que me había llevado a aquella fiesta se acercó a mí.

—Señorita Nývák. Su limusina la espera afuera para llevarla de vuelta a casa. —Me hizo un gesto con sus brazos indicando la salida. Yo estaba muerta del miedo, no podía hablar, las manos me temblaban y apenas podía contener mis lágrimas. Las imágenes de lo que había visto se repetían en mi mente una y otra vez; y aunque jamás olvidaría esa noche, saber que ya estaba a punto de salir de ese lugar, era un gran alivio.

—¡Kenna! Kenna Nývák —escuché a una mujer gritar mi nombre. Estaba casi segura que se trataba de Alexa. Respiré profundo, quería parecer calmada, giré mi cuerpo lentamente. Era ella, caminaba hacia mí con una gran sonrisa— Kenna, espero que hayas disfrutado de la fiesta. Ten mi tarjeta. Pronto me estaré comunicando contigo. Quiero que hablemos sobre tu futuro.

—Sí. Fue una fiesta inolvidable. —Sonreí tan natural como pude. Ella se acercó a mí y me dio un corto abrazo.

—Nos vemos pronto Kenna.

Esa noche llegué a mi apartamento con el deseo de que todo fuera parte de una alucinación causada por alguna droga en mi bebida. No sé cuántos vasos con agua bebí en un intento por sacar el alcohol de mi organismo o lo que sea que hubiera causado esas visiones. Salí de la cocina y me dirigí a la habitación de Sophie, necesitaba hablar con alguien que me dijera que nada de lo que vi había sido real, no podía serlo, pero ella no estaba ahí. Intenté dejar de pensar en aquella noche y me fui a dormir. Al despertar le preguntaría a Sophie por Isabella y confirmaría que todo había sido parte de mi imaginación.

## IV

### SEBASTIAN

Todo en mi vida iba mejor de lo que alguna vez soñé. Mi carrera se había disparado hacia instancias inimaginables, estaba casado con una mujer divertida, hermosa y cariñosa. Sentía que había triunfado en la vida.

Si bien todo parecía perfecto, a mis oídos siempre llegaron comentarios sobre una Alexa muy distinta a la que yo conocía. Hablaban de una Alexa Hill poderosa, frívola y temible. Una mujer capaz de arruinar vidas. Una déspota siempre al mando de toda situación. Nadie hablaba de esa mujer tierna que me preguntaba por mi día y que me exigía abrazos para dormir. Cuando le preguntaba por esos rumores, siempre se hacía oídos sordos al respecto y no le daba importancia. Jamás me dio una explicación.

No voy a negar que cuando me mudé a la mansión de Alexa me di cuenta que ella guardaba muchos secretos. Recuerdo que no quería que me asomara al nivel inferior hasta que acabara una supuesta remodelación que duró poco más de 2 semanas. Eso no habría sido nada extraño, excepto por el hecho de que no vi un solo contratista en todo ese tiempo. Su oficina era también un lugar que me generaba muchas preguntas. Siempre me mantuvo alejado. Al verme entrar daba excusas donde alegaba que ese era su lugar de trabajo y concentración o que era mejor pasar el tiempo afuera. Jamás duré más de tres minutos dentro. Su padre, Dante Rossi, era otro gran enigma. Se supone que se distanciaron cuando ella cambió su nombre de pila por el de Alexa Hill. Y el mayor misterio de todos era aquella fiesta de máscaras. Nunca tuve información de su verdadero motivo, por qué tuve que irme antes de que acabara o por qué tenía prohibido asistir. Pero de todas las cosas que podrían despertar sospechas, ninguna se comparaba con lo que vendría después.

El primero de noviembre de ese año, un sábado, lo recuerdo muy bien. Después de mi rutina de ejercicio matutino, me dispuse a tomar el desayuno mientras leía las noticias. Entre todas las noticias hubo una que llamó mi atención, Isabella Park, una It girl había sido encontrada muerta en su apartamento. Al parecer se trataba de un caso de suicidio. Supuse que Alexa la conocía, porque Isabella siempre asistía a los eventos de Vita, incluso había sido

novia de una de las modelos. Subí rápidamente a buscarla para informarle, pero no estaba en la habitación. Deduje que se encontraba en su oficina, así que fui hacia allá. Abrí la puerta sin tocar y la encontré a punto de destruir unos papeles. —Alexa, amor.

—¿Qué?, ¿qué haces aquí? —Era claro que se había asustado al verme ahí. Durante los años que llevábamos juntos jamás la había visto temer por algo y por primera vez pude ver pánico en su mirada.

—Lo siento amor, venía a decirte algo que vi en las noticias. —Me acerqué a ella.

—Entiendo, pero no era necesario que entraras a mi oficina. Hablemos afuera —dijo exaltada mientras con un movimiento escondía en una gaveta los papeles que antes quería destruir.

Me pregunté por qué no quería que viera aquellos papeles.

—Lo siento, amor, no quería hablarte así. Vamos a desayunar y me cuentas mientras comemos —dijo cuando logró recuperar la compostura.

Caminamos hasta el jardín. Nuestra maid nos llevó su desayuno: un jugo de naranja, un café y unas tostadas integrales. Mientras ambos desayunábamos le comenté lo ocurrido con Isabella. Fue evidente que se conocían, pero nunca compartieron mucho, o al menos eso me hizo creer. Bebió lo que le quedaba de su jugo, se puso de pie, me dio un beso y se despidió.

—Debo irme. Hoy es el casting de Vita. Espero no tardar tanto para que podamos cenar juntos. Te amo.

—Yo a ti.

Quedé solo en casa. En ese momento sabía que mi esposa guardaba secretos, pero aun así confiaba ciegamente en ella. Era mi esposa, la persona con quien había elegido compartir el resto de mi vida. Sin embargo, la curiosidad, extraño motivante para hacer grandes descubrimientos o entrar a grandes problemas, no me dejaba olvidar aquellos papeles. La reacción temerosa de Alexa en ese momento incrementaba mis deseos de investigar. No pensaba en nada más allá del simple antojo de saber. Por primera vez entré a esa oficina sin que ella estuviera presente. Busqué en la gaveta donde la vi guardar los papeles y no encontré nada. Revisé la cortadora de papel y estaba completamente vacía. Eso me daba la certeza de que aquellos misteriosos papeles se encontraban aquí, en alguna parte. Revisé el resto de gavetas de su escritorio, pero no encontré más que revistas de farándula o artículos recortados sobre líderes políticos, cosa que nunca imaginé que le interesara. En algún lugar de esa oficina debía haber un escondite. Me senté en su silla, para tratar de pensar como ella.

La oficina de Alexa era un lugar lleno de arte. El escritorio era bastante inusual, hecho por algún diseñador italiano. Un ventanal grande, desde la cual se podía ver hacia el jardín. Al lado contrario del ventanal había un pequeño lobby. La pared estaba adornada con portadas de revistas protagonizadas por ella, y un artículo de su autoría publicado en el New York Times, un escrito interesante sobre cómo la madurez venía de las experiencias vividas y no era inherente a la edad. Ese artículo era una de las cosas que más enorgullecía de Alexa.

En su escritorio solo había tres cosas. Un computador con una enorme pantalla, una foto de nuestra luna de miel en Bali y la figurilla de una mujer sosteniendo una antorcha. La pared que estaba frente al escritorio era gris, diferente a las otras, que eran blancas. Solo tenía dos sillas extrañas, cortesía de algún otro diseñador, y una pequeña mesa con un florero.

Busqué detrás de fotos colgadas en la pared. Detrás del artículo. Revisé las sillas, el escritorio, todo. Cuando estaba por rendirme, la figurilla de su escritorio llamó mi atención. La observé detenidamente sin saber qué esperar, y al tocar la antorcha me di cuenta que se trataba de algún tipo de botón. Lo presioné y para mi sorpresa, la pared gris se abrió como si de dos puertas se tratase, dejando ver una enorme caja fuerte que cubría gran parte de la pared. La escena parecía sacada de una película de espías. Estaba claro que no conocía a mi esposa realmente. Tener semejante secreto en nuestro propio hogar era peor de lo que esperaba. Me acerqué al panel de la caja fuerte, que me pedía una contraseña para poder abrir.

No tenía idea de que contraseña usaría Alexa. Lo único que se me ocurrió fue usar la fecha de nuestro aniversario. Intenté sin mucha esperanza, pero resultó ser la contraseña correcta. La gran caja fuerte se abrió dejando ver varias cosas inusuales. Había una máscara como la que usé el día de la fiesta, una túnica oscura, anillos un tanto extraños, como si pertenecieran a alguna cultura antigua y muchos papeles. Eran demasiados como para mirarlos todos de una sola vez. Entre ellos vi unos que tenían aspecto de haber sido dejados con rapidez, no estaban tan bien ordenados como el resto. Los tomé y vi que se trataba de expedientes de varias personas. Algunos eran de modelos, otros de actores, otros de personas con un poco de fama. Entre ellos estaba el de una modelo llamada Kenna Nóvak. Seguí buscando y encontré otro con el nombre de Isabella Park. Su vida entera estaba recopilada en aquellas páginas. Notas del colegio y la universidad, relaciones amorosas, grupo de amigos, eventos a los que asistió, familia, incluso hablaban sobre su dieta en los últimos diez años. Claramente Alexa conocía muy bien a Isabella y estaba ocultando algo.

Dejé todo como lo había encontrado para no levantar sospechas. Salí al jardín para tratar de procesar toda la información, pero con tantas dudas me di cuenta que no encontraría respuestas sentado. Necesitaba más información y definitivamente no podía preguntarle a Alexa. Pensé en ir al funeral de Isabella Park para intentar descubrir qué clase de relación existió entre ellas.

Me vestí de traje para el funeral, subí en mi Jeep y salí de la mansión. En el camino llamé a mi representante Marthy, él siempre tenía idea de todo lo que ocurría en la ciudad relacionado con las celebridades.

—Marthy, amigo ¿cómo está todo?

—Sebastián, muchacho. Estoy viendo ideas para la portada de tu nuevo álbum. Y tengo ideas brillantes ¿qué te parece si...? —lo interrumpí.

—Marthy lo hablamos luego en la oficina, ahora no tengo tiempo. Te llamaba para otra cosa. Sabes de esta It girl que falleció ayer, Isabella Park, quisiera ir a ese funeral.

—Sí, es una pena. Una mujer tan joven... ya te envío los datos.

—Gracias Marthy.

Marthy no era precisamente una buena persona. Era un hombre gordo, avaro y sin ningún tipo de empatía. Solo el dinero y la fama lo motivaban. Aun así, tenía un punto positivo, Marthy era incapaz de mentir. Él siempre decía todo lo que estaba pensando. Es de esas personas que no cuidan lo que dicen o piensan en voz alta. Lo bueno de trabajar con él era precisamente eso. Aun cuando quería sacar ventaja de algún trato, era él mismo quien se encargaba de hacértelo notar. El buen Marthy. Muchos habían intentado quitarle su puesto como mi representante, pero acabé por tomarle cariño y acostumbrarme a él. Además, después de su divorcio no tenía corazón para dejarlo.

Tal y como prometió Marthy, a los pocos minutos me envió la dirección por un mensaje. Tardé unos treinta minutos en llegar al funeral. Había por lo menos 100 personas en ese lugar, la mayoría eran celebridades; el lujo era un claro invitado en aquel funeral. A excepción de la madre de Isabella, no había nadie ahí que reflejara verdadera tristeza. Parecía más un evento de moda en el lugar equivocado.

No tenía claro qué esperaba descubrir al presentarme en ese funeral. El hecho de que no permitieran ver el cuerpo (por supuesto por respeto a los familiares) levantó mis sospechas. Tal vez había mucho más sobre aquella muerte de lo que anunciaban las noticias.

Una pequeña niña que había asistido, resultó ser mi fan. Luego de tomarme muchas fotos con ella, su madre se acercó para llevársela. Al acercarse,



me di cuenta de quién se trataba. Era Adaline Vita. Si ella estaba aquí, la posibilidad de una relación entre Alexa e Isabella se hacía más latente. Por supuesto, ella me reconoció y me dio un caluroso saludo. Tenía que ser inteligente. Debía buscar una forma de obtener información de Adaline sin exponerme.

—Que terrible que una chica tan joven muriera así —comenté para iniciar conversación con Adaline.

—Sí, pero...órdenes son órdenes.

Me di cuenta que Adaline tenía la información que necesitaba. Pero la mejor parte era que asumía que yo también sabía algo. Mi siguiente comentario debía ser lo suficientemente astuto para que Adaline no sospechara y revelara más datos.

—Dicen que fue un suicidio.

—Sí, siempre le dicen eso a la prensa. Un suicidio, una sobredosis... ya sabes cómo se maneja esto.

Eso me dejó aterrizado. Todo iba más allá de un simple suicidio. Algo macabro había detrás de este caso. Me daba miedo el solo pensar que esa muerte estuviera relacionada de alguna forma con mi esposa. Había escuchado rumores de todo tipo sobre Alexa, incluso alguna vez escuche que era un vampiro, pero un asesinato era algo que nunca se me había pasado por la mente. Traté de actuar con naturalidad. Adaline se fue sin sospechar nada y sin ella no sabía cómo continuar la investigación. Por esto decidí dejar el tema por el momento. Me disponía a marcharme del funeral cuando un curioso hombre de poco más de un metro setenta y vestido con una gabardina, me interpelló.

—Señor Lima. Tiene un momento —dijo cerrándome el paso—. Soy el detective Daniel Stone. Necesito hacerle algunas preguntas.

—Tengo prisa ahora, ¿de qué se trata?

—¿Conocía usted a la señorita Park?

—No señor.

—¿Qué hacía entonces aquí?

—Acompañaba a unos conocidos.

—¿Y su esposa?, ¿por qué no vino con usted?

—Como le he dicho tengo prisa. Si tiene más preguntas puede ponerse en contacto con mi abogado. —Primera regla de la fama, no hablar con un policía sin que tu abogado esté presente. Es algo que todos en el medio del entretenimiento terminamos por aprender.

—¿Conoce bien a su esposa?

Es verdad que tenía mil dudas sobre Alexa en ese momento, pero que un desconocido insinuara algo sobre ella me enfurecía.

—Conozco bien a mi esposa. Con su permiso señor Stone —le dije sin disimular mi enojo.

—Disculpe si lo molesté. Le doy mi tarjeta por si en algún momento quiere hablar con más calma.

Arrojé la tarjeta en mi auto y me fui sin decir más.

## V

### KENNA

A la mañana siguiente desperté con un fuerte dolor de cabeza. Por breves minutos no pensé en nada más que en el desayuno que iba a tomar, pero las notificaciones de mi móvil no paraban de sonar. Comencé a leer los mensajes y entonces todo se derrumbó como un castillo de naipes.

Isabella Park se había suicidado, o al menos eso decían los mensajes. Me quedé inmóvil en la cama por unos minutos. No podía respirar, mi vista estaba borrosa, mi frecuencia cardíaca elevada, conocía los síntomas, me estaba dando un ataque de ansiedad. Habían pasado varios años desde la última vez que tuve uno. Intenté controlarlo cantando una canción que mi padre me había enseñado para estos casos. Poco a poco los síntomas fueron disminuyendo. Cuando pensé que ya lo había superado, todas las imágenes de la noche anterior comenzaron a repetirse en mi mente.

Necesitaba confirmar lo que había leído en los mensajes. Busqué en internet lo que decían los periódicos locales sobre su muerte, pero aunque había poca información, ya no tenía duda, esto no era una alucinación o un mal sueño. A Isabella la habían asesinado en alguna especie de culto.

No tenía idea de qué hacer, ni con quién hablar. No sabía en quién confiar. Pensé en ir a la policía pero quién iba a creer la historia de una joven que seguro aún tenía altos grados de alcohol en la sangre. Pensé en salir y dar un paseo por la ciudad para despejar mi mente. Tomé una ducha de agua caliente, me vestí con lo primero que encontré: una sudadera, un pantalón deportivo, unos tenis, y salí de la habitación.

Escuché un llanto que provenía de la habitación de Sophie. Pasaron tantas cosas en las últimas 12 horas, que había olvidado por completo lo mal que debía estar ella. Toqué la puerta y entré a su habitación. Sophie me vio con los ojos llenos de lágrimas. Caminé hasta su cama, me senté junto a ella y la abracé.

—Lo siento —dije, no sabía qué más decir.

Nunca he sabido qué hacer en esos casos. Cuando tenía 17 años mi padre murió. Recuerdo que en su funeral había más de cincuenta personas, y una a una se iban acercando a mí para darme un abrazo mientras decían palabras que dejé de escuchar después de la tercera persona; solo podía pensar que estaban ahí por

obligación. “¿Lo siento?”, ¿qué significa eso?, ¿sentían que mi padre hubiera muerto? Pero si ninguno lo conocía realmente. O lo sienten ¿por no haberlo visitado en los últimos años? o ¿es que acaso alguno de los presentes era culpable de su muerte? Me quedé junto a ella en silencio por varios minutos hasta que me preguntó lo que me temía.

—Kenna ¿me puedes acompañar a su funeral?

En cualquier otra situación habría respondido sí de inmediato, pero yo no estaba preparada para ir a ese funeral. Tuve que inventar una excusa rápida y aunque me sentí terrible por mentirle, no se comparaba con la sensación de no poder contarle lo que sabía sobre la muerte de Isabella.

Me levanté de la cama para salir de su habitación cuando vi algo inquietante. Parte de un antifaz debajo de la cama. ¿Había estado Sophie en esa fiesta?, y si fue así ¿por qué no me lo dijo? o ¿ese antifaz era una simple coincidencia? Quise pensar que tal vez no significaba nada, que tal vez estaba tan asustada que creía ver culpables en cualquier parte. Salí del apartamento y comencé a caminar por la ciudad sin rumbo fijo. Todo daba vueltas en mi mente. Alexa con aquella daga, Isabella atada, los tambores sonando a las tres de la mañana, lo misteriosa que estuvo Sophie cuando recibí la invitación. Ya no sabía qué pensar. Y lo peor de todo es que si alguien me había visto en ese túnel, yo también estaba en inminente peligro. Necesitaba hablar con alguien así que llamé a mi madre, sentía que debía decirle cuánto la amaba en caso de que algo me ocurriera.

—¿Mamá?

—Kenna, hija ¿está todo bien?

Tan pronto como escuché su voz comencé a llorar. Intenté que ella no lo notara pero esas cosas no se le pueden ocultar a una madre.

—Sí mamá. Estoy bien. Solo quería escucharte.

—Hija, sabes que me encanta que me llames y puedes hacerlo cuando quieras, pero yo sé que no estás bien. Habla conmigo ¿qué te pasó?

Sus palabras hacían que mantenerme fuerte, fuera cada vez más difícil. Quería contarle todo pero no podía involucrarla en algo tan turbio. Sequé las lágrimas que caían bajo mis lentes oscuros y le respondí.

—No pasa nada mamá, de verdad. Solo he estado un poco estresada con tanto trabajo, pero todo está bien. Más bien cuéntame ¿cómo han estado mi hermanita y tú?

—Sabes que puedes contar conmigo cuando lo necesites. Yo estoy bien, deseando que llegue pronto el verano. No te imaginas el frío que está haciendo.

Y Keira, bueno, está en esa edad complicada, me recuerda tanto a ti cuando tenías 15 años. Es igual de testaruda que tú. Eso lo sacaron de tu padre... Cuando puedas llámala, sé que te extraña, aunque no le guste expresarlo.

—Me alegra saber que todo está bien. Yo también las extraño mucho. Prometo ir a visitarlas apenas tenga un espacio en mi agenda. Debo colgar mamá. Te quiero.

Hablar con mi madre me había tranquilizado y me había recordado algo que mi padre me decía “hija, recuerda que los problemas siempre hay que enfrentarlos y no huir, porque al final terminan por alcanzarte”. Sabía que debía hacer algo con la información que conocía. Fui a una biblioteca y pedí un montón de libros sobre cultos y sacrificios sin tener muy claro que buscaba. La bibliotecaria me miró como si se le hubiera aparecido un espíritu, pero no la culpo. Nadie se pone a investigar sobre esos asuntos por simple curiosidad o al menos yo no lo habría hecho de no ser necesario.

Cuando había hojeado apenas un par de páginas, mi agente me llamó.

—Kenna, ¿dónde estás?

—En una biblioteca ¿por qué? —Todos me pidieron silencio.

—¿Me quieres explicar qué haces en una biblioteca cuando deberías estar en el casting de Vita? —dijo Annie enojada. Esa mujer podía cambiar de estado de ánimo de un momento a otro.

—¿Casting de Vita? Eso es la próxima semana. —La bibliotecaria se acercó a mí para pedirme silencio. Me disculpé con un gesto, pero ella seguía ahí mirándome fijamente, como esperando que continuara la conversación fuera de la biblioteca.

—No Kenna. Es ahora —dijo esta vez gritándome.

—Annie, estoy segura que me habías dicho que era la próxima semana, mi agenda lo puede... —y antes de que pudiera terminar de explicarme, Annie me interrumpió.

—No me importa lo que tú creas. Te recuerdo que hoy eres quien eres gracias a mí, y si no quieres que acabe todo lo que has logrado hasta el momento más te vale llegar aquí en los próximos 45 minutos. —Colgó la llamada. Para ese momento estaba tan confundida que no tenía idea si yo había olvidado el casting por lo sucedido la noche anterior, o si ella se había equivocado al darme la fecha. Supongo que ya no importaba. Me levanté de la mesa, pedí disculpas a la bibliotecaria y le dije que volvería más tarde. Ella parecía realmente feliz de que me marchara.

Tomé un taxi y me dirigí al casting. Había cientos de chicas ahí, algunas

caras conocidas, otras nuevas. Siempre había odiado esos castings. Era como entrar a una jaula de leones. En cuanto llegué, todas las miradas se posaron sobre mí. Tomé mi teléfono para llamar a Annie pero antes de que pudiera hacerlo, una mujer de unos 40 años salió del salón donde estaban realizando el casting y me llamó.

—Kenna, por favor pasa. Te estábamos esperando.—A veces olvidaba los beneficios de la fama. Seguí a la mujer. Dentro estaba mi agente, el director creativo de Vita, tres personas más que no logré reconocer y Alexa Hill, sentados detrás de una mesa rectangular. Supongo que mi semblante cambió en cuanto la vi, porque no llevaba ni 10 segundos en ese salón cuando Alexa me preguntó si estaba bien.

—Kenna, esto es una simple formalidad. Ya conocemos tu trabajo y tu nombre así que prepárate para el próximo Fashion Show. Tu agente se pondrá en contacto contigo para darte todos los detalles. —Alexa se puso de pie y me abrazó—. Bienvenida al equipo Kenna.

—Apenas sentí sus brazos rodearme comencé a temblar. Pronto ella se separó de mí.

—¿Segura que estás bien? —dijo con tono de preocupación.

Quería gritar que no estaba bien. Que sabía lo que había hecho la noche anterior, pero tenía claro que no podía decir una sola palabra al respecto o podría terminar igual que Isabella. Respiré profundo y respondí.

—Sí, es solo la emoción. Toda mi vida había soñado con este momento. —Me despedí y salí del salón tan pronto como pude.

Iba camino a la salida del edificio cuando me encontré con Grace Levine, a quien describiría como el ser más indeseable que he conocido. Cuando compartimos apartamento a mi llegada a L.A., ella se encargó de amargar cada uno de mis días. Ella fue una de las principales razones por la que estuve a punto de dejarlo todo y volver a Praga.

—No sé qué haces aquí Kenna. Adaline nunca escogería a una zorra como tú.

—Grace, madura —le respondí, y seguidamente salí de aquel edificio.

Caminé hasta la esquina y tomé el primer taxi que encontré de vuelta a la biblioteca. La bibliotecaria hizo un gesto de desprecio en cuanto me vio, sospecho que tenía que ver con la temática de los libros que había estado leyendo. La mujer llevaba colgado un rosario en su cuello, y vestía como si perteneciera a alguna orden religiosa. Me entregó los libros, bajé unas escaleras y caminé hasta la mesa más alejada que encontré. Necesitaba privacidad. Abrí el

libro que había estado hojeando antes de que Annie me llamara, la información era realmente interesante aunque inútil, aún no lograba relacionarla con nada. De repente una chica de unos 17 años se me acercó, esperaba que no me hubiera reconocido.

—¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios si eres tú! —Dijo la chica eufórica mientras todos en la biblioteca pedían silencio— eres Kenna Nývák ¡soy tu fan! Gracias a ti quiero ser modelo, ¿cierto que soy guapa?

Lo último con lo que necesitaba lidiar en esos momentos era con un fan. Siempre había intentado ser lo más amable posible con ellos, pero este era un pésimo momento, y la actitud de esa chica era realmente irritante. Le permití tomarme una foto pensando que con eso me dejaría en paz. Enseguida bajé mi mirada para intentar seguir con la lectura pero esa joven parecía seguir esperando algo más de mí.

—¿Necesitas algo? —Le pregunté en tono molesto.

—Sí, espera que estoy llamando a mi BFF por video. No me lo va a creer.

Sabía que la chica no se iba a ir así que tomé los tres libros, firmé unas tarjetas y me fui a mi apartamento para seguir investigando. Al llegar, me di cuenta que Sophie no estaba. Algo dentro de mí me decía que debía revisar su habitación, aunque hacerlo iba en contra de todos mis principios. Tenía un serio dilema ¿debía confiar en Sophie?, esa chica que había vivido conmigo por meses, pero de quien realmente no conocía nada más que lo que ella me había contado, o ¿debía aprovechar su ausencia para entrar en su habitación y confirmar que aquello que estaba pensando era solo parte de mi paranoia?

Después de meditarlo por unos minutos decidí llamar a Sophie para asegurarme que no volvería pronto. Entré a su habitación, fui directo a buscar el antifaz bajo su cama pero ya no estaba ahí. Todo estaba extrañamente ordenado. Nunca, durante todo el tiempo que habíamos vivido juntas, había visto su habitación tan organizada. Abrí un par de cajones y el closet pero no vi nada sospechoso. Me reí de mí misma, no sabía qué era lo que esperaba encontrar, un antifaz definitivamente no era prueba de nada. Procuré dejar todo como lo había encontrado y salí de ahí.

## VI

### SEBASTIAN

Habían pasado semanas desde aquel funeral. Miraba Alexa y no podía evitar sentir un millón de dudas ¿por qué ocultaba secretos dentro de la mansión?, ¿qué más podría haber?, ¿cómo murió Isabella Park si no fue un suicidio?; por momentos pensaba confrontar todas estas dudas con Alexa, pero luego, la veía. Realmente se esforzaba por nosotros. Me traía recuerdos de cada viaje que hacía sin importar lo corto o largo del trayecto. En mi oficina, una separada de la de ella por supuesto, tenía más de veinte recuerdos de New York, su destino más frecuente por trabajo.

No importa cuán frívolo seas, no importa cuán buen actor seas, nadie jamás podría imitar el amor por mucho tiempo. Y ella, todos los días me demostraba el suyo. Siempre tenía una sonrisa o una caricia para mí, no se puede fingir algo así. Tuve dudas de todo, pero al final, la única certeza que me quedó fue su amor, un verdadero amor. Mi esposa me amaba y yo a ella, no podía permitir que nada pusiera eso en duda. Así que decidí dejar todas mis dudas y respetar sus secretos. Tal vez lo habría logrado, de no ser por mi segundo encuentro con el detective Stone.

Acababa de salir de mi clase diaria de manejo de armas. Los productores de mi nueva película me lo exigían para darme el papel, estaba exhausto. Me dirigí a Rabbit Hole, mi café preferido. Iba a ese lugar por lo menos tres veces a la semana. Para evitar que alguien indeseado me tomara fotos o me molestara mientras tomaba mi café, me sentaba en la mesa más alejada del lugar, lejos de las ventanas y de la puerta, además, usaba gorra y gafas para que fuera difícil reconocerme. Solo la mesera sabía quién era yo, ya había hecho esto muchas veces.

María, la mesera, trajo el periódico y algunas revistas. Ella sabía que me gustaba leer sobre todo tipo de temas así que siempre tenía preparado material para mí; a cambio, por supuesto, sus propinas eran bastante buenas. Era una mesera agradable, quizá en sus veinte, piel canela, pelo negro y lacio, me recordaba a Pocahontas. Siempre se alegraba al verme, pero nunca me pidió un autógrafo o una foto, ella se alegraba simplemente con servirme. Era de familia latina igual que yo, tal vez por eso le tenía estima.



Sentado en el café, y sin ningún tipo de aviso o comentario, un sujeto se sentó en mi mesa. Al verlo me di cuenta que era el detective Stone. María se acercó asustada, pero pude hacerle un gesto para que se tranquilizara.

—Señor Lima, tuve razón al acercarme a usted. Usted no es uno de ellos —dijo con tono de satisfacción.

—Si viene a hablar mal de mi esposa es mejor que se largue, porque esta vez no me voy a contener—dije sin disimular mi desprecio.

—Señor, entiendo cómo se siente, pero usted es la persona más cercana a Alexa Hill. No hay nadie más idóneo que usted para sacarla a la luz.

—Hable sin rodeos Stone, no me gustan las insinuaciones.

—Señor, su esposa no es quien usted cree. Ella es la jefa de una organización mundial extremadamente peligrosa.

No pude evitar reírme. Admito que por un momento pensé que Stone me diría algo serio. Algo terrible, pero una organización mundial es demasiado. Ese sujeto no estaba bien de la cabeza.

—Señor Lima, no se ría —insistió él—sé que suena a locura y es difícil de creer, pero es algo muy serio. Mi padre murió tratando de sacar a la luz esa organización.

—¿Qué organización?

—Black Rose. Es casi tan antigua como el mundo mismo. Son quienes controlan todo. Son quienes realmente toman las decisiones sobre el mundo. — Stone comenzaba a sonar muy serio. Su tono de voz mostraba el miedo que realmente tenía.

—Organización secreta mundial. Está loco. Eso no tiene que ver con mi esposa o conmigo.

—Sí, señor Lima, tiene mucho que ver. Si mis investigaciones son correctas, Alexa Hill es la líder de la organización y la joven del funeral, Isabella Park, fue asesinada por ellos.

—¿Tiene pruebas?

—No aún, y aunque las tuviera no podría hacer nada. Ellos son muy poderosos.

—Si no tiene pruebas como se atreve a hacer semejante acusación.

—Llevo años investigando, pero ahora me encuentro en un laberinto sin salida, y usted puede ser la solución. Anualmente hacen una fiesta de máscaras donde se reúnen y juran lealtad al líder y a Black Rose. Además, tienen un rito en el que, cada cuatro años, sacrifican a alguien importante como ofrenda a algún dios.

—¿Acaso usted ha asistido a alguna de esas fiestas, o ha visto esos ritos de los que habla?

—No personalmente, no puedo acercarme mucho sin que me detecten. Pero la señorita Park recibió la tarjeta negra de invitación a aquella fiesta, y al siguiente día, estaba muerta.

Fue cuando mencionó lo de la tarjeta negra que mis dudas regresaron. Yo me había prometido no volver a desconfiar de mi esposa, pero Stone me estaba haciendo realmente complicado cumplir esa promesa. Hace cuatro años yo había sido invitado a una fiesta de esa manera. Además, no podía decirlo con certeza, pero tenía sospechas de que Isabella pudo haber estado ese día. Todo empezaba a asustarme porque de alguna extraña forma encajaba con la realidad, una que parecía sacada de una película de terror.

—Señor, no sé nada de fiestas, ni conspiraciones secretas. Le agradecería que dejara de andar diciendo esas cosas y difamando el nombre de mi esposa.

Sin decir más, me levanté de la mesa y me fui del café.

Esa misma noche, estando en casa, mientras Alexa se ponía su pijama le comenté lo ocurrido con Stone.

—Lex, mi amor —esa era la manera cariñosa en que la llamaba— hoy fui al café de María de nuevo.

—¿Otra vez? Te gusta mucho ese lugar... ¿Qué te parece si mañana desayunamos allá? Así podré conocerlo.

—Sí, es una gran idea. Te encantará el lugar. —Tomé un poco de aire— estando ahí ocurrió algo extraño.

—¿Qué pasó?, ¿está todo bien? —respondió preocupada mientras volteaba a verme. Era graciosa la manera en que se preocupaba por todo.

—Sí, todo está bien. Solo que un detective de la policía se acercó a hacerme unas preguntas.

—¿Sí?, ¿un admirador?

—No, venía a hablarme de una investigación que tenía en curso —respiré profundo y continúe—. El detective Stone cree que somos parte de algún grupo extraño, una secta o algo así, y tenía unas ideas de conspiraciones bastante alocadas.

La mirada de Alexa se puso como nunca antes la había visto. No era una expresión. Todo lo contrario. Su rostro quedó libre de toda emoción por un minuto. En sus ojos ámbar, casi podía ver la tormenta de pensamientos a la que se enfrentaba. Después de unos segundos, y con voz tranquila, finalmente dijo:

—¿Y qué se supone hace el grupo?

—Se supone que es una organización que quiere conquistar el mundo o algo así.

Ella rio.

—¿Y se supone que tú y yo somos parte de esa organización?

—Eso cree él, piensa que tú eres la líder.

—Hmm... Bueno, tendré que decirte toda la verdad.

—¿Verdad de qué?

—Sí, soy la líder de un grupo.

—¿En serio?

—Sí, somos un grupo de asesinos en serie, y ahora que sabes nuestro secreto no podré dejarte ir —dijo mientras se subía sobre mí y me sujetaba las manos. Por un momento me había asustado realmente. Acabé riéndome de mí mismo por pensar semejante locura de mi dulce esposa.

—No iré a ningún lado —le respondí coquetamente.

Lentamente me besó, como lo hacía todos los días, todas las noches.

—Claro que no irás a ningún lado. Por cierto, la próxima vez que necesites algo en mi oficina, por favor dilo, en lugar de entrar a hurtadillas.

Esa noche entendí que si había algo que quería saber, solo debía preguntarle. Dormí agradecido por tenerla como esposa. Pero ese sentimiento no duraría mucho. Al día siguiente estuve en el café de nuevo. Esta vez no había oficial Stone que pudiera perturbarme, ni nada parecido. Era una mañana realmente agradable hasta que María se acercó a mí.

—Señor, lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes?

—Por el señor que lo acompañaba ayer. Era un conocido suyo ¿no?

—Se podría decir, ¿qué ocurre con él?

—¿Aún no se ha enterado? Está en la sección de obituarios. Por lo visto fue un gran policía en vida —dijo mientras me entregaba el periódico.

—Gracias María. Ya lo leo.

Era verdad lo que decía María. Había un pequeño párrafo con la foto del detective Stone. El detective que había resuelto numerosos casos y desmantelado pandillas, se había suicidado lanzándose desde un puente.

Leer eso me impresionó. Me parecía una persona que hablaba de locuras, pero no alguien que se suicidaría. Mi mente se llenó de dudas de nuevo. ¿Era realmente mi esposa la mujer llena de amor que yo creía, o era alguna diabólica asesina? Con mi mente abrumada me marché a casa. Al llegar encontré un paquete un tanto extraño sin ningún dato de remitente, solo decía entregar al

señor Lima. Lo miré extrañado, lo llevé a mi oficina y lo abrí.

El paquete contenía una nota, con la fecha del día anterior:

*“Señor Lima. Sé que nuestra conversación le pareció una locura, pero es la verdad. Le envió la llave de mi apartaestudio, puede ir cuando desee. Dentro también encontrará algunas fotos y notas que relacionan a su esposa con lo que le dije.*

*Atentamente, su amigo del café.”*

Por lo relacionado en la corta nota deduje que se trataba del detective Stone. Tal y como había dicho, me envió una llave, fotos de mi esposa y de Dante Rossi junto a celebridades importantes fallecidas. También había unas donde mostraba a Dante con otras personas que no logré reconocer y cuyos rostros estaban marcados. Estaba lleno de preguntas sin respuestas.

## VII

### KENNA

Con tantos compromisos apenas había tenido tiempo libre para poder leer los libros. Cada uno tenía más de mil páginas con información interesante pero inútil. Habían pasado varias semanas desde aquella fiesta y lo único que sabía era que Alexa Hill o alguien que lucía como ella, había sacrificado a Isabella Park con una daga en forma de media luna. Quería pensar que si veía esa daga en alguna de las páginas la reconocería, pero no lo sabría hasta verla. Cada vez tenía menos horas libres. Las pruebas de vestuario para Vita ya habían empezado, tenía sesiones de fotos y audiciones para películas casi a diario. Decidí que era momento de dejar las investigaciones a un lado. De todas maneras, no había encontrado nada que pudiera relacionar con aquella fatídica noche.

En internet describían a Alexa como la mujer perfecta, con la que todos los hombres desearían estar y la que todas las mujeres querrían ser. Sé que suena un poco exagerado, pero ella había liderado la lista de la mujer más deseada del mundo durante cinco años consecutivos, además, de estar entre las 10 celebridades más influyentes del planeta. Intentar encontrar algo en contra de ella era casi imposible. Ni siquiera pude encontrar algún escándalo sobre drogas, alcohol, nada. Estaba claro que ningún buscador en internet me iba a ser de ayuda. Ya lo había intentado antes cuando recibí aquella invitación. Era como si Alexa Hill fuera intocable.

Guardé los libros debajo de mi cama para devolverlos e intentar seguir con mi vida como era antes de la muerte de Isabella. Sabía que no iba a ser sencillo, algo como lo que había visto no se olvida fácilmente. De hecho, dudaba que algún día llegara a olvidarlo, con suerte, eventualmente dejaría de causarme pesadillas.

Ya era tarde esa noche, me acosté a dormir, pero cerca de las tres de la mañana desperté gritando. Sophie corrió a mi habitación.

—Kenna ¿estás bien?, ¿por qué gritabas?

—Lo siento, creo que estaba teniendo una pesadilla.

—Tuvo que ser muy fuerte para que estuvieras gritando.

—Por suerte fue solo eso, una pesadilla. Si algo similar me pasara en la vida real creo que no sería capaz de volver a dormir.

—Entiendo de qué hablas. Solía sufrir de terrores nocturnos cuando era pequeña.

—No tenía idea, ¿cómo lo superaste?

—Muchas sesiones con el psicólogo. La muerte de mis padres, cuando tenía 12 años, me afectó muchísimo.

—Sophie, cuando te mudaste conmigo me dijiste que tu padre vivía en Italia con tu madrastra... ¿no era cierto?

Titubeó antes de responder.

—Supongo que debí decir padre adoptivo. No me gusta hablar de las partes dolorosas de mi vida, pero bueno... ya lo sabes. Ahora vuelve a dormir, de lo contrario mañana vas a lucir fatal.

Esa misma noche me di cuenta que conocía a Sophie incluso menos de lo que pensaba. Entendía que no le gustara hablar de esa parte de su vida con cualquiera, pero yo había confiado en ella, le había contado muchos de mis secretos, cosas que nadie más sabía. No pude evitar recordar cuando me dijo que había tanto de ella que no conocía, y preguntarme qué otras cosas podía estar escondiendo.

Tal vez me había ocultado lo de sus padres porque quería dejar su pasado atrás, o quizás mentía por alguna razón que yo desconocía. Ella era actriz, mentir y ser alguien más, era parte de su trabajo. Esa noche intenté dormir de nuevo, pero fue imposible. Mi mente no paraba de crear locas teorías para intentar unir cabos sueltos, encontrar una explicación pero nada parecía tener sentido. Desde el día que recibí la invitación a la gala de Alexa, ocurrieron cosas que me hicieron dudar de Sophie. Primero su conocimiento sobre la tarjeta negra, sus respuestas misteriosas, el antifaz debajo de su cama justo un día después de aquella fiesta, y ahora las mentiras sobre su familia. No pude evitar hacerme cientos de preguntas, pero la más importante ¿quién era Sophie?, ¿podría estar relacionada con aquella gala y con Alexa Hill? Después de tanto investigar logré encontrar una posible conexión entre ella y Alexa, aunque la verdad es que deseaba con todas mis fuerzas estar equivocada.

Cuando conocí a Sophie me pareció una chica encantadora; yo acababa de comprar un café en Red Velvet, mi lugar preferido en todo L.A. cuando una chica de pelo negro, ojos azules, nariz fileña y piel blanca levemente bronceada, que aparentaba tener unos 18 años tropezó con algo, tirando toda su bebida sobre mí, por suerte era un smoothie y no algo caliente. Ella llevaba en sus manos unas

hojas de un guion que quedaron inservibles. Al ver lo mal que habían quedado, comenzó a maldecir en italiano y a llorar. Yo no entendía qué estaba pasando, yo debía ser quien estuviera enojada porque fui yo, la que terminó con una bebida verde sobre sí.

—Lo siento mucho. Ha sido un día terrible —me dijo cuando logró tranquilizarse.

—No te preocupes. Todos hemos tenido días así, ¿estás bien? —le pregunté un poco preocupada.

—No realmente. Llevo menos de una semana en L.A. y todo ha sido un completo desastre. Pero no te preocupes, estaré bien.

Ella me recordaba tanto a mí cuando acababa de mudarme a esta caótica ciudad. Le dije que vivía cerca y la invité a mi apartamento para que se tranquilizara.

Ella aceptó.

—¿Sueles traer extraños a tu casa? —dijo ella en cuanto abrí la puerta de mi apartamento. Yo reí.

—No, solo niñas que comienzan a llorar en medio de un café.

Desde el primer instante que vi a Sophie sentí una conexión especial, como si hubiéramos estado destinadas a conocernos, y no lo digo en sentido romántico, me refiero a cuando acabas de conocer a alguien y tienes esa sensación de que va a cambiar tu futuro de una u otra manera.

Ella entró y se sentó en el sofá de la sala mientras yo fui a mi habitación a ponerme ropa limpia. Regresé a la sala, le pregunté qué quería de beber y le di una botella con agua. Comenzamos a hablar sobre nuestras vidas y nos dimos cuenta que teníamos muchas cosas en común. Incluso nuestros abuelos eran de la misma ciudad de Italia. No tengo muy claro en qué momento de la conversación la invité a mudarse conmigo, solo sé que sucedió.

Desde que compartí apartamento cuando llegué por primera vez a L.A. había prometido que trabajaría sin descanso para poder pagar un lugar para mi sola. La experiencia de vivir con otros modelos había sido desastrosa, más específicamente con Grace. Pero lo cierto es que no me gustaba la soledad. Toda mi familia estaba a kilómetros de distancia, a más de 10 horas de avión y yo estaba rodeada de personas que solo se acercaban a mí por interés.

Sophie parecía ser una buena opción, ella necesitaba un lugar para vivir y yo no quería estar sola. Pasaron menos de 24 horas antes de que ella se mudara a la habitación junto a la mía. Solo traía dos grandes maletas de Louis Vuitton; una chica con estilo por supuesto. Un mes más tarde sentía que había tomado la

decisión correcta, Sophie parecía ser la roommate ideal, estaba realmente a gusto con ella. Aunque siempre se me hizo extraño lo poco que hablaba sobre su familia; desde el primer día, cuando me contó que solía vivir con su padre y su madrastra en Florencia, Italia, no los nombró más. Y ahora que sabía que me había mentado sobre sus padres todo empezaba a tomar sentido.

Si me pidieran describir a Sophie en una palabra, diría enigmática. Siempre hablaba de lo feliz que era, de lo perfecta que era su vida y como siempre conseguía todo lo que deseaba, pero sus ojos decían algo muy distinto. Parecía que a su corta edad había pasado por situaciones inimaginables. Pero yo solo podía especular, ella nunca me contó nada demasiado personal. Cuando bebíamos vino, yo terminaba ebria contando todo sobre mi vida, mientras Sophie parecía ser inmune al alcohol o a cualquier droga.

Siempre se veía radiante, como si acabara de salir del salón de belleza, a pesar que apenas utilizaba maquillaje. Un poco de rímel y lápiz labial; si iba a una fiesta, delineaba sus ojos perfectamente rasgados y usaba labial rojo. Su piel no tenía una sola imperfección, ni siquiera ojeras al despertar. Sophie habría podido interpretar a Blanca Nieves perfectamente. Para ese momento pensaba que todo era gracias a sus genes, los mejores genes del planeta al parecer.

Sentía que todo en mi vida, los últimos meses, había sido una mentira. Sentía que estaba por volverme loca, y cada vez era más difícil mantenerme alejada de Alexa. Llevaba días intentando concretar una cita conmigo para hablar sobre mi futuro, según ella, y yo ya me estaba quedando sin excusas. Se supone que cualquiera en mi situación estaría saltando de la emoción. Todos en la industria de la moda sabían que si Alexa Hill decidía apoyarte, no había nada que no pudieras conseguir, su esposo Sebastián es un ejemplo de ello. Tan pronto empezaron a salir, pasó de ser un cantante promedio a liderar todas las listas de música.

Mentiría si dijera que yo no anhelaba eso, pero me aterraba de solo pensar lo que tendría que hacer para lograrlo. Esos pensamientos llevaban días torturándome. Necesitaba alejarlos de mi y sin duda la playa era el mejor lugar para lograrlo. No había nada que me tranquilizara más que el sonido de las olas. Era un día bastante agradable, pocas personas estaban allí aquella tarde; puse una manta sobre la arena, me acosté y cerré los ojos para intentar recordar momentos felices de mi vida. De inmediato me transporté unos años atrás a Praga, cuando era una pequeña niña jugando con Keira y nuestro perro Lucky en el jardín de nuestra casa. Cuánto extrañaba a mi familia.



## VIII

### KENNA

Mi estómago comenzó a hacer ruidos extraños y me di cuenta que no recordaba la última vez que había comido de verdad. Los últimos meses habían sido una locura. Bebía más de cinco tazas de café al día, olvidaba comer y cuando lo hacía, comía una hamburguesa, un hot dog o lo primero que encontrara de camino. Ese estilo de vida ya me había enviado varias veces al hospital.

Caminé hacia la cocina, abrí el refrigerador para buscar algo que preparar, pero lo único que encontré fueron cervezas, botellas de vino y algunas verduras que parecían llevar meses ahí. Volví a mi habitación, tomé mi celular, la tarjeta de crédito, y bajé al supermercado que estaba a pocos metros de distancia, compré tantas cosas que apenas podía cargar las bolsas. Al regresar al apartamento noté una visita inesperada sentada en el sofá de mi sala.

—Kenna, perdona por llegar sin avisar, pero he estado tratando de comunicarme contigo y no ha sido posible —dijo Alexa Hill mientras se ponía de pie para saludarme.

—Tu roommate es una chica muy amable y me dejó pasar. Espero que no te moleste.

¿Qué era aquello tan importante que necesitaba hablar conmigo para que viniera hasta mi apartamento? Tomé asiento junto a ella y aunque intentaba escuchar lo que decía, no podía verla a los ojos sin pensar en Isabella. Ella seguía hablando y yo solo movía la cabeza de arriba abajo, afirmando inconscientemente sin escuchar una sola palabra de lo que estaba diciendo. Unos minutos más tarde Alexa se despidió de mí.

—Te veo mañana a las cuatro —me dio un corto abrazo y se fue.

Tenía una cita en casa de Alexa Hill ¿qué podría salir mal?, en el peor de los casos terminaría en la portada de cientos de periódicos y revistas internacionales “La joven modelo Kenna Nývák, muere en aparente suicidio”, aunque sabía que eso era poco probable. Si de verdad se trataba de un culto como creía, cada sacrificio debía seguir un riguroso ritual, y sus víctimas no serían elegidas al azar. Pero solo tenía una manera de averiguarlo, cumpliendo con la cita.

Al día siguiente me preparé como si me dirigiera a una batalla. Gas pimienta y una Beretta Pico cargada, me acompañaron ese día a casa de Alexa. Mi padre me había dado clases de defensa personal y manejo de armas desde que era apenas una niña. Cada vez que se preparaba para ir de viaje por un largo período me decía: “Kenna, hija, de todas las mujeres de esta casa tú eres la más valiente. Y sé que si algún día yo no estoy, tú vas a cuidar de tu madre y tu hermanita como yo la haría. Te amo” Me daba un beso en la frente y se marchaba. Siempre odié que pusiera tanta presión sobre mí, sé que me amaba, pero yo no quería ser la valiente, la hermana mayor, la responsable, a veces solo quería ser una niña. Supongo que en el fondo esa fue la razón por la que quise irme de casa a tan temprana edad.

Esa tarde subí a mi moto, una Ducati Diavel que había comprado hace poco más de un año pero solo había usado un par de veces. Aunque amaba la adrenalina y la libertad que sentía al conducirla, evitaba usarla porque mi pelo siempre terminaba hecho un desastre. Ese día decidí hacer una excepción, la casa de Alexa quedaba realmente lejos de la mía y tomar el transporte público no era una opción, solo lo usaba para distancias cortas. Tardé unos 45 minutos en llegar a su enorme mansión ubicada sobre una colina y rodeada de frondosos árboles.

Bajé de la moto y toqué el timbre. La mucama abrió la puerta y me pidió que esperara a Alexa en el jardín. La casa era preciosa, sin duda Alexa tenía un gusto impecable. Todo era muy moderno, con algunos detalles clásicos. Fotos de ella por todos lados y un gran piano de cola en una de las salas. Cuando llegué al jardín, me sentí en una película de Woody Allen. Era realmente hermoso, perfectamente diseñado. Una pequeña fuente en el centro rodeada de flores de diversos colores, una piscina rectangular de gran tamaño y una mesa de comedor donde supongo que desayunaba todos los días, o al menos yo lo haría si fuera ella.

Tomé asiento, la mucama me ofreció algo de beber. A los pocos minutos llegó Alexa vistiendo un jean, botines y una camisa blanca. La veía caminar hacia mí y no podía creer que esa mujer pudiera ser una asesina. Sabía que esta vez debía concentrarme y dejar de pensar en aquella noche si no quería que Alexa llegara a sospechar algo.

—Kenna, que gusto tenerte en mi casa. Bienvenida y perdona por haberte hecho esperar. Estaba atendiendo unas llamadas.

—No te preocupes. Tienes una casa preciosa.

—¡Gracias! La compré hace algunos años. Me enamoré de ella apenas la vi —hizo una pausa y cambió de tema—. Kenna, imagino que debes estar

preguntándote por qué te invité.

La mucama llegó con dos bebidas, parecían unas mimosas aunque sabían un poco distinto. Recibí una y la bebí tan lento como pude. Alexa comenzó a hablar sobre sus inicios en el modelaje, lo mucho que se había esforzado para ser la número uno del mundo, incluso terminó hablando sobre su esposo Sebastián. Una historia de vida interesante, si es que era cierta, claro. Yo quería saber por qué me había citado aquella tarde, mientras Alexa parecía pensar que estábamos en una tarde de amigas.

Su mucama traía nuevas bebidas con demasiada frecuencia; yo estaba haciendo lo posible por no beberlas porque sabía que el alcohol me hacía hablar más de la cuenta, además, no confiaba en Alexa. Aún dudaba si ella o alguien de su culto me había visto aquella noche, sé que era casi imposible, pero tal vez había cámaras en ese sótano y esa invitación a su casa era para deshacerse de mí. Ya no sabía qué más excusas inventar para evitar beber. Alexa parecía tener una solución a todo lo que yo decía. Incluso cuando dije que debía estar sobria para poder volver a casa, me respondió que podía enviarme con un chofer.

Un par de horas después y tras haber bebido varias copas, empecé a dudar de lo que vi en aquella fiesta. Intenté repasar cada momento de esa noche en mi mente una y otra vez, pretendiendo encontrar una relación entre la Alexa con la que había estado riendo toda la tarde, y la que tenía una daga en sus manos. No podían ser la misma persona, y si lo era, tenía que haber alguna explicación lógica.

Comencé a pensar en cientos de teorías en las que Alexa no era culpable de la muerte de Isabella. Tal vez había sido alguna reunión sadomasoquista, tal vez todo había sido parte de una alucinación, y el hecho de que Isabella se hubiera suicidado ese mismo día solo era una terrible coincidencia. Tal vez la mujer que yo había visto no era Alexa, ese lugar estaba oscuro, yo había ingerido muchas bebidas y apenas pude ver parte del rostro de quien sostenía la daga. Cualquier explicación era válida para ese momento.

De repente dos pequeños Pomerania color blanco llegaron ladrando al jardín y saltaron sobre Alexa, su felicidad al ver a Tommy y a Molly fue genuina, ellos la adoraban y ella a ellos. Ver esa escena tan llena de amor hizo que mis dudas y miedos hacia Alexa comenzaran a desaparecer. Esa Alexa no podía ser la psicópata que yo había estado pensando todo este tiempo. Ella parecía una mujer incapaz de hacerle daño a un ser vivo. No sé si era efecto del alcohol o finalmente estaba empezando a ver con claridad, pero sentí que había sido una estúpida por haber pensado durante más de un mes que Alexa podía ser

una asesina y peor aún, que mi roommate pudo haber estado implicada en ello. Durante mi adolescencia leí tantos libros sobre conspiraciones que supongo, al final terminaron por afectar mi cordura.

Ya estaba un poco ebria, así que volver en mi moto iba a ser imposible. Alexa llamó a uno de sus choferes y le pidió que me llevara casa. Después de tantos días teniendo pesadillas, viviendo preocupada por cada paso que daba, finalmente esa noche descansé. Al siguiente día desperté con una sola idea en mente. Devolver los libros que había tomado prestados en la biblioteca y olvidarme completamente de todo ese asunto.

Esa mañana recibí una llamada de Alexa. Me citó en la oficina de un importante diseñador con el que deseaba trabajar desde hace mucho tiempo, pero según mi agente, Ezra Fitz no había incluido modelos europeas en sus campañas desde que su prometido le había sido infiel con una modelo italiana. La reunión era a las cuatro de la tarde, por suerte tenía varias horas para prepararme, porque mi rostro aún tenía muestras de todo lo que había bebido el día anterior en casa de Alexa.

Desayuné cereal. Luego tomé una ducha de agua fría, se supone que es buena para la piel. Preparé una mascarilla a base de pepino; desde que mi abuela me había enseñado cómo hacerla, la hacía por lo menos una vez a la semana. Mientras esperaba a que pasaran los 20 minutos requeridos para retirarla de mi rostro decidí hacer un poco de yoga para calmar los nervios. Hacía mucho tiempo que no estaba tan nerviosa por un casting, pero hacer parte del Fashion Show anual de Vita y ser la imagen de una colección de Ezra Fitz, era lo que había soñado desde que decidí ser modelo, y ahora estaba a un paso de lograrlo.

Sentí que el tiempo pasó más rápido de lo usual. Faltaban 10 minutos para la hora de la reunión y yo aún me encontraba a un par de calles del lugar indicado. El tráfico estaba terrible. Sabía que si no bajaba del taxi en ese instante no llegaría a tiempo y sería mi fin. Ezra Fitz no me daría una segunda oportunidad.

Corrí tan rápido como mis altos tacones me lo permitieron. Llegué a las oficinas 3 minutos antes de la hora esperada. Tan pronto entré, un joven con el pelo morado que estaba en la recepción me saludó por mi nombre y me acompañó hasta la oficina de Ezra Fitz.

Llamó a la puerta y me hizo pasar. Dentro estaban Ezra Fitz y Alexa, la oficina era enorme, con una decoración preciosa, no podría esperar menos de un diseñador como él. Alexa se puso de pie, me saludó y me llevó de la mano frente a Ezra quien estaba sentado bebiendo whiskey. El hombre me miró de pies a

cabeza, luego se detuvo en mi rostro por varios segundos sin pronunciar una sola palabra ni hacer algún gesto. Finalmente levantó mínimamente su ceja izquierda y me pidió que tomara asiento.

—Kenna, normalmente no trabajaría con una modelo como tú, pero Alexa insistió en que quería trabajar junto a ti en mi nueva campaña.

—Gracias, yo... —Me interrumpió antes de que pudiera decir otra palabra.

—No he terminado. Yo te aviso cuando puedas hablar —dijo de manera despectiva— Solo por Alexa haría una excepción como la que voy a hacer ahora, así que recuerda que le debes todo esto a ella. Espero que sepas apreciarlo —intenté hablar, pero nuevamente me detuvo—. La sesión de fotos para mi nueva campaña será en una semana en Nueva York. Alexa te dará todos los detalles.

Antes de que pudiera agradecerle, su móvil sonó, se puso de pie y se fue al otro extremo de la oficina, pero a pesar de la distancia pude escuchar como discutía con quien parecía ser su asistente. En esta industria un pequeño error puede causar la pérdida de miles de dólares, así que de cierta manera entendía por qué todos estaban siempre tan estresados. Alexa me indicó que era momento de irnos. Yo la seguí sin hacer preguntas. En cuanto salimos de aquel edificio aproveché para agradecerle.

—Ayer prometí que te iba a ayudar y no mentía... ¿Tienes planes ahora? Tenemos que celebrar tu nueva campaña.

Acepté sin pensarlo. Su Chofer nos estaba esperando en la puerta. El mismo que me había llevado a casa la noche anterior, un joven muy amable. Fuimos a un restaurante de comida brasileña. Me dijo que era el favorito de su esposo. Todos ahí la conocían y la saludaban con cariño.

—Bienvenida nuevamente señorita Hill. Es un placer que nos acompañe esta noche señorita Nývák —nos dijo con una sonrisa la host del lugar.

Creo que nunca me acostumbraré a que personas que no conozco de nada, sepan quién soy.

La host nos hizo pasar de inmediato, a pesar que había una gran fila de personas esperando por una mesa. Escuché a unos cuantos quejarse, pero eso no fue impedimento para que nosotras pasáramos primero. Parecía un restaurante sacado de los 50. Decorado con fotografías de las celebridades más importantes de todas las décadas, Marilyn Monroe, Elvis Presley, Frank Sinatra, Fred Astaire y cientos más. Blues y jazz sonaban de fondo. Los meseros vestían pantalón negro con cargadores, camisa blanca y un sombrero. Tanto hombres como

mujeres llevaban sus ojos delineados. Todo en ese lugar me encantaba. Desde el instante en que entré, ese restaurante se convirtió en uno de mis favoritos de L.A. Pedimos una botella de vino y un par de platos que nunca antes había probado.

El móvil de Alexa, estaba sobre la mesa, sonó. Sus ojos se iluminaron al ver el nombre de su esposo en la pantalla. De inmediato contestó. Hablaron por menos de un minuto, pero en su manera de hablar pude notar que Alexa estaba realmente enamorada de él. El resto de la noche estuvo hablando sobre lo maravilloso que era él, cómo la había conquistado, cómo le había pedido matrimonio, una historia tan hermosa que parecía tomada de alguna película romántica. Quise preguntarle respecto a lo que había visto la noche de la fiesta, pero al final me contuve. No valía la pena incomodarla con ese asunto.

## IX

### SEBASTIAN

Cargaba conmigo la llave del detective Stone a todos lados, no quería que Alexa la viera o que nadie llegara a sospechar. La duda de ir o no al estudio me perseguía a donde quiera que fuera. ¿Y si todo es verdad?, ¿y si mi esposa es una asesina?, ¿qué haría si descubriera que lo es?, ¿escaparía?, ¿la delataría?, esas dudas me atormentaban a diario.

Semanas después de recibir el paquete de Stone, Alexa tendría una sesión de fotos. Es normal que ella pasara de sesión de fotos en sesión de fotos, pero esta vez era diferente, estaba emocionada. Por primera vez posaría junto a su nueva amiga, compañera y pupila Kenna Nývák. Había pasado los últimos días hablando de todos los planes que habían alrededor de esta sesión, locaciones y demás.

Kenna era una modelo excepcional. Su estatura, su elegancia y su belleza exótica la hacían destacar en cualquier lugar. Su sonrisa encantadora acompañada de sus grandes ojos avellana, le daban una mirada inolvidable. Era una persona realmente agradable, capaz de entablar conversación con cualquiera. Nunca dejaba de lado su profesionalismo. Me gustaba saber que Alexa se rodeaba de buenas personas, y ella me parecía una de esas.

Sabía que la sesión de fotos se haría en New York, coincidentalmente yo tenía una entrevista en la misma ciudad en una fecha cercana, así que decidí hacer lo que Alexa había hecho tantas veces conmigo. Una visita sorpresa.

Compré un ramo de rosas blancas y margaritas, y unas trufas de chocolate blanco. Al llegar al estudio donde se estaban tomando las fotos pasé sin mayor inconveniente. Alexa se sorprendió en cuanto me vio, yo también lo hice al verla en ese sensual traje rojo. Detuvo la sesión por unos segundos, se acercó y me saludó con un beso. Yo le entregué los regalos que tenía para ella.

—Chocolate blanco, mi favorito —dijo mientras prácticamente ignoraba las flores. —Ya casi terminamos ¿por qué no esperas y nos vamos juntos? — Sugirió ella —quiero que por fin conozcas a Kenna.

—Está bien.

Después de esperar por casi tres horas y ver a mi esposa desnudarse y

posar delante de tantas personas, la condenada sesión de fotos al fin acabó. Alexa se fue al camerino, al volver traía puesta ropa cómoda y llevaba de la mano a su compañera de fotos.

—Amor, quiero que conozcas a Kenna Nóvak —señaló Alexa.

—Mucho gusto Kenna, soy Sebastián. Alexa me ha hablado mucho de ti.

—Es un placer conocerte Sebastián. Alexa solo habla sobre ti.

—¿Por qué no vamos todos a cenar? —sugirió Alexa.

—Me parece una idea genial —afirmé.

Todo marchaba bien hasta que vi un rostro familiar entre los encargados del vestuario. Al acercarme más, pude reconocerlo con claridad, era aquel hombre que me había dado el antifaz la noche que conocí a Alexa. En ese instante todas las dudas llegaron de nuevo a mí. El detective Stone, el expediente de Isabella. Y entonces recordé dónde había visto por primera vez el nombre de Kenna Nóvak. Ese era el nombre de uno de los expedientes en la oficina de Alexa.

Seguramente había un millón de razones lógicas para que ese expediente estuviera en la oficina de Alexa. Pero a mi mente solo llegaban dos posibilidades: Kenna sería la próxima en morir o ella era parte del complot al que se supone pertenecía Alexa.

Fuimos a cenar todos juntos a un restaurante de moda, era un lugar con un estilo casual, bastante iluminado. En la entrada tenía un stand de libros interesantes que compartían con sus clientes. Alexa ordenó una ensalada, Kenna un plato que no soy capaz de pronunciar, y yo ordené un sencillo plato de pastas.

Alexa sabía que yo había entrado a su oficina. ¿Y si le contó a Kenna y ella era la asesina?, mi vida podía correr peligro. Mientras cenábamos veía los cubiertos sobre la mesa y pensaba en cómo podían usarlos contra mí. Veía a los camareros y pensaba que sacarían un arma de la nada y sería mi final. Hasta llegué a imaginar que la comida podía estar envenenada. Esas y otras escenas sacadas de destino final pasaban por mi mente.

—Amor ¿Estás bien? — Me preguntó Alexa.

—Sí, estoy bien.

—Estás sudando y te ves un poco pálido. ¿Seguro te sientes bien?

—Sí, tranquila, no pasa nada.

—Quizás sea estrés —agregó Kenna—. A muchas compañeras les ocurría.

—Estoy bien, en serio —respondí tratando de parecer tranquilo.

—Y dime Kenna, siempre quisiste ser modelo —preguntó Alexa.

—No siempre, en realidad soñaba con ser actriz —respondió Kenna



sonriente—. Incluso jugaba con mi hermana menor a que ella me entregaba el Oscar a mejor Actriz principal. Tenía un gran discurso preparado.

—Que recuerdo tan tierno. Las hermanas menores son las mejores —respondió Alexa mientras veía un tierno brillo en sus ojos que nunca había visto.

—¿Tienes una hermana menor? —preguntó Kenna.

Yo también tenía curiosidad. En todo el tiempo que llevaba de conocerla nunca había mencionado nada acerca de su familia. De hecho, ningún miembro de su familia fue a nuestra boda.

—Sí, una hermana menor, pero está con mi padre así que no la veo mucho. —La cara de felicidad que antes tenía Alexa, se tornó en una cara de preocupación. Cambió el tema y la noche siguió como una cena de amigos cualquiera.

Al salir del restaurante Kenna se marchó a su hotel, cansada por el ajetreado día, mientras que Alexa y yo aprovechamos que estábamos cerca de Central Park para caminar un poco. Era esa época del año donde el blanco cubría todo, y el frío entraba a tu cuerpo por cada parte que no estuviera bien protegida. A pesar de eso, era agradable caminar al lado de mi esposa y sentir un poco de tranquilidad en medio de la bulliciosa ciudad. Alexa tenía frío, así que la abrazaba mientras caminábamos para calentarla. Un par de adolescentes nos reconocieron y se tomaron fotos con nosotros. Era un grupo de muchachos muy agradable, hubo uno que me pidió consejos para conquistar a la chica que le gustaba, lo cual me pareció bastante divertido. No sabía bien qué responder, pero Alexa estaba ahí para salvarme, le dio una cátedra de cómo respetar y tratar bien a las mujeres.

El tiempo se nos fue volando. Ya eran más de las 12, y el clima estaba cada vez peor. Regresamos al hotel donde Alexa se hospedaba, subimos a su habitación y le hice la pregunta que había estado rondando mi cabeza todo el tiempo.

—¿Por qué nunca hablas sobre tu familia? Nunca los vemos.

—No hay mucho que decir sobre mi familia, ni tampoco hay mucho que ver.

—¿Qué hay de tu hermana?, ¿cuántos años tiene?, ¿puedo saber eso al menos?

—La verdad... ya no lo recuerdo. —Pude ver en sus ojos que no mentía. Por alguna razón Alexa había olvidado la edad de su hermana.

—Está bien, supongo que uno se olvida de cosas por estar ocupado. Vamos a dormir, mañana ambos tenemos trabajo que hacer.

A la mañana siguiente Alexa desayunó muy temprano y se fue de la habitación. Yo me quedé solo pensando en las tantas cosas que desconocía sobre mi esposa. Además, estaba Kenna de por medio. Tomé mi iPad y busqué el nombre de Kenna Nývak e Isabella Park, la verdad no fue difícil encontrar algo que las relacionara. Isabella era amiga de la roommate de Kenna, Sophie. Kenna pasaba tiempo con ellas. Había fotos de ellas juntas en algún bar, videos tomados por Isabella en el apartamento de Kenna, y cosas de ese estilo.

Podía ser una simple coincidencia que ellas se conocieran. Pero era demasiado sospechoso que ambos nombres estuvieran en la oficina de Alexa. Todo lo que estaba ocurriendo me hacía pensar que había algo siniestro detrás. Ya era momento de aclarar las dudas y llegar a la verdad de todo. Tan pronto terminé mis compromisos en la ciudad, tomé un avión de vuelta a California. Ya no podía esperar más. Tenía que ver el estudio del detective Stone.

# X

## SEBASTIAN

A punto de entrar al estudio del detective Stone, me detuve. Algo en mi interior me decía que al pasar por esa puerta mi mundo entero cambiaría. Tal vez mi relación con Alexa no volvería a ser la misma. Aun así, si había algo sobre mi esposa que tuviera que saber, era mi deber averiguarlo.

Usé la llave que había dejado Stone en el paquete. Lentamente gire la perilla. Las manos me sudaban de los nervios que tenía. Abrí la puerta lentamente y su chillido me erizó la piel. Entré a un pequeño departamento. Antes de analizar bien, cerré la puerta y nuevamente sonó ese chillido terrorífico. Ahora veía bien el lugar, tenía una cocina modesta cerca a la entrada, en ella había algunos cubiertos sucios y una cafetera vacía; una barra dividía la cocina de la sala, y sobre ella había un sin fin de periódicos de diferentes fechas y diferentes editoriales.

Lo que debía ser la sala, en realidad estaba organizada como una oficina. Un pequeño escritorio en medio de ella, cubierto en su totalidad por papeles desorganizados. Las paredes blancas estaban cubiertas con apuntes y notas. Había una única habitación con una cama pequeña, y al lado de ella un tocadiscos y algunos vinilos. Stone debía ser una de esas personas que trabajaban al estilo de la vieja escuela, todo escrito a mano y en papel, al menos por lo que podía ver no había computadoras, ni televisores, ni celulares en el departamento.

Analicé las notas que tenía en las paredes. En una pared había investigaciones sobre sucesos relacionados con Black Rose, algunos eran asesinatos y desapariciones como lo que se supone, había ocurrido con Isabella Park. Otros eran distintos a los que imaginé. Acuerdos comerciales entre países, altas y bajas en el precio del petróleo, incrementos súbitos en las acciones de alguna compañía o también el desplome de otras. Aparentemente Black Rose era mucho más que algún grupo de simple asesinos. Según lo recopilado por Stone, eran personas que dirigían el mundo entero desde lo más alto.

Por lo visto, Stone había investigado esto más que a fondo, la investigación que estaba ante mí no era un trabajo de meses, ni siquiera de años. Era la investigación de una vida entera. Stone dedicó su vida a investigar a Black

Rose.

En la pared contraria al escritorio había lo que según Stone era la cadena de mando dentro de Black Rose. Una pirámide de 12 miembros. De los cuales seis estaban en lo más bajo de la pirámide, aquí había cuatro identificados, pero ninguno que yo conociera. En el siguiente nivel había cuatro, ninguno identificado. En el siguiente nivel estaba la foto de Alexa, quien al parecer era la segunda al mando. Después, en la cima de la pirámide, había alguien que no había sido identificado.

En su escritorio, escondido en medio de tantos papeles había un cuaderno, lo abrí y en él había un registro de personas muertas. Algunas habían muerto por sobredosis, otras por suicidios y otras en extraños accidentes. Al parecer esas muertes fueron a manos de Black Rose.

De repente me llegó un pensamiento que puso todo mi ser en alerta. Black Rose estaba detrás de la muerte del detective Stone. De alguna manera se dieron cuenta que habló conmigo, o si era verdad lo que decía su investigación Alexa habría informado o incluso había tomado la decisión de matarlo. Si se tomaron la molestia de acabar con Stone ¿por qué no llegaron a su apartamento y quemaron toda su investigación?, no creo que haya sido por descuido, tenía que haber una razón por la cual la investigación de Stone había permanecido. O tal vez usaban esta investigación como una trampa para saber quién más acompañaba a Stone, si eso era así, yo me encontraba en inminente peligro.

A medida que esos pensamientos llegaban en cascada a mi mente, un sonido me trajo de vuelta a la tierra. Unos pasos se acercaban a la puerta. Dudé por un instante si esperar que abrieran la puerta o salir corriendo. Pero todo lo que estaba viendo en ese apartamento me indicaba que lo que vendría no sería para nada bueno. Sin hacer un solo ruido, moviéndome sigilosamente, tomé el cuaderno de Stone, salí hacia la escalera de incendios y me escondí contra la pared. Pude escuchar por las voces que se trataba de al menos dos personas. Mi corazón estaba palpitando brutalmente, tomé un respiro profundo para calmarme y dominar el temor que sentía.

Duré unos segundos para calmarme y volver en mí. Escuchaba atentamente lo que ocurría en el departamento de Stone: algunas pisadas, las personas adentro decían cosas que no podía escuchar con claridad, y de un momento a otro todo era silencio. No sabía si aún seguían dentro o se habían marchado, el silencio era escalofriante y me llenaba de intriga. Tratando de hacer el mínimo de ruido y con la adrenalina corriendo por todo mi cuerpo, asomé la mirada por una ventana. Lo único que alcancé a ver fue a un hombre vestido con

chaqueta de cuero apuntando hacia mí con un arma.

Salté desde las escaleras de incendio sin pensarlo dos veces. El arma del sujeto debía tener silenciador porque no escuché el disparo, pero sí cuando la bala golpeó el metal de la escalera. Una pila de basura amortiguó un poco mi caída, pero una botella rota escondida en la basura cortó profundamente mi mano al caer. A pesar del dolor rodé rápidamente a un costado para alejarme de la basura y ponerme en pie. Esta vez escuché como las balas golpeaban el pavimento. Corrí y di vuelta en la esquina. Una bala alcanzó a rozar mi pierna pero aún podía correr, no era tan grave como la cortada de mi mano. Tras cruzar la esquina, y notar que había una multitud de personas caminando, traté de camuflarme entre ellos. Llevaba una chaqueta con capucha, gorra y gafas, así que podía pasar inadvertido sin que nadie supiera mi identidad.

Mi idea era darle la vuelta a la manzana y después caminar un par de calles hasta donde había estacionado mi auto; pero este plan se vino abajo cuando miré hacia atrás y vi cómo el sujeto de la chaqueta de cuero y otro tipo vestido igual, caminaban hacia mí con cuchillos en las manos.

Nuevamente era hora de correr. Corrí unas tres calles, pero estaba claro que correr en línea recta no me salvaría. Crucé en un callejón donde encontré una cancha de baloncesto cerrada en rejas, trepé por ella, el dolor que sentí al trepar fue inmenso, tanto que al estar del otro lado simplemente caí. Estando en el suelo, me di cuenta de cómo habían podido perseguirme, aquellos tipos veían el rastro de sangre que estaba dejando. Hice una especie de torniquete improvisado con mi chaqueta para detener el sangrado. Cuando me puse en pie, me di cuenta que seguir corriendo iba a ser más difícil, el perder sangre ya me estaba provocando mareos. Aun así debía aprovechar la ventaja que le había sacado a los matones para huir.

Más allá de la cancha de baloncesto seguía un largo callejón antes de llegar a la calle contraria. Sentía que me desplomaría en cualquier momento, en la mitad de un callejón se encontraba un indigente que estaba buscando entre la basura. Tuve la idea de cambiar atuendos con él para despistar a mis perseguidores. Luego de darle un billete de cien dólares aceptó, y cambié mi chaqueta, mis lentes y mi gorra, por su gorro y su abrigo raído. Cuando terminamos el cambio, caminé lentamente hacia la calle, pero al escuchar los pasos de mis perseguidores me escondí tras un bote de basura. Supongo eso iba acorde con mi disfraz.

Sin decir una sola palabra aquellos sujetos dejaron de correr. Se acercaron al indigente que usaba mi vestimenta. Vi cómo uno le tapaba la boca mientras

pasaba su cuchillo por la garganta, al mismo tiempo que el segundo hombre introducía su cuchillo una y otra vez en el abdomen de aquel pobre hombre.

La sangre de aquel indigente quedó esparcida por todo el piso. Yo apenas podía contener el aliento tras ver tan cruel escena. Uno de los sujetos tiró su cuchillo a un lado. El otro violentamente, como si se tratase de la última estocada lo clavó en la frente del cuerpo sin vida. Después, como si no hubiese pasado nada, ambos hombres salieron caminando sin una sola gota de sangre que los incriminara. Caminaron hacia la calle donde pasaron tan cerca de mí que por un instante cerré los ojos pensando que era mi fin, pero no me vieron, siguieron por la calle con toda tranquilidad. Los vi cruzar para después desaparecer entre la multitud. Ya no había dudas, Black Rose existía y era realmente peligroso.

Tras ese día pasé dos semanas escondido en una cabaña en las montañas, al otro lado del país. La herida de mi mano sanó más rápido de lo que de que imaginé. Para no despertar las sospechas de Alexa, le dije que grabaría un nuevo video y que tardaría un tiempo en regresar a casa. Todos los días me hablaba, pero entre más interesada y preocupada se mostraba, más quería apartarme de ella. No podía evitar pensar en aquel indigente que había muerto por mi culpa y cómo esos asesinos estaban relacionados con mi esposa.

Día tras día, leía y analizaba la información en el cuaderno de Stone. Tenía ubicaciones, puntos de encuentro, eventos y toda clase de datos. Sin importar lo que dijera corroboraba cada dato para asegurarme de que fuese verdad. La información en el cuaderno apuntaba a la familia Rossi como fundadora de Black Rose, sin embargo, no había evidencia que los incriminara como los líderes de una organización secreta.

Lo más difícil de investigar a los Rossi era todo el misterio alrededor de ellos. Era como si una niebla densa cubriera todo para jamás revelar la historia del apellido Rossi. De todos ellos la figura más visible era la de mi esposa Alexa, aun así poco se sabía de ella antes de que se cambiara su nombre original, Alessandra Rossi. Datos como dónde estudió la secundaria, fotos de su juventud, dónde creció quién era su madre, eran un misterio. Pero si de mi esposa había poca información, de su padre Dante Rossi no había nada, ni edad, ni lugar de nacimiento, ni siquiera se conocía con exactitud de cuantas compañías era dueño o el tamaño de sus riquezas.

En las últimas páginas, Stone describía lo que podría llegar a ser una prueba. A unas horas de L.A. tiempo atrás en la época del Lejano Oeste, un pequeño pueblo fue abandonado para nunca más ser habitado. Se dice que aún existe, que está maldito, que en ese lugar ocurrían cosas extrañas. Ahí se

encontraba uno de los lugares de encuentro de Black Rose. El lugar no aparecía en ningún mapa y no había camino que llevara hasta él. Al parecer, tras muchos años, Stone de alguna manera se hizo con la localización. La idea de Stone era ir a investigar pues se suponía que el lugar era solitario. Hasta ahí llegaba la información del cuaderno. Podía suponer que Stone no pudo llegar a ese misterioso lugar por su repentina muerte.

La información en ese cuaderno me preocupaba. No podía imaginar a Alexa capaz de nada malo, pero desconocía tanto de ella. ¿Sería ella ese ser cruel que describió Stone?, ¿acaso su familia era tan terrible?, ¿seguiría con ella?, ¿la dejaría o ella me mataría?

Mientras más pasaban los días, más me agobiaban las preguntas, se me acumulaban en la garganta y sentía que me ahogaban cada día más. Hasta que al fin me llegó la respuesta de cuál sería mi paso a seguir. Black Rose era una organización peligrosa escondida entre las personas, controlaba al mundo desde las sombras, su mayor fortaleza era precisamente el pasar inadvertida. Si podía encontrar alguna prueba real en aquel pueblo, los muertos que habían hasta ahora, Isabella Park, Stone y el indigente, tendrían redención. Esto era algo que iba más allá de amar o no a mi esposa. Yo no era alguien que simplemente pudiera dejar morir a las personas sin buscar justicia por ellos. Un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer, dice la frase de una vieja película western, y ahora lo que yo tenía que hacer era exponer a Black Rose ante el mundo.

Tomé un vuelo de nuevo a California. Con un poco de nervios fui a la mansión. Por suerte para mí, Alexa no estaba. Busqué las armas que había comprado para colección. Subí a un taxi y llegué a un lugar donde pude comprar municiones, un cuchillo, un GPS y equipo de supervivencia. Alquilé una todoterreno y sin saber exactamente qué esperar, emprendí la aventura más peligrosa de mi vida.

# XI

## KENNA

Cuando finalmente tuve un espacio libre en mi agenda decidí regresar los libros que había tomado de la biblioteca. No quería tener conmigo nada que me recordara todas las locuras que llegué a pensar sobre Alexa. Fui a mi habitación, saqué los libros que estaban debajo de mi cama donde los había guardado y me dirigí a la biblioteca para devolverlos.

Había pocas personas ahí, y como siempre el silencio era protagonista de aquel lugar. Una biblioteca enorme pero lúgubre y anticuada, de unos cinco pisos. La señora del mostrador era la misma que me había atendido la última vez. Una mujer bastante mayor, de unos 75 años o tal vez más. Su computador, donde marcaba las entradas y salidas de los libros, podía ser considerado una reliquia.

Tardaba una eternidad con cada persona, solo estaban dos jóvenes delante de mí en la fila, pero llevaba más de 20 minutos esperando. Cuando finalmente llegó mi turno, Julia, como decía la etiqueta de su camisa, me recibió con un gesto no muy agradable, creo que aún me recordaba de la última vez que estuve ahí, y no de buena manera. Puse los tres libros sobre el mostrador y esperé a que llenara unos datos en el computador. Después de un largo rato por fin terminó y me entregó un recibo; me disponía a irme cuando escuché un estruendo. Julia estaba en el piso junto con los libros que acababa de devolver. Sin pensarlo pasé detrás del mostrador. Le pregunté cómo estaba, la tomé del brazo, la ayudé a ponerse en pie, y comencé a levantar los libros. Enseguida vi que uno de ellos había quedado abierto en una página que mostraba una daga muy similar a la que sostenía Alexa aquella noche. Memorice el número de la página, terminé de organizar los demás libros que habían quedado en el piso y tomé el que me interesaba. Era como si el destino me estuviera enviando señales. Por más que lo intentara, no podía ignorarlas.

—¿Te vas a llevar ese libro de nuevo?, acabas de devolverlo —dijo Julia notablemente enojada.

—Sí, lo siento. Olvidé que tenía algo más que buscar —La escuché refunfuñar en voz baja.

Bajé unas escaleras y caminé hasta una de las mesas. La más lejana y sola



que pude encontrar. Abrí el libro en la página 612 y allí estaba la imagen de la daga. Empecé a leer la historia junto a ella:

Tiempo atrás, en una época donde los dioses aún vagaban por la tierra y los hombres les servían fielmente, existió una diosa que amó a un hombre. La diferencia entre lo terrenal y lo divino era vencida por el amor que sentían entre sí. Tres, ese era el nombre con el que la diosa gobernaba; Ambrossia, el nombre con el que su amado la llamaba. No es importante saber cómo se enamoraron, pero sí como su amor terminó, y con él, la relación entre dioses y humanos.

Un dios gobernaba por encima de todos los dioses; Uno, el dios mayor. Indignado por la familiaridad con que Ambrossia trataba a los humanos, considerándolos incluso iguales a ella, Uno prohibió el amor. Castigó al amado obligándolo a trabajar como su esclavo en un lugar a donde la luz del sol no llegaba. Día tras día, aquel hombre hizo trabajos tan duros y peligrosos que no pueden ser nombrados. Su amor se tornó de tal manera en odio contra su amada, que permitió el castigo y contra todos los dioses que lo castigaron. Los años pasaron y aquel hombre se hacía más listo con cada tarea que superaba, y más fuerte con cada esfuerzo. Consiguió la manera de escapar y robar el conocimiento de Uno. Armado con ese conocimiento y con su propia inteligencia, forjó una daga capaz de acabar con todo lo divino, Ambrossia fue su nombre, para nunca olvidar su odio. Uno a uno acabó con los sacerdotes y semidioses que aseguraban el gobierno de los dioses. El hombre cegado por el odio, quiso acabar con todos los dioses comenzando por la diosa a la que alguna vez amó. Tras enterrar una y otra vez la daga en la diosa se dio cuenta de su fracaso. La daga no mataría dioses, no podía hacer más que herirlos. Así, usando el conocimiento prohibido, tomó la sangre de Ambrossia para hacer un último rito y despedir a los tiránicos dioses del mundo.

Todo sonaba demasiado fantasioso para ser real, dioses, sacrificios, castigos, inmortales. Continué leyendo detenidamente por un par de horas, y con cada página que avanzaba más me interesaba en el tema. Debo admitir que la relación entre lo que vi la noche de la fiesta y lo que estaba leyendo era innegable, pero esta vez no quería apresurarme y sacar conclusiones como lo había hecho semanas antes. Ahora conocía un poco más a Alexa, éramos amigas. No debía desconfiar de ella sin tener pruebas contundentes. No podía fiarme de un libro escrito por alguien con demasiada imaginación o de lo que creí ver y escuchar bajo los efectos del alcohol.

Sé que la decisión más prudente habría sido devolver ese libro junto con los demás, como lo tenía planeado cuando llegué a la biblioteca, y no continuar

llenándome de dudas, pero la intriga no me dejó. No estaba segura si quería saber más por curiosidad o por qué algo dentro de mí me decía que lo que vi aquella noche, sí era lo que había pensado en un inicio.

Deseaba con todas mis fuerzas estar equivocada porque realmente le había tomado cariño a Alexa. No sabía qué hacer, si continuaba tal vez me encontraría con algo que no quería, pero si no investigaba, más nunca iba a estar segura quién era ella. Decidí utilizar las técnicas de triangulación que mi padre me había enseñado para tratar de encontrar la ubicación aproximada de la ciudad destruida por los Dioses que aparecía en el libro, no sé qué esperaba encontrar al hacer eso, ni siquiera tengo claro por qué lo hice, pero definitivamente no esperaba que fuera un pueblo a solo un par de horas de Los Ángeles. Eso me causó risa.

¿Quién iba a creer que una ciudad que fue destruida por dioses hace miles de años estaba cerca de Los Ángeles? Claramente tenía que ser una broma. En ese momento perdí por completo la credibilidad en todo lo que había leído. Ese libro debía estar en la sección de ficción. Pero a pesar de eso, mi intuición me decía que debía ir a ese lugar. Sabía que era absurdo viajar más de cinco horas por carretera siguiendo las indicaciones de un libro, sabía que en esas coordenadas no podía haber partes de una ciudad antigua, sabía que todas esas historias sobre dioses que fueron desterrados tenían que ser mentira, pero también sabía que no iba a estar tranquila hasta ir a ese lugar y comprobarlo por mí misma.

Ese día volví a casa llevando el libro conmigo. Preparé una mochila con lo necesario para el largo camino, bebidas hidratantes, comida, un silbato, mi pistola, gas pimienta, una navaja y una linterna. Me sentía como Lara Croft en busca de un tesoro. Dejé el bolso a un lado de la cama y me fui a dormir.

Al día siguiente, la alarma sonó a las siete de la mañana, desperté, tomé una gran taza de café para evitar sentir sueño en el camino, y me vestí con ropa cómoda pero cubierta. Hacía frío y seguro lo iba a sentir más en la moto. Botas negras para motociclista, chaqueta, pantalón y guantes de cuero, completaban mi atuendo. Programé el GPS, subí a mi moto y empecé a seguir las indicaciones. Tardé más de lo esperado en salir de Los Ángeles, el pesado tráfico no me dejaba avanzar y estaba comenzando a pensar que todo esto era una completa locura. Aún estaba a tiempo de regresar. Había avanzado poco, pero algo dentro de mí me pedía que continuara, tal vez era mi deseo por vivir una aventura. Extrañaba esa época en la que no tenía tantas responsabilidades, que no era famosa y podía irme de mochilera por Europa. Ahora tenía tantos compromisos que apenas me

quedaba tiempo para mí.

Seguí conduciendo. Cuando llevaba más o menos unas tres horas de camino me detuve en una estación de gasolina algo solitaria. Aún tenía medio tanque de gasolina, pero no sabía a cuánto estaría la próxima estación. Entré al pequeño market que había ahí. No había muchas opciones en ese lugar, algunas bolsas de frituras llenas de polvo, un refrigerador con algunas bebidas, cigarros y botellas de alcohol. Tomé una cajetilla de cigarros, me acerqué al mostrador donde un hombre gordo con una barba larga y espesa me atendió mientras me decía un sin fin de obscenidades. Hice todo lo posible por mantener la calma pero la actitud de ese hombre estaba empezando a irritarme. Decidí marcharme de ese lugar sin comprar nada. Cuando me dirigía hacia la salida, dos hombres que parecían ser parte de alguna pandilla se interpusieron en mi camino.

—Mira este bombón ¿estás perdida?

—Estoy bien, gracias.

—Vamos no seas grosera. No me faltes el respeto delante de mi amigo ¡perra!

—Dije que estoy bien —respondí e intenté seguir mi camino, pero fue imposible.

—No te dejes faltar el respeto de esta perra.

El sujeto me tocó la cola y yo le di un puño, él de inmediato me respondió con una cachetada. Intenté mostrarme segura aunque lo cierto es que estaba muerta del miedo. En ese momento confirmé que todo este plan de crearme Lara Croft no era una buena idea. El más joven de ellos tenía una cruz tatuada bajo su ojo izquierdo y me puso contra la pared e intentó besarme, lo golpeé en la entrepierna con la rodilla. Su compañero me dio un golpe tan fuerte que caí al piso inconsciente por unos segundos, cuando volví en mí, el hombre del tatuaje en forma de cruz tenía mis manos sujetas sobre mi cabeza, mientras el otro estaba intentando bajarme el pantalón. Moví mis piernas para tomar impulso y lo pateé tan fuerte como pude, cayó junto con uno de los estantes del market. El otro, al ver a su amigo caer soltó mis manos y me golpeó. Aproveché el momento para alcanzar mi pistola y le disparé en el estómago, no tengo claro en qué parte, solo sé que el hombre cayó a un costado de mí. Me levanté del piso mientras le apuntaba a su compañero y salí corriendo de ahí.

Pude ver su camioneta estacionada justo a la salida del market, me acerqué rápidamente, le disparé a una de las llantas, subí a mi moto y aceleré al máximo. Cuando había avanzado lo suficiente como para estar fuera de peligro, me detuve en medio de la carretera. Tenía los niveles de adrenalina al máximo, y

solo hasta ese momento comencé a darme cuenta de todo lo que había sucedido.

Quizá había matado a alguien, sé que fue en defensa propia pero nunca antes le había disparado a una persona. No pude evitar sentir remordimiento, pero pronto el dolor indescriptible que sentía en mi rostro me recordó por qué lo había hecho, era él o yo. Me acerqué a uno de los espejos retrovisores de mi moto y una lágrima se deslizó por mi ojo al ver lo herida que estaba. Mi labio y mi ceja sangraban, y mi ojo izquierdo estaba tan morado que apenas podía abrirlo sin sentir un intenso dolor.

Sabía que no podía devolverme porque solo había una carretera de vuelta y podría encontrarme con ellos, así que continué. Según el GPS aún estaba a unas dos horas de mi destino, por suerte encontré un restaurante a pocos minutos de mi ubicación actual, y conduje hasta allí. Parecía un restaurante sacado de una película de vaqueros, todo hecho en madera. Una canción de Johnny Cash sonaba en una vieja rockola, ubicada justo al lado del baño. Un par de ventiladores en el techo que apenas funcionaban. Caminé hasta el baño deseando que nadie me viera, pero nadie parecía estar atento en ese lugar. Ni siquiera la camarera, una señora de edad avanzada. Entré al baño, un lugar bastante desagradable, una luz titilante colgaba del techo, las paredes estaban llenas de mensajes por todos lados, y el retrete parecía que no hubiera sido limpiado en meses. No tenía muchas opciones, el próximo lugar estaba a más de 30 minutos de ahí y yo necesitaba desinfectar mis heridas. Abrí mi bolso para sacar el pequeño botiquín que siempre llevaba conmigo, saqué alcohol, algodón y un par de pastillas para el dolor.

Volví a mi moto sin que nadie se percatara que había estado en aquel restaurante, sabía que si por alguna cruel jugada del destino me llegara a encontrar con un fan o un paparazzi, sería mi fin, tendrían muchas preguntas y yo ninguna respuesta coherente. Continué a pesar de saber que era una pésima idea. Hacía más de una hora que no veía un solo carro, moto o ser vivo pasar por ahí, solo algunos cuervos que parecían estar comiendo algún cuerpo en descomposición.

Tras un largo recorrido finalmente el GPS me indicó que mi destino se encontraba a 500 metros. Era una especie de pueblo abandonado, edificaciones que parecían llevar cientos de años ahí, una antigua cantina, parte de la estructura de algunas casas y fábricas. Anduve un poco más y de repente vi a lo lejos un carro estacionado a las afueras de una casa, la única que aún se mantenía en buen estado. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo ¿quién podría estar en ese lugar?, mi sentido común me exigía que diera marcha atrás, que no me acercara

a esa casa. Podría encontrarme con cualquier cosa, un laboratorio de narcotraficantes, caníbales, la guarida de un asesino en serie, ninguna de las opciones que se me pasaban por la mente parecía mejor que la anterior, pero no había recorrido cientos de kilómetros para irme sin averiguar qué había ahí.

Apagué mi Ducati a unos metros de distancia para no alertar de mi presencia a quien estuviera en ese lugar. Tomé mi bolso, comprobé que mi arma estuviera cargada y comencé a caminar sigilosamente llevando mi pistola en la mano. Al llegar al carro me asomé cuidadosamente para asegurarme que no hubiera nadie dentro, estaba vacío, al menos no había un cuerpo ensangrentado. Me agaché, caminé hasta la ventana de la casa, vi que no había nadie y entré. Parecía una casa desolada, no tenía muebles o cuadros o algo que mostrara indicios de que alguien vivía allí. Seguí mirando un poco más, pero nada se veía extraño a excepción de lo limpio que estaba aquella casa. No había puertas con candados o pasadizos, no al menos a simple vista. Decidí guardar mi arma y salir de allí.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la entrada escuché la madera crujir. Rápidamente saqué mi pistola de nuevo, caminé hacia donde creía que provenía el sonido y me encontré de frente con Sebastián apuntándome.

—¿Kenna? ¡Lo sabía! Eres parte de Black Rose.

—¿Black Rose?, no sé de qué hablas, pero quiero que me expliques qué haces aquí, y procura ser convincente porque ahora me están pasando muchas cosas por la mente y ninguna es buena, ¡habla rápido! —En ese momento no podía confiar en nadie más que no fuera yo.

—No tiene caso que intente explicar, igual me vas a matar como lo hiciste con Isabella y Stone —respondió él sin dejar de apuntar.

En ese momento los dos estábamos dispuestos a matar si era necesario. Poco a poco comenzó a explicarme por qué estaba ahí, y todo sonaba tan lógico que sentía que éramos parte de un maldito juego. Al parecer ninguno de los dos teníamos idea de quién era Alexa Hill en realidad y estábamos ahí para descubrirlo.

## XII

### SEBASTIAN

Un azar del destino nos había reunido a Kenna y a mí en aquella cabaña. Mientras le apuntaba, pude ver en sus ojos el mismo temor que yo sentía. Esa confusión que viene del no saber. Lentamente bajé mi arma y confíe en ella. Si Kenna fuera parte de Black Rose, habría disparado sin aviso.

Con mis manos alzadas en son de paz, narré cómo había llegado a la cabaña, mi encuentro con el detective Stone y todo lo que ocurrió en su estudio. Kenna también bajó su arma. Ella también había hecho una investigación y perseguía misterios que aún no resolvía. Además, traía consigo una noticia que preferiría no haber escuchado. Alexa había sido la culpable del asesinato de Isabella en una especie de culto. La investigación de Stone y lo que vio Kenna, coincidían en que mi esposa era la líder de aquel terrible grupo de asesinos.

Tras quedar en silencio por un instante, perdido en mis propios pensamientos, sufriendo el desengaño de no conocer realmente a quien se ama. Kenna me trajo nuevamente a la tierra.

—Si es aquí donde se reúne Black Rose, debe haber algo que aún no hemos descubierto —dijo Kenna mientras buscaba sin distracciones algo que se relacionara con Black Rose.

Según la investigación de Kenna, en alguna parte de aquel lugar debía haber ruinas de una civilización per

didá, que tenía historias y cultos similares a lo que ella había visto la noche de la muerte de Isabella. Encontrar esas ruinas nos darían las pistas para desvelar el secreto de Black Rose.

Tras dar vueltas por toda la cabaña, un chillido proveniente de la madera llamó nuestra atención. En lo que parecía ser la cocina de aquella cabaña, un pedazo de madera sonaba cada vez que lo pisábamos. Despejamos todo el lugar para poder ver con más cuidado. Cuando solo quedó el suelo y las paredes, encontramos una trampilla, una pequeña puerta de madera que se camuflaba con el piso llevaba a algún lugar. No teníamos forma de abrirla, pues no tenía ranuras de llave ni ningún interruptor secreto; no quedó otra alternativa más que tomar una barra que había en el equipo de la todoterreno y forzar la trampilla, dejando al descubierto unas escaleras que daban hacia una especie de sótano.

A diferencia del piso superior de la cabaña donde el polvo, el abandono y el deterioro eran claros inquilinos, el sótano era un tanto diferente; a pesar de ser en su mayor parte hecho de lo que parecía ser la misma madera del resto de la cabaña, todo estaba extremadamente limpio, no había rastro de polvo, suciedad, telarañas, ni nada parecido. El lugar estaba impecable, demasiado sospechoso para un pueblo abandonado. El estar ahí nos preocupaba, porque sabíamos que tanta limpieza significaba que el sótano aún era usado ¿pero para qué podía ser usado aquel lugar?, nosotros no veíamos nada más que unos barriles pegados a una pared, una mesa al lado de ellos y unas sillas sobre la mesa. A simple vista no había nada más en aquel lugar.

Kenna no se dio por vencida en lo que parecía ser el fin del camino para nosotros. Fue de inmediato a comprobar el contenido de los barriles, al golpear uno con la palanca, una especie de aceite salió de ellos, tras quedarse sin nada de aceite en su interior, pudimos notar que dentro del barril había una especie de pieza mecánica, conectada por cables a los barriles continuos. Abrimos todos los barriles para comprobar y pudimos ver que todos eran parte de un sistema para mover algo, no teníamos claro qué sería, pero eran motores y cables bastante gruesos, había algo muy pesado que requería de esos motores para moverse. Al igual que en la trampilla, no teníamos pistas, no había botones, ni ranuras, ni nada que pudiera darnos una idea de cómo activar aquel mecanismo. Pero nuevamente la genialidad de Kenna me sorprendió. Ella tuvo la gran idea de utilizar la corriente proveniente de la batería de su moto para transmitir energía al mecanismo y así abrirlo. La idea fue un éxito.

La máquina se movía lentamente. Parecía que la corriente de la moto apenas era suficiente, pero después de unos segundos sentimos cómo toda una pared se hundía en el suelo. A medida que la pared desaparecía, un túnel, hecho de tierra y piedras aparecía a la vista. Kenna me tomó de la mano y me llevó con ella. Las pequeñas linternas que habíamos estado usando hasta ese momento apenas daban abasto en la oscuridad impenetrable de aquel túnel.

Tras recorrerlo por unos 10 o 20 minutos, nos encontramos con algo realmente impresionante. Había casas y edificios en mármol, construidos en torno a una pirámide que parecía ser el lugar más importante de aquella ciudad abandonada. En las calles corría agua fresca a través de canales hechos detalladamente, faroles que se iluminaban a medida que caminábamos cerca de ellos. No necesitamos más de nuestras linternas para poder explorar las majestuosas edificaciones que se encontraban ante nosotros. Aquellas ruinas eran el vestigio de una avanzada civilización, aún después de su abandono las

construcciones se mantenían imponentes.

Solo dimos unos cuantos pasos en dirección a la pirámide cuando un estruendo se escuchó. La puerta al túnel se había cerrado.

—Debemos buscar otra salida, esa puerta solo abre desde el exterior — dije a Kenna.

—Si subimos a la pirámide podremos ver toda la ciudad y desde ahí buscar una salida —fue su respuesta.

Nos dirigimos a la pirámide. En la cima de aquel lugar podíamos ver con claridad todas las ruinas, eran mucho más grande de lo que habíamos pensado. Era una pequeña ciudad escondida ahí bajo la tierra, pasando desapercibida por el mundo de la superficie. Encontramos un pequeño altar, una base de oro y mármol sostenía una hermosa daga en forma de media luna con acabados extraños. Kenna reaccionó en cuanto la vio.

—Esa, esa es la daga que vi la noche de la fiesta.

—¿Estás segura?

—Sí. No me cabe duda.

—Llévemola con nosotros. Tal vez nos sirva de evidencia.

La tomé con mi mano derecha y de inmediato sentí como si algo me quemara y me golpeará al mismo tiempo. Caí al suelo mientras la daga quedaba en su pedestal como si nadie la hubiera tocado, esa daga rechazaba ser tocada. Al ver mi mano, vi como unas raíces entre negras y verdes se habían esparcido desde la punta de mis dedos hasta mi antebrazo. Kenna asustada corrió en mi auxilio.

—¿Estás bien? —dijo Kenna mientras trataba de levantarme del piso.

—Algo le ocurrió a mi mano —le señalé las extrañas marcas que me habían salido tras tocar la daga.

—Es la maldición de las raíces, eso pasa cuando tocas lo que no es tuyo —dijo un sujeto que estaba detrás de nosotros, apuntándonos—. Las raíces los hubieran matado de todas formas, no había necesidad de que yo viniera. Pero si ya estoy aquí será mejor acabar con esto rápido.

Aquel era uno de los matones de Black Rose. No sabíamos desde cuándo nos había estado siguiendo, pero era claro que estábamos en inminente peligro.

Kenna se lanzó sobre mí y ambos caímos por un costado de la pirámide, traté de sacar mi pistola pero las raíces impedían mover mi brazo. Kenna fue lo suficientemente ágil para sacar la suya y dispararle en el rostro a aquel sujeto. Tan pronto pude, saqué mi pistola y ambos corrimos hacia el lado opuesto de la ciudad abandonada.



—¿Tienes alguna idea de cómo salir de aquí? —preguntó Kenna.

—Sí, sigamos el agua. Debe venir de algún lugar fuera de aquí —respondí mientras corríamos.

No sé por cuánto tiempo corrimos siguiendo los canales que bordeaban las calles. Pero tras un rato encontramos una cascada y junto a ella escaleras de madera que llevaban hasta su origen. Ese era nuestro camino.

Corrimos hacia esas escaleras tan rápido como pudimos y al llegar sentimos un disparo que por pocos centímetros pudo haberle dado en Kenna. Volteamos a ver quién era nuestro agresor, pero la imagen parecía sacada de una película de miedo. Era el mismo hombre al que Kenna disparó cuando caímos, lo sabíamos porque aún tenía un enorme agujero en su frente por donde la bala había entrado y salido. Kenna le disparó unas cuantas veces más, pero a pesar de las heridas el sujeto parecía no morir. Subimos tan rápido como pudimos por las escaleras, esquivando las balas de nuestro atacante. Al llegar a la parte superior disparamos a las escaleras y estas se derrumbaron junto con el sujeto que nos disparaba.

En la cima de la cascada, encontramos otro túnel, al parecer ese lo había formado el agua que alimentaba la cascada. Tras seguir un largo camino entre corrientes de agua y piedras húmedas, vimos la luz de la salida, habíamos llegado a un pequeño lago del cual se desprendía aquella corriente. A lo lejos podíamos ver el pequeño pueblo fantasma al que inicialmente habíamos llegado, y caminamos en dirección a él. Cuando mi adrenalina bajó, volví a sentir el dolor de mi mano, ahora con más intensidad, era tan insoportable que por un momento perdí la conciencia. Cuando la recuperé Kenna estaba arrastrándome hasta el pueblo. Me había arrastrado más de la mitad del camino. Traté de ponerme en pie. Le señalé donde estaba mi camioneta, entré en ella, le entregué las llaves y cerré los ojos.

Cuando volví a abrir los ojos ya había amanecido y nos encontrábamos en el motel en el que estamos ahora.

## XIII

### KENNA

Todo empezó con una simple invitación a una fiesta de máscaras y ahora estoy en medio de la nada, huyendo de un grupo de asesinos junto a Sebastián, que parece empeorar a cada minuto, su brazo está en muy mal estado. No quiero preocuparlo pero sé que si no hacemos algo pronto podría morir. Salgo de la habitación con la excusa de buscar comida, aunque en lo último que estoy pensando es en comer, solo quiero creer que todo esto es parte de una pesadilla de la que tarde o temprano despertaré, pero ¿a quién engaño?, sé que todo es real.

Le disparé a un hombre, descubrí que la mujer que siempre admiré y consideraba mi amiga, es la líder de una sociedad secreta, su esposo está muriendo lentamente a causa de algo que ni siquiera puedo explicar, y estamos huyendo de un grupo de asesinos de Black Rose. Creo que no hay nada más que me pueda sorprender en este momento.

El motel es pequeño, con no más de 15 habitaciones. Se puede notar el paso de los años en su estructura, el lugar está cayéndose a pedazos y parece que no hay nada más a su alrededor en kilómetros. Está casi vacío. Solo hay un carro más en el estacionamiento aparte del de Sebastián. Me dirijo al lobby, si es que se le puede llamar de esa manera. Intento llamar al encargado pero nadie responde, lo único que veo es una máquina dispensadora de comidas que seguramente no funciona. Busco en mi bolsillo y solo encuentro dos monedas de un dólar, las introduzco en la máquina, presiono la tecla A47 que corresponde a un churro, pero se atasca. Descargo mi frustración sobre la máquina, la empujo con tal fuerza que la luz dentro de ella se apaga por unos segundos. Me quedo frente a la máquina dispensadora por varios minutos sin hacer nada. Tengo miedo de volver a la habitación y encontrar que Sebastián ha muerto. No sé cómo podría seguir con todo esto sin su ayuda.

Sé que debo ser fuerte. Mi madre no soportaría una muerte más, apenas pudo mantener la cordura cuando mi padre murió. Prometo que si salgo viva de esto voy a visitarla por una larga temporada, y juro que jamás confiaré de nuevo en alguien sin importar cuán inocente o perfecto parezca. Empiezo a sentirme agotada, debo descansar o voy a desmayarme en cualquier momento. Escucho

una risa detrás de mí y rápidamente saco mi arma, pero antes de que pueda usarla siento el frío filo de un cuchillo en mi cuello.

—¿Creíste que todo se iba a quedar así princesita?, ¿qué podías dispararle a mi hermano y desaparecer?

Apenas oigo su voz, todo lo que sucedió en el market comenzó a reproducirse en mi mente como si de una película se tratara. Pero ya no soy la misma que hace menos de 24 horas emprendió un viaje en busca de aventura. Ahora un par de pandilleros no me dan miedo. Mientras ellos dicen cosas para intimidarme, yo estoy con los ojos cerrados recordando las clases de defensa personal que tomé con mi padre. Sé que tengo solo una oportunidad para librarme sin morir en el intento, es ahora o nunca, pero antes de hacer cualquier movimiento escucho varios disparos. Tengo sangre por todo mi cuerpo. No tengo claro que acaba de pasar ¿me dispararon? o ¿fue a ellos? me doy la vuelta lentamente y veo tres cuerpos en el piso. Los dos sujetos que intentaron abusar de mí en el market y uno más que no reconozco.

Noto a una mujer ubicada a varios metros de mí en la oscuridad pero no logro ver con claridad de quién se trata, camino hacia ella con mi arma en la mano y mientras lo hago, veo a Sebastián saltar por la ventana de la habitación. La mujer se gira hacia él en cuanto lo escucha caer. Yo le apunto y corro detrás de ella. Veo como Sebastián le dispara en repetidas ocasiones mientras ella se aproxima a él. La mujer cae al piso, ambos nos acercamos a ella, pero a los pocos segundos vemos como se pone de pie riéndose. Pensé que nada más en este día me podría sorprender, pero está claro que estaba equivocada.

Cuando semanas atrás creí encontrar una relación entre Sophie y Alexa jamás pasó por mi mente que ella podría ser una asesina, inmortal, con miles de años de vida. Esto no puede sonar más extraño. Estoy empezando a sentirme en una película de zombies. Supongo que eso también explica por qué el alcohol no le afectaba o por qué siempre lucía tan perfecta y ¿su relación con Isabella?, todo era parte de ese sacrificio, ¿con quién estuve viviendo el último año? Poco a poco las piezas van encajando, pero eso no hace más fácil asimilar la verdadera identidad de Sophie.

—Deja de verme tan sorprendida Kenna, deberías agradecer que te acabo de salvar la vida —dice Sophie con cierto cinismo—, aunque seguro tendré que matarlos pronto. No lo tomen personal, son órdenes superiores.

En ese momento le doy un golpe en la cara tan fuerte como puedo, pero no le hace ni cosquillas. Ella intenta golpearme pero logro esquivarla, aunque no por mucho, el segundo golpe si va directo a mi cara. Aún estoy intentando

asimilar el hecho de que Sophie nos quiera matar. Mientras Sophie y yo discutimos, Sebastián le dispara a un mercenario de Black Rose innumerables veces, no se levanta, así que deduzco que es mortal. Estoy comenzando a pensar que esas personas no están aquí para matarnos, solo nos quieren llevar ante su jefa, Alexa. De repente veo a Sebastián subir a su carro, me hace señas para que me quite del medio, acelera y atropella a Sophie ¡qué gran idea!, eso no la matará, pero al menos el peso del vehículo sobre su cuerpo la mantendrá atrapada hasta que alguien la rescate.

Antes de que pueda reaccionar vemos que se acercan varias motos. Parece que asesinos de Black Rose siguen llegando uno tras otro. Nos disparan a distancia mientras nos cubrimos con el coche, pero escucho las balas golpear por todos lados. Comenzamos a arrastrarnos debajo del carro para llegar al otro lado y subir al Jeep de Sophie, logramos atravesar con apenas unos rasguños. Subo del lado del conductor mientras Sebastián se acuesta en las sillas traseras. El color oscuro ya ha cubierto la mayor parte de su antebrazo.

Pongo en marcha el coche, rápidamente doy reversa atropellando a dos de los asesinos, otros nos siguen disparando, por suerte el Jeep es blindado. Por ahora estaremos a salvo. Salgo a la carretera y acelero a fondo, ya no veo a nadie venir tras nosotros, pero no podemos descuidarnos. Sé que no nos dejarán en paz hasta que cumplan su misión. Sebastián intenta mantenerse fuerte, dice que está bien pero su aspecto indica todo lo contrario. No tengo idea de a dónde nos dirigimos.

—Kenna, la casa del lago de mi familia queda a pocos kilómetros. Ahí estaremos bien por ahora.

Sabemos que debemos cambiar de coche para evitar que sigan nuestro rastro. A un lado de la carretera vemos un viejo Nissan color gris de los 90, su dueño no parece estar cerca. Nos aseguramos que no haya nadie a los alrededores. Bajamos del Jeep, corremos hacia el Nissan y subimos a él. Está en muy mal estado, hay sobras de comida tirada en las sillas, latas de cervezas acabadas y un rosario colgando del retrovisor, por suerte las llaves aún están puestas. Lo pongo en marcha y acelero. Mientras nos alejamos puedo ver a un hombre que está tratando de subirse los pantalones correr detrás de nosotros. A los pocos segundos lo perdemos de vista.

Necesitamos un lugar para pensar qué hacer. Sebastián me preocupa, se nota cada vez más pálido. Tras conducir poco más de una hora, me indica que debo girar a la derecha. Apenas se puede ver el camino demarcado entre decenas de árboles, y la poca luz de la luna que logra atravesarlos. A pocos metros alcanzo a

divisar una casa de madera bastante grande pero descuidada.

—Han pasado años desde la última vez que alguien de mi familia visitó esta casa —dice Sebastián mientras parqueo frente a la cabaña.

—Bueno, no creo que haya algo peor que todo lo que he visto en las últimas 12 horas.

Bajo del carro y abro la puerta de atrás para ayudar a Sebastián, quien insiste en decir que estará bien. Admiro su positivismo y la cordura con la que está manejando toda esta situación, aunque realmente no sé qué está pasando por su mente. Sé que intenta mostrarse fuerte por mí, ahora solo nos tenemos el uno al otro. Lo conozco poco pero puedo ver que es un buen hombre, solo un hombre con un gran corazón es capaz de seguir defendiendo a su esposa incluso después de todo lo sucedido.

Caminamos hacía la cabaña y cuanto más nos acercamos, más puedo notar lo deteriorada que está. Subimos cuidadosamente procurando pisar solo las partes que parecen estar en buen estado. Sebastián saca una llave que está dentro de un farol que cuelga del techo de la entrada, la introduce en la perilla y gira lentamente. Enseguida escucho un chillido proveniente de las oxidadas bisagras de la puerta. Está todo muy oscuro. Enciendo la luz del móvil para intentar ver un poco. Sebastián mueve un interruptor y un par de luces se encienden. El lugar está lleno de polvo, pero aún conserva muebles en buen estado, puedo deducir que años atrás fue un lugar hermoso decorado por alguien de muy buen gusto. Camino hacia la cocina y abro todos los compartimientos en busca de algo que nos pueda ser útil, solo encuentro latas de comida oxidadas por el paso del tiempo, algunos frascos de pepinillos, aceitunas y dos botellas de vodka. Sé que beber no solucionará nada, pero en definitiva ayudará a calmar los nervios o al menos a pensar en otra cosa que no sea Black Rose.

Creo que por el momento estamos a salvo aquí. No vi a nadie que nos siguiera en la carretera, tiramos nuestros móviles muchos kilómetros atrás y según Sebastián, ni Alexa ni nadie de Black Rose conoce la ubicación de esta cabaña. Destapo la botella de vodka, y en cuanto lo hago el profundo olor a alcohol inunda todos mis sentidos. Llevo la botella a la mesa, me siento junto a Sebastián y le ofrezco un trago, sin dudarle un segundo me quita la botella de las manos con el brazo que no está herido y bebe una gran cantidad.

—¿Quién es mi esposa, Kenna?, ¿quién es la mujer con la que he estado los últimos cuatro años? Hasta hace unas semanas todo era perfecto y ahora lo único que tengo son cientos de preguntas, una esposa que me quiere matar y una maldición que no sé cómo curar.

Puedo ver la confusión en su mirada. Quiero decirle algo que lo aliente pero no tengo idea qué, así que simplemente bebo un trago. Realmente me siento mal por Sebastián, él lo está pasando mucho peor que yo. Sé que sigue hablando, pero ya he dejado de prestarle atención, en mi mente sólo se repite la misma pregunta una y otra vez ¿cómo vamos a salir vivos de esto? No tenemos un plan a seguir o aliados que nos ayuden, nos quedan solo un par de balas, y si alguien de Black Rose conoce la ubicación de esta cabaña estamos muertos. Quiero ser fuerte, pero no creo que pueda resistir mucho más.

No sé cuánto le quede de vida a Sebastián y seguramente la única persona que sabe cómo acabar con la maldición es la misma persona que nos quiere muertos. Le sigo dando vueltas al asunto y todas las opciones me llevan a un laberinto sin salida. De repente Sebastián me saca de mis pensamientos.

—Kenna, te prometo que todo estará bien. No sé cómo, pero vamos a salir vivos de esto, te lo prometo. —Sus palabras son justo lo que necesito oír en ese momento. Necesitamos descansar. Acomodamos las sillas lo mejor que podemos, uso mi morral de almohada y nos acostamos.

Cuando estoy por quedarme dormida comienzo a sentir unos ruidos extraños que provienen del exterior de la cabaña. Cada vez los escucho más cerca, puedo distinguir el sonido de unas ramas rompiéndose. Me arrastro hasta la ventana y veo luces acercándose. Despierto a Sebastián procurando hacer el menor ruido posible. Le tapo la boca y le indico que me siga. Él rápidamente se pone de pie, pasa al frente mío y nos guía a la habitación principal. Ahí rueda una alfombra ubicada junto a la cama, levanta una especie de puerta con unas escaleras que llevan a un sótano. Descendemos, Sebastián enciende una bombilla que apenas logra iluminar parte del lugar dejando ver una especie de bar, algunos trofeos. Es sin duda el lugar de la cabaña que se encuentra en mejor estado.

Escuchamos cómo patean la puerta de la entrada, comienzan a romper cosas alrededor de toda la casa. Sé que si nos encuentran ya no habrá escapatoria. Escucho a una mujer decir que no se irán hasta encontrarnos. Cada vez escucho pasos más cerca.

—Alexa ya hemos buscado por toda la cabaña y sus alrededores y no están. —Espeta la voz de un hombre.

—Búsquenlos así sea debajo del suelo. Están aquí, puedo sentirlo —dice Alexa realmente enojada.

Nunca me he sentido más indefensa y asustada como en este momento. Siento que estoy a pocos minutos de morir. Escucho pasos sobre el suelo encima del sótano.

—Aquí hay algo. Esta madera se siente distinta al resto. —Puedo sentir como intentan abrir la compuerta. Abrazo a Sebastián. Sé que ya no hay escapatoria. Una lágrima se desliza por mi mejilla. Veo descender por las escaleras a varios hombres seguidos de Alexa y Sophie. El semblante de Alexa cambia tan pronto nos ve a Sebastián y a mí. Es claro que hasta este momento ella desconocía la identidad de quiénes serían sus víctimas. Los hombres a su cargo se quedan inmovilizados esperando órdenes de ella. Tras varios minutos de completo silencio Alexa finalmente habla.

—Esperen afuera. Yo personalmente me voy a encargar de ellos —todos los hombres comienzan a salir del sótano a excepción de Sophie que se queda junto a Alexa—. ¡Tú también Sophie! —Sophie nos mira con desprecio y a regañadientes sube las escaleras.

—Mi esposo y mi amiga juntos, ¡esto sí que es una sorpresa! Kenna, de ti lo entiendo. Desde que nos conocimos supe que querías todo lo que era mío, pero tú Sebastián... pensé que de verdad me amabas como yo te amo a ti. Sabía que no debía enamorarme, ya me lo había advertido mi padre, pero estaba tan ciega de amor por ti que nunca noté que tenía a mi enemigo bajo mi propio techo.

En ese momento Alexa saca una pistola que tenía detrás de su espalda y nos apunta. Cierro mis ojos esperando lo peor.

## XIV

### SEBASTIAN

Tiemblo de miedo al escuchar su voz. Pero ahora que la veo bajar lentamente las escaleras, me petrifico. Ya no hay duda de que Alexa es la líder de Black Rose y tristemente encontraré mi final a manos del amor de mi vida, sin entender bien el por qué.

Ordena a sus lacayos dejarla sola. Dice que ella se encargará. Este es el fin. Sé que suena raro, pero aún en esta situación, miro sus ojos y no puedo evitar pensar en lo bellos que son, no puedo evitar admirarlos una última vez. Quizá sea lo mejor, quizá sea el mejor paisaje que puedo pedir antes de morir. Quiero decir algo, pero no soy capaz de pronunciar una palabra. Mientras Kenna cierra los ojos empapada en lágrimas por nuestro inminente final, yo mantengo mis ojos bien abiertos. La miro fijamente mientras saca esa enorme pistola y apunta hacia nosotros. No quiero perderme un segundo, quiero contemplar esos hermosos ojos una última vez.

Tres disparos suenan, pero aún veo a Alexa, ¿qué ha ocurrido? No siento nada, ¿acaso acabó con Kenna primero?, no, no es eso. Kenna está bien, tiene aún sus ojos cerrados, pero está bien. ¿Acaso habrá fallado?, no entiendo. Miro nuevamente a Alexa y veo una pequeña lágrima asomarse. Me toma por la mano y me pone en pie. Hace lo mismo con Kenna mientras nos pide guardar silencio y nos señala una ventana por la cual escapar. Kenna y yo salimos por ese pequeño espacio. Desde lejos, en el bosque, me detengo un momento para ver cómo la cabaña de mi familia arde en llamas. Y de ella, sale Alexa. La mujer que nos ha salvado.

Será posible que Alexa no sea una mala persona después de todo. Esa lágrima antes de que huyéramos era muy real para mí. Quiero creer en mi esposa, pero no sé nada de ella, ni del peligro al que nos enfrentamos ahora. Mientras caminamos por el bosque tratando de llegar a algún camino, las raíces se esparcen y es como si drenaran mi energía. Me siento demasiado cansado. Lo he estado ocultando de Kenna para no sumarle preocupaciones pero llevo un buen rato tosiendo sangre, y mi visión se nubla como si una niebla extraña cubriera mis ojos solo para dejarme ver sombras a mí alrededor. Hay momentos en que quisiera desmayarme, pero trato de aguantar y sigo. Kenna también debe



estar cansada por todo lo que nos ha sucedido en estos días, no puedo ser una carga ahora o ambos acabaremos muertos.

Tras un largo trayecto llegamos a la carretera. Un anciano en una vieja camioneta accede a llevarnos al pueblo más cercano. El anciano no sabe de celebridades, y con el aspecto tan deteriorado que ambos tenemos ahora, que nos reconozcan no es una preocupación. Tras escuchar al anciano quejarse, recibir mil y un consejos de las cosas que un hombre y una mujer tienen que hacer para ser felices, llegamos a una mala posada, pagamos en efectivo y entramos a la habitación más sucia que haya visto en mi vida. Una cama apenas arreglada, paredes llenas de moho verde, y un viejo televisor que sintoniza solo tres canales. Pensé en tirarme en la cama para finalmente descansar pero Kenna se anticipa, queda dormida casi inmediatamente.

Verla dormir me da un poco de alegría. Después de todo lo que hemos pasado, que se vea tan tierna y libre de preocupaciones mientras duerme me tranquiliza. Debo admitir que sin ella, no sé si estaría vivo ahora. Ha sido una gran compañera, no se ha rendido a pesar de los problemas. Podría incluso decir que ha sido una verdadera amiga en esto. Espero que podamos salir de todo este embrollo y ella pueda volver a dormir tan profundo como hoy en la comodidad de su hogar.

Aprovechando que Kenna está dormida, voy al baño, una pocilga de pésimo olor con un espejo roto. Ignoro el nauseabundo olor y me dirijo al espejo. Me quito mi camisa y ahora lo veo con claridad. Desde la punta de los dedos hasta mi pecho esas raíces se han esparcido. Ahora ya no son verdes como lo eran en un inicio, toman un color azul que me hace pensar que están sufriendo una especie de metamorfosis. A pesar de que he podido soportarlo, el dolor que siento al mover el brazo es cada vez mayor y el esfuerzo que debo hacer para cerrar mi puño también incrementa. Mi piel y mi cara lucen cada vez más pálidas. Estas raíces parecen estar drenando algo en mí que me quita la fuerza. A este paso no creo poder aguantar ni una semana más.

Me siento contra la pared del baño, con mis manos en la cabeza, soy preso de toda desesperación. Nuevamente mi mano duele, mi visión se pone borrosa y siento como mi conciencia se esfuma.

—Sebastián, Sebastián ¡despierta!, por favor despierta. —En una interminable oscuridad escucho la voz de Kenna llamándome.

Abro los ojos. La veo llorando y golpeándome.

—No puedes dejarme ahora, no puedes hacerlo. No te puedes morir — dice Kenna con una genuina cara de preocupación.

—Solo me quedé dormido, no te preocupes.

Me pongo la camisa con rapidez, esperando que Kenna no vea la gravedad de las raíces. Creo que entiendo un poco a Kenna. Es una mujer bastante fuerte. Quizás sea la persona más fuerte y valiente que jamás haya conocido, pero le atterra la soledad, no quiere quedarse sola en este embrollo y creo que siento lo mismo que ella. Alexa nos dejó vivir, pero no es como si contáramos con ella ahora. En este instante todo lo que tenemos es el uno al otro.

Salgo del motel para buscar comida aprovechando que Kenna se quedó dormida de nuevo. Antes de llegar a un bar, veo una tienda de ropa. Lejos de ser ropa de marca, o ser ropa bonita, son baratijas de segunda mano, pero cualquier cosa es mejor que lo que traemos puesto. Compro algunas cosas para mí y otras para Kenna, y dos maletines donde llevarlo todo. Ahora, dentro del bar, el cantinero me ha hecho el favor de tener mis compras mientras me como la mejor hamburguesa que he probado en toda mi maldita vida, y una cerveza.

Veo un teléfono en el bar. La verdad no pienso en nada en particular. Solo me quedo viéndolo con la mente en blanco.

—Si quiere hacer una llamada adelante, es gratis —dice el cantinero.

—Gracias. Pero creo que no tengo a quién llamar —respondo.

—Claro que debe tener a alguien, usa anillo de casado, seguro que tu chica está esperando en algún lado —insistió el cantinero.

Sus palabras me recordaron a Alexa inmediatamente. Ella debía estar preocupada. A pesar de que no me encontraba nada bien, de que hace menos de un día ella me estaba apuntando con una pistola, y de que probablemente no llegue a ver el próximo fin de semana, decidí llamar a la líder de una organización criminal para decirle que yo estaba bien.

—Creo que sí haré una llamada, mientras tanto, prepara otra hamburguesa —dije al cantinero.

—Qué apetito tan grande para alguien tan pequeño. Sale otra hamburguesa. —Claro que debería verme muy pequeño para aquel gorila barbudo de casi dos metros.

Tomo el teléfono y marco al celular de Alexa. No tengo idea qué decir. ¿Y si ella prefiere no hablarme?, ¿y si está rodeada de sus compinches aún?, ¿y si alguien más escucha y nos pone en peligro a todos? Creo que el teléfono solo alcanza a sonar una única vez antes de que ella conteste.

—Sebastián, ¡idiota!, por qué tardaste tanto en llamar—responde Alexa inmediatamente. Aunque no la tengo frente a mí, veo con claridad la cara que tiene en este instante. Sus ojos brillantes por las lágrimas que no quiere permitir

salir. Su expresión de preocupación.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Porque me llamas al celular privado que casi nadie tiene —creo que Alexa es mucho más lista que yo—. ¿Por qué tuviste que meterte en esto? Yo quería alejarte de todo. Que tuviéramos la vida tranquila que siempre vivimos. Que fuéramos al café que te gustaba —empieza a hablar cada vez más rápido y finalmente deja salir su llanto. No cabe duda, esa era mi Alexa. Era la persona con la que me había casado. Es difícil imaginar a una líder de asesinos en ese estado. Al menos para mí es difícil de creer.

Escucho sus quejas y la voz de niña consentida que pone mientras habla conmigo. Escucharla así me lleva a nuestra casa, lejos de aquí, de los asesinatos y las conspiraciones. Me lleva a un lugar feliz en el cual solo existimos ella y yo. Se detiene un instante, toma un respiro y vuelve a ser una fría asesina.

—Sebastián escúchame bien —dice con tono serio y me regresa a la terrible realidad en la que estamos—, tú y Kenna murieron en aquella cabaña. Estoy haciendo los preparativos del funeral y cuando acabe iré por ti. No dejes que los reconozcan, todos deben pensar que murieron.

—¿Pero qué haremos?

—Sigam escondidos y en movimiento. No se detengan por mucho tiempo en ningún lugar. Usa solo efectivo y nada de celulares. Yo te encontraré. Solo puedes llamarme a este teléfono.

—Lex, no entiendo lo que ocurre.

—Cuando nos veamos te explicaré. Pero por ahora, confía en mí. Y algo más ¿quién tiene las raíces, tú o Kenna? —pregunta Alexa.

No soy capaz de responderle. Guardo silencio. Al otro lado de la línea se escucha como golpea y lanza objetos con enojo. Toma un respiro y vuelve hablarme.

—Sé que es difícil, pero no puedes sentir miedo ahora. Las raíces crecen más rápido cuando sientes miedo. Lo siento amor, tengo que irme. Yo te encontraré.

—Te amo.

—Y yo a ti. No dudes de eso por favor —responde Alexa y cuelga.

No puedo evitar llorar al terminar nuestra conversación.

—Ánimo muchacho. Toma —el cantinero me recibe con una hamburguesa y otra cerveza.

Llevo un largo rato aquí. Creo que he comido al menos tres hamburguesas. Kenna acaba de entrar al bar y se sienta junto a mí. No quiero decirle que hablé

con Alexa para no preocuparla, así que solo le digo que debemos seguir en movimiento y actuar como si ya no existiéramos. Ella asiente. Pago la cuenta. El cantinero entrega las cosas que había comprado antes de llegar aquí y nos dirigimos a la parada de buses para ir a nuestro siguiente destino.

## XV

### KENNA

*No importa cuánto creamos saber. No existe una verdad absoluta.*

El día que vi a Alexa bajar las escaleras de aquel sótano no pensé ni por un segundo que saldría viva de ese lugar. Todas las pruebas indicaban que Alexa era un ser perverso e inescrupuloso capaz de acabar con cualquiera que se interpusiera en su camino, y claramente para ese momento Sebastián y yo sabíamos más de lo que debíamos. Estaba lista para morir, si eso es posible, pero al menos moriría con la satisfacción de saber que había luchado hasta el final. Aunque ni el mejor entrenamiento me habría preparado para enfrentarme a una raza antigua de inmortales.

Han pasado menos de 40 horas desde que Sebastián y yo escapamos de Black Rose. Las marcas en el brazo de Sebastián ya han cubierto gran parte de su cuerpo y está empezando a afectar su movilidad. Estamos en la habitación de un horrendo hotel. No sé cuántas habitaciones de hotel hemos visitado en las últimas horas. Él está intentando descansar pero yo no puedo dejar de pensar.

Salgo sigilosamente de la habitación procurando no despertarlo. Traigo puesto lentes de sol, una gorra y una sudadera. Camino hacia el lobby de aquel hotel en busca de un periódico, necesito saber información sobre mi funeral para asistir y decirle a mi madre que estoy viva. Sé que será un movimiento riesgoso, pero debo hacerlo, ella es quien más me preocupa, debe estar inconsolable. Llamo al encargado de aquel lugar. Un hombre bastante mayor, con una expresión poco amable en su rostro se acerca al mostrador.

—Hola ¿Podría prestarme un periódico del día de hoy, por favor? —El hombre de nombre Karl se va por unos segundos, vuelve con un periódico en sus manos, lo tira sobre el mostrador y se retira. Inmediatamente veo nuestros nombres en la primera plana.

"Mañana se llevará a cabo el funeral del cantante americano Sebastián Lima y la modelo checa Kenna Nývák

El cantante americano de ascendencia brasileña Sebastián Lima y la modelo checa, Kenna Nývák murieron calcinados ayer en un trágico accidente aéreo, luego de que el motor del avión en el que viajaban a Río de Janeiro, explotara una hora después de haber despegado del aeropuerto internacional de

Los Ángeles. Las causas de la explosión aún están siendo investigadas. Los 10 tripulantes del avión fallecieron.

La también modelo y empresaria Alexa Hill, esposa del cantante informó que su esposo se dirigía a Brasil para grabar su más reciente video musical, que sería protagonizado por la modelo Kenna Nóvak.

Mañana se realizará un homenaje a las jóvenes celebridades en la mansión de Alexa Hill en horas de la mañana. La viuda invita a los más allegados a asistir a esta ceremonia. "

No sé cómo explicar lo que estoy sintiendo ahora, es tan extraño leer sobre nuestra muerte. Solo quisiera poder llamar a mi familia y explicarles todo, pero sé que debemos mantenernos ocultos. Termine de leer la noticia, estoy a punto de dejar el periódico donde lo encontré y me doy cuenta que es del día de ayer, lo que significa que nuestro funeral ya pasó. Camino de vuelta a la habitación para intentar descubrir una manera segura de contactar a mi madre, pero cuando estoy a punto de entrar, escucho a un hombre gritar mi nombre. Lo ignoro. Abro la puerta tan rápido como puedo.

—Sebastián ¡despierta! creo que alguien me reconoció —le digo algo agitada.

—Kenna. Cálmate, eso es imposible. Todos creen que estamos muertos y dudo mucho que alguien en esta zona nos conozca.

—Lo sé. Sé que suena imposible, pero yo. —Antes de que pueda terminar la frase escucho tres golpes en la puerta. Sebastián tapa mi boca con su mano evitando que emita algún sonido. Pasados unos pocos segundos vuelven a golpear la puerta, esta vez gritando mi nombre. Nos quedamos en silencio, procurando no hacer ruido, esperando a que la persona al otro lado de la puerta se aburra, pero parece bastante persistente. Camino hacia la ventana, intento ver a través de la cortina, pero apenas logro ver que trae puesto un jean, un cinturón Yves Saint Laurent, y unos converse. Alguien con muy mal gusto a la hora de vestir. De repente gira su rostro hacia la ventana y finalmente logro identificarlo. Se trata de Pier, un paparazzi que se obsesionó conmigo desde la primera vez que llegué a Los Ángeles. Me seguía a todas partes, me enviaba cartas, incluso publicó fotos mías semidesnuda, que nunca supe cómo obtuvo. Pero desde que fuimos a la corte hace más de un año no había vuelto a saber de él.

—Kenna, sé que estás adentro y no moriste en ningún accidente aéreo como están diciendo todas las noticias. Si no quieres que envíe tu foto en este motel a todas las revistas que conozco, abre la puerta en este instante. —Supongo que me odia desde que destruí su carrera.

Lo pienso por unos segundos. Miro a Sebastián intentando encontrar una respuesta, él me dice que no lo haga, pero sé que esto es mi culpa. Ese hombre está ahí por mí. Abro la puerta y lo empujo dentro de la habitación. Antes de darme cuenta veo a Sebastián apuntándole con un arma. Pier comienza a reír descontroladamente como si todo esto fuera un juego. Siempre me pareció una persona que debía estar recluida en un manicomio. Sebastián se enoja el verlo reír y lo empuja con su pierna contra una silla de madera que está junto al televisor. Yo corro a la cama, tomo una sábana con la que ato sus pies y manos y pongo una manzana en su boca para evitar que grite.

Sebastián sin dejar de apuntarle me pregunta qué hacer con él. No podemos dejarlo ir porque nuestra vida depende de ello, sé que debemos deshacernos de él, pero no quiero tener otro muerto en mi conciencia. Por más que lo pienso no veo ninguna opción en la que Pier pueda seguir vivo. Él no es un hombre en quien pueda confiar y no hay ninguna manera lógica de explicarle por qué simulamos nuestra muerte. No soy capaz de asesinarlo y Sebastián tampoco parece serlo. Sé que Pier es un ser despreciable, pero no es razón suficiente para acabar con su vida.

A los pocos minutos la puerta de la habitación se abre sigilosamente. Sebastián apunta hacia la puerta, no sabemos quién más sabe que nosotros estamos ahí, tal vez Pier le informó sus sospechas a alguien más. Todo se complica minuto a minuto. Finalmente logramos ver el rostro de la persona que viste una capucha negra, es Alexa. Quisiera saber cómo supo que estábamos en este motel, pero a estas alturas ya no hay nada de ella que me sorprenda. Sebastián vuelve a dirigir su arma hacia Pier en cuanto se da cuenta que es Alexa quien llegó. Ella de inmediato nos mira confundida al ver a Pier atado. Saca su pistola. Nos pide abandonar la habitación.

Mentiría si digo que no sé lo que está a punto de suceder ahí dentro. Lo supe desde el momento que vi a Alexa atravesar la puerta de la habitación, y no la juzgo, es la única solución. Sé que resulta inhumano pensar así, pero se trata de nuestra supervivencia. Suena un disparo, ya está hecho, Alexa terminó con el último cabo suelto. La veo salir del cuarto. Quiero preguntar qué va a pasar con el cuerpo, pero sé que es mejor no saber. Por andar investigando más de lo que debía es que estoy ahora en medio de este caos.

—Sígueme —nos dice Alexa mientras camina rápidamente en dirección a las escaleras.

Bajamos y caminamos hasta un viejo Ford verde parqueado a las afueras. Alexa ayuda a Sebastián a subir al auto. Tomamos una carretera solitaria.

Ninguno de los tres pronuncia una sola palabra. El único sonido que se escucha es el del motor de aquel carro desgastado. Tras conducir un largo camino, Alexa cruza a la izquierda y comienza a atravesar un campo de matorrales, no tengo claro a dónde nos dirigimos, y no parece haber nada en kilómetros. Alexa mira a Sebastián, que está sentado junto a ella y lo toma de la mano.

—Resiste amor, pronto vamos a llegar.

El amor que Sebastián y Alexa sienten es innegable. Ahora entiendo por qué Sebastián incluso en el peor de los momentos siguió viendo a su esposa como si ella fuera el ser máspreciado que existe. Admiro a Sebastián, no sé si yo sería capaz de seguir amando a alguien, después de enterarme que toda nuestra relación se ha basado en cientos de mentiras. Y mientras pienso en todo esto, no puedo evitar preguntarme ¿qué hubiera pasado conmigo si cuando Alexa apareció en el sótano de la cabaña dispuesta a matarnos, hubiera estado sola?, ¿habría disparado o también me habría permitido huir?, ¿nuestra amistad fue real en algún momento, o todo fue siempre parte de algún siniestro plan que aún estoy por descubrir?

Sé que deben tener muchas preguntas y prometo que les voy a dar respuesta a cada una, pero ahora lo único importante es salvar a Sebastián. —Y así, como si Alexa estuviera escuchando mis pensamientos dijo justo lo que necesitaba escuchar en esos momentos.

Pasados unos 15 minutos nuevamente salimos a una carretera. Hemos cambiado tanto de ubicación en tan poco tiempo que a estas alturas ya no tengo claro si seguimos en el Estado de California. Alexa sigue conduciendo, puedo divisar un pequeño muelle con unos botes, algunos de mediano tamaño, y otros más pequeños, ninguno especialmente grande o lujoso. Nos estacionamos cerca. Un par de tenues luces apenas alcanzan a alumbrar el lugar. Bajamos del carro y seguimos a Alexa, ella se dirige al último bote que es uno de los más grandes, es blanco, sin nada llamativo o extraño en él más que el nombre de Nina escrito a un costado. Supongo que será alguien importante para ella. Alexa sube primero, luego ayuda a Sebastián a subir y finalmente subo yo. Es bastante amplio, de motor. La seguimos mientras baja unas escaleras, enciende una luz y camina hasta una pequeña habitación escasamente decorada, una cama doble en su interior y junto a esta, lo que parece ser un gran baúl rectangular que también podría funcionar como sillón. Parece el lugar perfecto para descansar.

—Aquí estarán a salvo. Nadie más sabe de la existencia de este barco —dice Alexa mientras se acerca al baúl.

Levanta la tapa que está cubierta por varios cojines. Dentro parece un baúl



cualquiera, con un par de libros en su interior. Uno a uno los comienza a sacar hasta dejarlo vacío. Cuando ya no queda más nada dentro, Alexa se inclina, posiciona su mano sobre el fondo del baúl e inmediatamente una especie de luz verde la escanea como en una película de espías. El fondo del baúl desaparece y de él emerge un pequeño arsenal de armas. Cuchillos, pistolas, granadas. Toma una pistola para cada uno, guarda una en la parte de atrás de su pantalón, me entrega una a mí y otra a Sebastián. Cierra la tapa. Espera unos segundos. Cuando lo abre nuevamente ya las armas han desaparecido. De nuevo parece un baúl cualquiera.

Estoy empezando a pensar que Alexa es la versión real de Black Widow, una de mis heroínas favoritas. Un oscuro pasado la acompaña pero es capaz de dar su vida por quienes ama. Ahora más que nunca quiero saber su historia de vida, porque si algo he aprendido de todo esto, es que nada es lo que parece. Ella toma asiento junto a Sebastián en la cama y lo abraza tiernamente. Me parece increíble que detrás de tantas muertes haya una hermosa historia de amor.

—Kenna ¿podrías dejarnos solos, por favor? —dice Alexa, y yo asiento.

En silencio me alejo, subo a la superficie del barco, camino hacia la proa mientras cientos de pensamientos recorren mi mente. Veo el mar tan infinito, tan tranquilo y recuerdo mi vida antes de Black Rose, antes de la fama, antes de los problemas. Fui feliz, aunque no tuve una infancia tradicional, mi madre se encargó de que así fuera. Cuánto daría por recibir un abrazo de ella en estos momentos, escuchar reír a mi hermana o recibir un consejo de mi padre. Una lágrima se desliza por mi mejilla pero me apresuro a secarla, no puedo permitir que Alexa o Sebastián me vean débil.

Miro el cielo estrellado y recuerdo lo que siempre decía mi padre “Kenna, cuando te sientas sola, a punto de desfallecer, observa las estrellas. Ellas siempre te acompañaran. Y yo estaré en cada una de ellas”, de alguna manera siento como si él estuviera junto a mí dándome fuerzas para seguir adelante. Sigo viendo el mar, después de tantos días finalmente siento algo de tranquilidad. Sé que aún tenemos un largo camino por recorrer, muchos peligros a los cuales enfrentarnos, pero saber que por ahora estamos a salvo y que Alexa está de nuestro lado, me da esperanzas.

—Es algo mágico ¿cierto? —Escucho decir a un hombre de unos 70 años sentado en el bote de al lado.

—¿Qué cosa?

—El cielo estrellado. Nunca pude ver algo así mientras vivía en la gran ciudad. Toda la contaminación, el ruido, las luces, mis adicciones. No pude

encontrar la paz hasta que me mudé aquí con mi bote —hace una pausa—. ¿Eres familiar de Nina?

—¿Nina? —Pregunto confundida. Pronto recuerdo que ese es el nombre que aparece al costado del barco.

—Sí, la dueña de ese barco. Una hermosa joven. Muy amable. Una vez al mes la veo venir aquí. Cada vez que lo hace conversamos durante horas. Es como la hija que nunca tuve.

Supongo que Nina es alguna identidad secreta de Alexa

—No, no somos familia. Soy una vieja amiga —le respondo. Sigo hablando con aquel hombre. Parece ser un hombre sabio. Alguna vez fue un gran empresario en New York, o eso me cuenta. Tuvo una familia, un hogar, pero lo perdió todo por su adicción al juego. Puedo ver el dolor en su mirada mientras recuerda su pasado. No tengo idea de cuánto tiempo llevamos hablando pero me gusta escucharlo.

De repente el cielo estrellado desaparece. Escucho fuertes truenos mientras veo rayos caer en las profundidades del mar. Comienza a llover con violencia, me apresuro a volver al interior del barco. Cierro la escotilla, bajo las escaleras, me dirijo a la habitación pero veo a Sebastián y Alexa discutiendo. Intento que no noten mi presencia, doy la vuelta para caminar hacía ese pequeño espacio antes de la habitación, pero el sonido al pisar una tabla de madera me delata.

—Kenna, espera. No te vayas. Necesito que estés presente en todo lo que está a punto de ocurrir —dice Sebastián. Alexa lo mira con notable enojo.

—¿Seguro está bien que esté aquí? —Pregunto algo incomoda con aquella situación. Él mira a Alexa como buscando su aprobación.

—Sí Kenna. Puedes quedarte —dice Alexa no muy convencida.

Sigo sin entender bien lo que sucede. Parece que los dos están tomándose un tiempo para organizar las ideas y explicarme lo que va a pasar ¿qué es aquello tan complicado que no pueden decir de una manera sencilla? Pasan unos minutos antes de que Alexa empiece a hablar.

—Kenna, como ya sabes el estado de salud de Sebastián empeora con cada minuto que pasa. Cuando te pedí que nos dejaras solos fue para intentar curarlo, pero lo cierto es que no sé cómo porque nunca antes tuve la necesidad de hacerlo. Ya intenté todo lo que se me ocurrió y nada ha funcionado. Solo queda una última opción.

Justo en este momento me doy cuenta de cuánto quiero a Sebastián. El solo hecho de pensar que podría realmente morir, hace que mi mundo se caiga a

pedazos. Sebastián es la única persona en quien confío, solo él sabe a todo lo que nos hemos tenido que enfrentar en los últimos días. Sin su compañía, seguramente ya estaría muerta. Y sé que lo que estoy pensando ahora mismo es egoísta pero no puedo evitar preguntarme ¿qué pasaría conmigo si él llega a morir? No sé si Alexa me protegería después de su muerte, ya me ha quedado claro que a Sebastián nunca le haría daño, y que incluso estaría dispuesta a dar su vida por la de él, pero ¿quién soy yo para ella?, tal vez solo me mantuvo con vida porque Sebastián se lo ha pedido.

—¿Cuál es la última opción?

—Es algo que preferiría no tener que hacer. Si todo sale mal los tres podríamos acabar muertos.

Por primera vez siento temor en la voz de Alexa. Desde que la conozco siempre se ha mostrado como una mujer fuerte, decidida, segura, pero al parecer, lo que sea que va a hacer, es lo suficientemente peligroso como para que incluso ella sienta temor.

Alexa toma un profundo respiro antes de hablar.

—Antes de hacer esto, tienen que saber la verdad que ocultamos los Rossi y Black Rose.

## XVI

### ALEXA

He vivido más de lo que he deseado. He visto ciudades nacer y otras morir. Generaciones enteras traicionadas por su propia clase.

Muchos hablan de la juventud como los años maravillosos. Cuando no hay responsabilidades y se puede disfrutar. Yo he vivido durante tanto tiempo que la cuenta de los años dejó de tener significado para mí. Estoy de acuerdo, la juventud sí son los años maravillosos, pero no por la falta de responsabilidades, sino porque no carga con las memorias acusantes de años pasados, recuerdos de todo lo malo que hiciste, recuerdos de oportunidades que no se cumplieron, recuerdos de amantes esfumados, recuerdos de momentos que nostálgicamente aspiras repetir aun sabiendo que no ocurrirá, y en mi caso, recuerdos de las vidas que he llevado a un final prematuro. La juventud es maravillosa porque no recuerdas nada.

Si me preguntaran cuándo me hice parte de Black Rose, diría que nació siendo parte de él, fue una elección que el destino hizo por mí. Empecé a ser un miembro activa cuando era demasiado joven como para comprender lo terrible que era mi infancia. Fue antes de que las personas tuvieran un calendario como el de hoy, los años se contaban diferente en aquel entonces. Siendo muy pequeña mi padre me llevó a un lugar sombrío en el que había una mujer desnuda, cubierta de las marcas del látigo que había destrozado su piel, cansada de llorar, sin voz de tanto gritar, esperaba por una muerte piadosa que terminara con su prolongada agonía, una venda cubría su rostro, pero aun así sus lágrimas se dejaban ver. Al verla sentí miedo y asco de que un ser humano llegara a ese estado tan lamentable. En el fondo, todos los Rossi hacían eco recitando cosas en latín, que para ese momento apenas lograba entender.

—Hija, debes acabar con ella o los dioses acabarán con nosotros como hicieron con tu madre —fueron sus palabras exactas. Nunca lo olvidaré.

Fríamente entregó una daga en mis pequeñas manos, apenas podía sostenerla. Me acerqué lentamente a la mujer. El ritmo de los Rossi aumentaba y con él, las pulsaciones de mi corazón. Pese a que no quería cometer tal atrocidad, era mi padre quien lo ordenaba. No se me ocurrió ni por un instante desobedecer. Con lágrimas en los ojos, corté lentamente el cuello de la mujer. Se

movía y retorció de dolor a medida que la sangre fluía como una catarata roja desde su cuello. Tras un rato, dejó de moverse.

Dante, mi padre, me contó cómo mi madre había sido devorada por los dioses malignos que antes gobernaban la tierra, me explicó la terrible maldición que fluía en nuestras venas. “Todos los que llevan sangre Rossi, jamás encontrarán descanso alguno. No conocerán el cielo o el infierno. Serán condenados al limbo donde los dioses que una vez fueron desterrados, los torturaran toda la eternidad.” Esa era nuestra condena y la única manera de evitarla era a través de sacrificios hechos cada cuatro años, la noche del Samhain, 31 de octubre.

Nos veíamos como simples humanos, pero no lo éramos. Viviríamos por siempre a costa de los mortales, mientras extendíamos nuestra existencia lo más que pudiéramos, huyendo de los dioses que nos condenaron. Crecí odiando y temiendo a cada uno ellos. Durante años fuimos perseguidos sin descanso por la Iglesia, tildándonos de herejes, brujos, y demonios, intentaron acabar con nosotros de todas las maneras posibles, pero con el tiempo se dieron cuenta que éramos indestructibles, y fue entonces cuando comenzaron a temernos. Hicimos pactos con clanes de todo el mundo para gobernar en paz. Nosotros solo necesitábamos un sacrificio cada 4 años, a cambio les prometíamos protección y poder.

Mi padre es uno de los seres más despreciables que conozco, he experimentado toda clase de torturas de parte, con sus experimentos. He hecho toda clase de atrocidades por culpa de ese hombre, pero por más que quiera no puedo alejarme de él, porque tiene en su poder a alguien muy importante para mí. Tiene secuestrada al resultado de la mayor atrocidad que un hombre puede hacerle a una mujer, aun así, sé que ella no es culpable y jamás haría nada que pusiera su vida en riesgo.

En algunos libros de historia hablan de Dante como un hombre despiadado y avaro que inició una revolución en contra de los dioses y semidioses para robarles su poder, acabando con todos los seres de sangre divina que alguna vez habitaron la tierra. En otros hablan de él como un héroe que salvó a la humanidad del castigo divino. En otros se refieren incluso a mí, como la pequeña hija que nació maldita y debe sacrificar a seres humanos para poder vivir. Nunca me canso de leer esas historias, resulta entretenido leer lo que los mortales creen saber de nosotros. Para la gran mayoría solo somos un mito más, como Drácula o el hombre lobo. Pocos conocen nuestra verdad.

Con cada sacrificio el tiempo hizo que cada vez fuera más fácil quitar una

vida, un día entendí que ese era mi destino y dejó de importarme. A mi edad he sacrificado miles de personas de todas las razas y géneros. He tenido cientos de parejas, la mayoría por conveniencia, pero nunca había llegado a sentir una conexión como la que sentí el día que besé a Sebastián. Ese día mi mundo entero cambió.

Hace cuatro años Sebastián había sido elegido para ser sacrificado, solo sería uno más, debía llevarlo a la cima del éxito para luego sacrificarlo durante mi gala anual, pero no pude. Por primera vez en miles de años me sentí incapaz de hacerle daño a un ser humano. Yo rompí la primera regla de los Rossi, jamás querer a un mortal. Los Rossi debíamos ser fieles y leales solo a Dante, y así lo hice, hasta el día que me llevé la mayor de las sorpresas.

Hace unas horas estaba en medio de un desfile cuando de repente sentí un ardor intenso dentro de mí, una sensación que solo había sentido cinco veces en toda mi vida. Las cuatro veces anteriores que un mortal intentó robar la daga y este día, solo yo soy capaz de percibir cuando alguien toca la daga y dar con su paradero de inmediato. Es como si la daga y yo estuviéramos conectadas. Dante nunca me explicó por qué soy la única que puede sentirlo, pero ese día sabía que debía empezar una nueva cacería. Tan pronto el desfile acabó, reuní a un par de mis hombres y a Sophie para ir en busca del intruso. Las órdenes como siempre era traer al o a los culpables frente a mí, torturarlos hasta saber toda la información que conocían sobre Black Rose y luego matarlos. Un proceso que se había repetido en innumerables ocasiones, no solo contra quienes intentaron robar la daga en épocas pasadas, sino contra cualquiera que hubiera intentado obtener información sobre Black Rose.

Uno de mis hombres los vio en las ruinas, se trataba de una pareja nada común que había logrado escapar en dos ocasiones de mi equipo, no podía permitirme tenerlos libres por más tiempo, así que tenía claro que esta vez debía encargarme yo. Preparé a mi equipo y llegué a una cabaña que parecía estar abandonada desde hace años. El lugar perfecto para esconderse, pero yo no tenía duda de que estuvieran ahí. Después de una larga búsqueda, finalmente vi los rostros de las dos últimas personas que habría esperado ver en ese momento.

Fueron tantos los pensamientos que pasaron por mi mente. Sabía lo que debía hacer, el protocolo de acción de Black Rose es muy estricto, pero yo no podía matarlo a él y tampoco podía permitirme acabar con Kenna frente a sus ojos. Sé que jamás me habría perdonado. Además, debo aceptar que también le había tomado cariño a Kenna. Sebastián de alguna manera me había vuelto más vulnerable y eso sin duda, había estado afectando mis decisiones como líder de

Black Rose. Pero no supe cuánto me había cambiado hasta que lo vi tan indefenso y herido, y lo único que quise fue protegerlo. Nunca olvidaré la mirada de Sebastián al verme bajar por aquellas escaleras, sé que aún quedaba algo de amor por mí en su mirada, pero también podía ver su temor y desprecio como si ya conociera cada uno de mis oscuros secretos. Quería explicarle quién soy, decirle que jamás le haría daño, pero no era el momento. Debía aprovechar el tiempo si quería rescatarlos.

Sin mi padre yo estaba al mando, y sin importar cuán cuestionables pudieran ser mis decisiones nadie tenía derecho a cuestionarlas. Así que rápidamente encontré una manera para que escaparan.

Ahora estamos en mi barco. Sebastián sufre la maldición de las espinas que consume en cuerpo y alma a todo mortal que toca la daga. Intenté darle un poco de mi sangre para que las raíces se detuvieran pero no fue posible. Nunca antes había tenido la necesidad de revocar la maldición. El tiempo se agotaba y solo tenía dos ideas. La primera era preguntar a mi padre, pero eso no era realmente una opción, ese monstruo sería capaz de matarnos a todos a sangre fría en cuanto se enterara de la situación. Solo me quedaba una opción para salvar a Sebastián, llamar a aquellos que crearon la maldición.

Enciendo el motor del barco y nos alejamos de la costa hasta que nadie pueda vernos. La tormenta no hace nada fácil el navegar, pero mi preocupación por Sebastián es mayor que cualquier cosa ahora mismo. Pasadas unas dos horas, la tormenta finalmente se esfuma. Estamos en altamar lejos de todo. Pido ayuda a Kenna para llevar a Sebastián a proa, que cada vez está más débil, sé que trata de aguantar, pero veo en sus ojos como se desvanece a cada segundo, parece que está en el tiempo límite. Si esto no funciona, Sebastián ya no verá el amanecer.

He traído conmigo la daga de los sacrificios, la razón de que él esté así. Hago un corte en diagonal sobre mi mano y dejo fluir la sangre en ella hasta que el filo se vuelve escarlata. Recito las palabras que juré nunca decir. Un destello verde sale de la daga al cielo. Tras unos segundos una llama verde se posa flotando frente a nosotros. Dirijo mi mirada hacia Sebastián y veo que su conciencia se ha perdido, pero puedo sentir sus pulsaciones, aún tengo una oportunidad para salvarlo. Kenna está impactada por lo sucedido y no la culpo. Yo también lo estoy.

La llama toma la forma de una hermosa mujer, con una túnica blanca y con un brillo verde proveniente de esas extrañas llamas que no la abandonan. Me asusta todo esto, pero ver a esa mujer es como verme en un espejo. Veo mis ojos en ella, mi nariz, mis labios; su cabello es rubio a diferencia del mío, pero somos

casi iguales.

—Hija mía. La última vez que te vi no eras más que un bebé y ahora eres una hermosa mujer —dice la mujer, mirándome fijamente, ignorando por completo todo lo que está a su alrededor.

—¿Alexa, quién es ella? —pregunta Kenna.

—¿Alexa?, ¿qué clase de nombre es ese? —replica la mujer.

Se supone que la mujer que esta frente a mi es una diosa, pero su actitud me confunde mucho. Es cercana, expresiva, me mira con tiernos ojos. No siento la soberbia ni el odio que esperaba sentir de un dios cuando me viera.

—Yo soy Alexa. Ella es Kenna y este hombre es Sebastián. Yo... —Nos presento tratando de tomar un poco el control de la situación, pero antes de que pueda continuar ella me interrumpe.

—Jenai es tu verdadero nombre cariño. Es el nombre que tu madre te dio al nacer —dice la diosa, que no puede interesarse menos en mis acompañantes.

—¿Cómo sabes ese nombre? —pregunto confundida. Ella tiene razón, ese es mi nombre. El nombre que solo el clan Rossi conoce.

—Ese nombre tiene mucho significado para mí. Es el nombre que mi primogénita llevaría.

—¿Tú quién eres?

—Jenai, querida. Soy yo, tu madre. Ambrossia. —Se acerca tiernamente a mí y me roza mi mejilla.

El corazón se me acelera al tenerla cerca. No sé cómo reaccionar. No sé si de verdad es mi madre o solo juega conmigo. No sé si ayudará a Sebastián o no. Que me llame por mi nombre me eriza, me inquieta. Mi nombre es lo único que es totalmente mío y lo he protegido por milenios; incluso lo oculté de Sebastián. Esta diosa simplemente aparece y dice que fue ella quien me lo dio. Nada aquí tiene sentido y lucho en mi interior para tratar de encontrar una explicación lógica, para comprenderlo todo. Trato de encontrar la verdad detrás de su profunda mirada.

—¿Ambrossia?, ¿de verdad eres mi madre? —Pregunto presa de la curiosidad y la confusión.

—Soy tu madre. Tu padre nos alejó y envió a los míos lejos, muy lejos, usando justamente esa peligrosa daga que tienes en tus manos —señala la daga de los sacrificios—. Dante maldito, le dio mi nombre al arma que usó contra nosotros. Maldije esa arma para acabar con él, pero de alguna manera logró sobrevivir.

—¿Tú creaste la maldición?, ¿la maldición de las espinas es obra tuya?



—Sí, yo la cree antes del destierro.

—Necesito tu ayuda —le suplico desesperadamente dejando a un lado todas las preguntas que tengo sobre mi madre—, libra a este hombre de ella. No lo dejes morir, por favor —no puedo contener mis lágrimas tras saber que la vida del hombre que amo está en manos de una mujer que pensé que jamás vería.

—¿Qué significa este hombre para ti hija?

—Él lo es todo —respondo sin dudar.

—Yo también amé a un mortal de esa manera. Dante era todo lo que quería, pero se obsesionó con la divinidad que no podía tener. Robó el conocimiento que solo nosotros los dioses poseíamos, creó esa daga que ahora llevas e incitó una rebelión poniendo en contra a todos los humanos que durante siglos protegimos. Usó esa arma del infierno para acabar con todos los semidioses que habitaban la tierra, y a nosotros los dioses que no puedo matar, nos desterró fuera de este mundo —dice mientras su mirada se llena de odio—. Pero no podía irme de este mundo sin antes condenarlo por lo que hizo. Condené su alma y la de toda su sangre dejando caer el veneno de las espinas sobre su preciada arma... —hace silencio mientras parece estar recordando el sufrimiento que Dante le causó—. Y ahora me pides que ayude a un mortal solo porque lo amas. Ya cometí ese error Jenai. No lo permitiré para ti. —Esa información llega de golpe.

Odio a Dante más que nunca. Todos y cada uno de los sacrificios que realicé fueron en su beneficio. Cada palabra que me dijo fue una mentira. Creó en mí un deseo insaciable por vengarme de los dioses, por vengar la muerte de mi madre cuando fue él quien la apartó de mi lado. Estoy haciendo un gran esfuerzo por mantener la cordura. No puedo permitir que mi odio me desvíe de mi objetivo. Debo encontrar la manera de convencer a Ambrossia de que salve a Sebastián, sin él, ya nada tendría sentido.

—Siento todo lo que Dante te hizo. Entiendo tu desprecio por los humanos, pero Sebastián me ha demostrado su amor incluso después de saber quién soy y lo que he hecho. Él no es como Dante o como cualquiera de los humanos que traicionaron a tu raza.

—Eso pensé yo de Dante.

—Acaba con Dante. Yo te ayudaré si es necesario, pero por favor, madre, salva a Sebastián.

—No puedo acabar con Dante. Soy solo una proyección en este mundo. No estoy aquí realmente.

—¿Pero puedes ayudar a Sebastián? —le pregunto preocupada.

Ambrossia se queda en silencio. Es la última oportunidad de salvar a Sebastián. Si no toma una decisión pronto, ya no habrá nada que hacer. Ella mira a Sebastián como intentando descifrar su alma.

—Hubo un tiempo en que pude haberlo hecho sin pedir nada a cambio, pero eso fue lo que nos desterró —dice Ambrossia con la mirada fría y con las llamas emanando de ella, cada vez con más intensidad. Toma a Sebastián por el cuello y lo levanta con una sola mano.

—Suéltalo, apenas puede moverse —le gritó desesperada.

Sebastián a duras penas abre los ojos, pero asiente.

—Sebastián, te ofrezco un trato. Sé el instrumento de mi venganza y la de todos los dioses. Acaba con Dante y a cambio te salvaré de la maldición. Dante ha hecho cosas despreciables y he tenido que ver como quebrantaba el espíritu de mi hija sin poder hacer nada.

Ambrossia, lentamente se acerca a su oído y le susurra algo que ni Kenna ni yo podemos escuchar. No sé qué ha dicho, pero los ojos de Sebastián se abren de golpe aceptando su trato. Las llamas verdes ahora cubren a Sebastián también, sus ojos brillan y las raíces lentamente comienzan a retraerse, cambiando de forma hasta crear una especie de runa en su brazo izquierdo.

—Lo que llevas ahora te dará lo que necesitas para acabar con semidioses si así lo necesitaras. Pero ese poder viene con un secreto. El portador debe ser un alma pura. De lo contrario esas runas solo serán una mancha en tu piel y en tu corazón.

Veo a Sebastián ponerse en pie. Llena de entusiasmo me acerco a él. Pero al ver sus ojos me detengo, algo ha cambiado en él. Su mirada antes pasiva, ahora es diferente, es fría e imperturbable.

—Ahora que eres mi adalid, no pierdas tiempo y ve a donde está tu presa.

—La diosa hace un gesto y Sebastián desaparece en una chispa.

—¿Qué has hecho?, ¿qué le hiciste a Sebastián? —Saco mi arma iracunda y le apuntó. Ella ríe.

—¿Le apuntas a tu propia madre? Puedo ver que realmente amas a ese hombre, pero lo siento. Su supervivencia ahora depende de él. Es mi adalid y solo si cumple su parte del trato sobrevivirá.

Kenna desesperada descarga todas sus balas contra Ambrossia sin compasión alguna, pero lo único que logra es hacerle algunos rasguños al barco. Tantas veces soñé con mi madre o el recuerdo que creía tener de ella. Esa mujer, esa diosa era mi madre, está viva. Sé que debería estar feliz, pero ahora no sé lo que siento, esa mujer ha enviado a la única persona que realmente me ha

querido, directo a su muerte. Nadie puede acabar con Dante. Ni los dioses mismos pudieron.

—Es momento de partir. Lamento que nuestro encuentro acabe así hija, pero recuerda que tu madre siempre estará contigo. Te amo.

Kenna me mira esperando una respuesta a lo que acaba de ocurrir. Pero no sé qué decirle. No sé si Sebastián se encuentra bien, si está consciente, ni siquiera estoy segura de que ese hombre que mi madre envió a luchar contra Dante, sea mi esposo. Me desplomo en el piso y una lágrima se desliza por mi mejilla. Es tan extraño lo que estoy sintiendo. No recuerdo la última vez que lloré o que sentí un dolor tan profundo, pero han pasado tantas cosas en las últimas horas que siento que no puedo más. Kenna me abraza y llora conmigo.

Los rayos del sol que atraviesan la pequeña ventana de la habitación me despiertan. Lentamente abro los ojos tratando de incorporarme a la realidad. Me doy cuenta que Kenna no está. Rápidamente me levanto de la cama, cargo mi arma y camino hacia las escaleras para salir a buscar a Kenna en la superficie. Escucho a alguien tratando de abrir la puerta. Apunto, pero me doy cuenta que es Kenna. Bajo mi arma.

—Alexa. Tranquilízate, soy yo. Salí a buscar un poco de comida para las dos. No es mucho pero no pude conseguir nada mejor por aquí.

—¡Kenna! No puedes salir así. Ahora más que nunca tenemos que tener cuidado. No sabemos si Dante ya nos está buscando —le digo enojada.

—No te preocupes, me aseguré de que nadie me viera. Además, a la única persona que he visto por aquí es al hombre del bote de al lado.

—Solo recuerda... no confíes en nadie, ¿entiendes?, en nadie. Ni siquiera en Sebastián, no sabemos en quién lo convirtió Ambrossia. Ahora solo somos nosotras contra Black Rose —puedo percibir temor en su mirada, aunque está intentando mantenerse fuerte. Kenna es una mujer valiente. Pocos mortales he conocido con su coraje—. Kenna debo irme por unas horas o un día tal vez. Tengo que recuperar unas cosas en casa antes de partir a Europa. Volveré tan pronto como pueda y por favor no salgas de aquí. Mantente en guardia.

Kenna solo asiente. Es momento de empezar el plan para traer de vuelta a Sebastián y acabar con Dante. Quisiera decir que lo tengo todo planeado, pero pensé que este momento nunca llegaría. El momento en el que tendría que traicionar a mi familia para salvar a unos mortales. Debo terminar con toda el clan Rossi, y debo hacerlo antes de que ellos acaben con nosotros.

Me despido de Kenna y salgo de ahí procurando no ser vista. Subo a mi auto, que está a pocos metros del muelle. Conduzco de vuelta a casa mientras

pienso cómo resolver este asunto. Necesito saber de qué tienen conocimiento mis hombres, si alguien sospecha de la falsa muerte de Sebastián y Kenna, o de mí. Sé que es un alto riesgo, pero solo puedo descubrirlo reuniéndome con ellos, tengo que dejarles claro que sigo siendo la líder, y evitar a toda costa que se pongan en contacto con Dante.

Después de varias horas conduciendo llego a mi casa. Puedo ver varios paparazis intentando sacar fotos. Ese es un problema del que no me quiero encargar ahora, así que bajo del auto y saludo por unos segundos para darles un par de buenas fotos. Me alejo y entro a la casa. Uno de los hombres que me acompañó el día de la captura de Kenna y Sebastián ha estado intentando hablar conmigo desde aquel día, pero he logrado mantenerlo al margen. Tan pronto me ve entrar a la casa se me acerca.

—Rossi. Necesito hablar contigo —dice Vladimir Rossi, en un tono que no me agrada en lo absoluto.

—Ahora no Vladimir, no he tenido un buen día. Voy a tomar una ducha, me cambiaré de ropa y luego hablaremos.

—Llevas días evadiéndome Jenai. Si no me he acercado a Dante es porque... —lo interrumpo antes de que siga hablando.

—A mí no me amenes Vladimir. Si sabes lo que te conviene, vas a esperar aquí hasta que yo vuelva sin hacer nada, y sin hablar con nadie, ¿entendido?

Me alejo en dirección a mi habitación. Todo está perfectamente ordenado. Flora, la mujer que ha estado trabajando para mí por más de 10 años, se encarga de hacer muy bien su trabajo. Antes de entrar a la ducha siento que tocan la puerta. Me devuelvo y abro. Veo a Flora de pie con una pequeña maleta.

—Flora ¿qué haces con esa maleta?, ¿te vas?

—Sí señora. ¿Recuerda que le había pedido permiso para ir a visitar a mi madre enferma? Sé que usted no está pasando un buen momento con lo del señor Sebastián y todo eso. Entiendo si necesita que me quede.

—No te preocupes Flora, puedes irte. Espero que tu madre mejore pronto y no dudes en llamarme si necesitas algo.

Flora se marcha. Yo cierro la puerta detrás de ella. Camino hacia el baño, me quito la ropa y entro a la tina. Intento relajarme, pero es imposible dejar de pensar en Sebastián, en todo lo que me contó Ambrosia, en todas las mentiras que me ha dicho Dante. Es demasiado por asimilar. Todas las muertes que he causado han sido en vano, todo este tiempo creí que era lo correcto, nunca cuestioné a Dante, nunca llegué siquiera a pensar que mi madre podría estar

viva. Lo que siento ahora es algo que no había sentido jamás. Siento culpa por todas las almas que he desterrado de este mundo, y por haber involucrado a Sebastián en todo esto. Intento cerrar los ojos, poner mi mente en blanco, pero la mirada que tenía Sebastián antes de abandonar el barco, aparece cada vez que lo hago.

Salgo de la habitación dispuesta a enfrentar a Vladimir mientras llevo oculta la daga. No debo hesitar. Sé que tendré que matarlo si intenta hablar con Dante. Bajo las escaleras, camino hacia mi oficina y le hago señas para que me siga. Ambos entramos. Cierro la puerta, tomo asiento y él frente a mí. Puedo ver en su mirada que lo sabe todo, estoy segura, aunque no entiendo porque esperó hasta ahora.

—Querías hablar conmigo Vladimir. Aquí estoy.

—Sabes... tengo tantas dudas del día de la cabaña. Nunca vi los cuerpos. Todo fue tan misterioso. Nos obligaste a incendiar la cabaña antes de que pudiéramos comprobar algo. Desde que te casaste con ese mortal ya no eres la misma Jenai. Te has vuelto vulnerable y no soy el único que sospecha que esos dos aún están vivos, otros más lo piensan.

Vladimir acaba de confesar lo que ya me temía, él sabe la verdad y no descansará hasta terminar el trabajo. No puedo permitirle que vaya con Dante, ni estos comportamientos de insubordinación.

—¿Tienes pruebas de lo que dices Vladimir? o ¿solo es otro intento por intentar subir de nivel en el clan?

—Te crees invencible Jenai, pero no lo eres. —Sus palabras son suficientes para confirmar que lo único que tiene en mi contra son sospechas. Rápidamente saco la daga y la entierro en su corazón mientras me mira fijamente a los ojos. Su sangre salpica en mi rostro. Retiro la daga de su corazón y lo veo morir lentamente mientras intenta decir algo, pero la sangre que comienza a brotar por su boca se lo impide. Pocos segundos después muere. Un cabo suelto menos. Abro la puerta de mi oficina, veo a varios de mis hombres fuera. Los hago pasar.

—Limpien esto. Espero que todas sus dudas sobre lo sucedido el día de la cabaña hayan sido aclaradas. Estoy segura que a Vladimir ya le quedó claro — les digo mientras les muestro el cuerpo. Puedo ver sus miradas de terror. Ellos son simples mortales, pero sabían que Vladimir era inmortal. Saben que si puedo acabar con la vida de un inmortal no dudaré en acabar con las suyas y la de sus familias.

Siento algo romperse. Salgo de la oficina rápidamente, veo partes de un

florero roto en el piso y una sombra pasar. Corro detrás, me doy cuenta que se trata de Flora ¿qué hacía Flora aquí?, debía irse hace más de una hora. La alcanzo y la tomo por el brazo, está temblando y aterrada, no para de llorar. Me mira como si estuviera viendo un demonio.

—Señora Alexa. Por favor déjeme ir. Por favor. Yo prometo que no diré nada, pero no me mate. Mi familia depende de mí —me implora Flora entre lágrimas.

Quisiera dejarla ir porque sé que ella no tiene la culpa de nada de lo que ha sucedido, pero no puedo, nada me asegura que ella no hablará. Hay demasiado en juego y por más que suene cruel, Flora es solo el ama de llaves. Saco mi pistola mientras la veo llorar, y le apunto al corazón haciendo un gran esfuerzo por no llorar también. Si alguno de mis hombres ve que estoy dudando, perderé su respeto.

—Lo siento Flora, sé que no mereces esto, pero no tengo otra opción. Prometo que cuidaré de tu familia.

Presiono el gatillo sin pensarlo. Veo a mis hombres salir de la oficina. Les señalo el cuerpo de Flora y les digo que se encarguen de ella también. Este día no va como lo esperaba. Dos muertes que no tenía planeadas. Vladimir, el padre de Sophie fue siempre la manzana de la discordia de Black Rose. Durante años quise acabar con él y hoy por fin encontré un motivo para hacerlo, pero la pobre Flora, ella no merecía ese final. El único error que cometió esa mujer fue estar en el lugar y en el momento equivocado.

## XVII

### KENNA

La incertidumbre me está matando. Hace más de 24 horas que no sé nada de Alexa o de Sebastián y estoy comenzando a desesperar, necesito salir de este barco y saber qué está pasando afuera, no puedo simplemente seguir esperando hasta que Alexa vuelva. Lo he decidido, voy a salir. Guardo la pistola y tomo la chaqueta que está tirada sobre la cama. Me dirijo hacia las escaleras pero escucho un ruido que proviene de la escotilla, parece que alguien está tratando de entrar. Rápidamente saco la pistola y apunto. Finalmente la puerta se abre.

—Kenna, soy yo —escucho decir a Alexa, mientras baja las escaleras. Guardo el arma nuevamente—. Esta ubicación ya no es segura. Tenemos que partir lo más pronto posible a Europa... ¿Se te ocurre algún lugar seguro donde podamos escondernos antes de ir a Roma?

—Sí. En casa de mi madre, en Praga.

—¿Tu madre?, ¿qué sabe ella de Black Rose? —pregunta Alexa notablemente enojada.

—Nada, solo sabe que estoy viva, no te preocupes. Le dije que no le podía decir a nadie, ni siquiera a mi hermana. Sé que fue arriesgado hablar con ella, pero no podía dejar que pensara que había muerto. Ella no dirá una sola palabra. En su casa estaremos a salvo hasta que sepamos cómo enfrentar a tu padre.

—Espero que tengas razón Kenna. No quisiera que tu familia tuviera que pagar las consecuencias —expresa Alexa con incredulidad.

Alexa se ve preocupada. Parece que muchas cosas pasaron en la visita a su casa, puedo notarlo en sus ojos, no importa cuánto trate de ocultarlo. Intento preguntarle algo, pero como siempre, me responde con evasivas. Ahora la veo sacar un pasaporte americano de su bolso, y me lo entrega. Lo abro. Es mi foto junto a los datos de otra mujer, Rebecca Park, una mujer estadounidense nacida en 1988. Estoy confundida, miro a Alexa tratando de hallar una explicación, aunque en el fondo lo entiendo. Kenna Nývák está muerta para el resto del mundo y necesitaré otra identidad para viajar a Europa.

No puedo evitar pensar lo mal que luce todo esto mientras sostengo aquel pasaporte entre mis manos. Si en inmigración descubren la procedencia de mis

papeles, todo nuestro plan se vendría abajo y acabaría encerrada en una cárcel acusada de innumerables delitos; si logro ingresar a Europa, aún tendré que preocuparme por evitar morir a manos de Dante o algunos de los integrantes de Black Rose. Sacudo mi cabeza. Debo volver a la realidad. Concentrarme en el presente, preocuparme por lo que pueda pasar o no, solo complica más las cosas.

Veo a Alexa poner sobre la cama una pequeña maleta negra sin decir una sola palabra, y comienza a desempacar. Hay mucha ropa dentro, tintes de cabello, tijeras, móviles que parecen de la edad de piedra y armas, algunas de ellas bastante extrañas. Me entrega un jean, una camisa de cuadros y una gorra.

—¿Lo haces tú o lo hago yo? —dice Alexa mientras me muestra las tijeras y el tinte.

Me dirijo al baño con resignación, tomo el tinte de color rubio y las tijeras. Estoy frente al espejo mirando por última vez, no quiero hacerlo. Mientras sigo observando mi reflejo en el espejo me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado mi vida en las últimas semanas. He perdido mi identidad. Es como si todo aquello por lo que luché tantos años ahora fuera irrelevante. ¿Kenna, en qué momento terminaste involucrada en todo esto?, me pregunto mientras lentamente comienzo a cortar mi pelo viendo como cae poco a poco en el piso.

Luzco tan diferente que apenas logro reconocerme, el cabello ha cambiado, pero mi rostro también luce diferente. Tengo rasguños y golpes por todo el cuerpo, ojeras profundamente marcadas, y unos kilos menos. Ni siquiera mi mirada es la misma. Solo soy el vestigio de una joven modelo que tenía cientos de sueños por cumplir. Supongo que el nombre de Rebecca Park me va mejor ahora que no sé quién soy.

Muero por abrazar a mi madre, pero quisiera que no tuviera que verme en este estado. No tengo idea de cómo le voy a explicar lo que está sucediendo sin poner su vida en peligro. Jamás me perdonaría si algo le pasara por culpa de mis malas decisiones. Salgo del baño y veo a Alexa sosteniendo la daga que por poco acaba con la vida de Sebastián. Esa arma me trae recuerdos de los peores momentos que he pasado en mi vida. Solo verla me da escalofríos.

No tengo idea que está pasando por la mente de Alexa en estos momentos, pero no deja de mirar fijamente la daga, ni siquiera se mueve o pestañea. Ha pasado tanto en tan poco tiempo que no me había detenido a pensar en todo lo que ha tenido que vivir Alexa en los últimos siglos. Las cosas terribles que seguramente ha tenido que ver, las persecuciones por parte de la Iglesia, las guerras, la muerte de todos los mortales que ha querido, y lo peor de todo, haber



sido criada por un ser tan perverso como Dante Rossi. En estos momentos siento lástima por ella.

—Alexa ¿Estás bien? —preguntó intentando descubrir qué le ocurre, pero parece estar tan inmersa en sus pensamientos que sigue sin notar mi presencia— Alexa, ¿estás bien? —le digo de nuevo sin recibir respuesta alguna.

Camino lentamente hacia ella y toco su hombro para intentar traerla de vuelta a la realidad, pero en un rápido movimiento Alexa me deja tendida en el suelo. Recibo un fuerte golpe en la cabeza. Alexa está hablándome, pero no logro escuchar una sola palabra de lo que dice. Todo está empezando a oscurecerse frente mí, creo que estoy a punto de perder la conciencia. Intento mantener los ojos abiertos, ya no puedo más. Alexa está intentando levantarme del suelo.

—Kenna ¿estás bien?, ¿cómo te sientes? —escucho a Alexa decir mientras lentamente abro mis ojos. Estoy acostada en la cama y ella sentada junto a mí. Es tan extraño verla tan preocupada por mí.

—Me duele la cabeza.

—Lo siento Kenna. No fue mi intención golpearte, pero estaban pasando tantas cosas por mi mente y... —la interrumpo.

—Te perdono, pero por favor dame algo para el dolor de cabeza.

Alexa pronto se levanta de la cama, busca su bolso, saca una pastilla y me la entrega.

Necesito descansar, pero sé que es cuestión de tiempo antes de que los Rossi lleguen a este barco, así que me levanto de la cama dispuesta a seguir con los planes. Alexa ya tiene mis pasajes de avión a Praga. Yo viajaré en un vuelo comercial mientras ella tomará un vuelo privado horas después del mío. Debemos evitar ser vistas juntas, su presencia atrae demasiadas cámaras y alguien podría reconocerme. A estas alturas no sé qué me preocupa más, si portar un pasaporte falso o Black Rose.

—Cuídate —me dice Alexa, mientras se despide de mí con un fuerte abrazo. Como si fuera esta la última vez que nos vamos a ver.

Mis manos me sudan. Siento que mi corazón está a punto de escapar de mi pecho y estoy segura que llevo cara de culpable. Veo la hora, mi vuelo saldrá en dos horas. Estoy realmente nerviosa y estoy haciendo la fila para pasar por inmigración. Puedo sentir como aumenta mi pulso a medida que se acerca mi turno. No paro de repetir en mi mente los datos de Rebecca Park y las respuestas que daré a las posibles preguntas. Me repito que esto solo es un reto más, un personaje que debo interpretar, que nada malo pasará. Si he logrado mantenerme

a salvo de Black Rose hasta el momento, suplantar una identidad no me detendrá. “Tú puedes con esto Kenna. Todo estará bien. En pocas horas estarás con tu madre”, me repito una y otra vez en mi mente.

—Siguiente, por favor —escucho decir a la agente del cuarto cubículo.

Respiro profundo y camino hacia ella. Le entrego mi pasaporte. Ella lo revisa en su computadora. Lo observa detenidamente y luego dirige su mirada hacia mi como si sospechara algo.

—¿Te han dicho que te pareces mucho a Kenna Nývák, la modelo que murió hace poco?

Trago en seco. Intento sonreír con tranquilidad

—Es la primera vez que alguien me lo dice.

No sé por cuánto tiempo más podré mantener esta farsa. Esta mujer no deja de verme y de hablar sobre lo mucho que me parezco a Kenna. Una gota de sudor comienza a deslizarse por mi rostro. Estoy cada vez más nerviosa. Sigue buscando cosas en su computador. Sé que es parte del procedimiento, que es normal, pero siento que llevo una eternidad ahí. Finalmente la veo tomar el pasaporte para devolvérmelo. Lo logré. No puedo creer que lo logré. Tan pronto llego a la sala de espera tomo mi móvil y le envío un mensaje a Alexa.

"Pasé sin problemas. Nos vemos pronto."

Poco a poco mi pulso vuelve a la normalidad, los temblores están desapareciendo. Sé que aún faltan muchos obstáculos por superar como ingresar a Europa con este pasaporte, pero si engañé a los agentes de Estados Unidos, creo que no tendré problemas para pasar inmigración en Praga, o al menos estoy tratando de convencerme de ello. Estoy un paso, cada vez más cerca de regresar a casa.

Finalmente, tras un par de horas esperando, estoy en el avión rumbo a Praga. Un vuelo de varias horas me espera en las que podré descansar un poco como hace días no lo hago. Tengo el asiento junto a la ventanilla. Me encanta ver las nubes desde esta altura, algo en ellas me genera tranquilidad, paz. Junto a mi está sentada una señora de unos 80 años. Ella sonríe y yo sonrío de vuelta. Me dispongo a dormir pero la voz de la señora a mi lado me interrumpe.

—Eres una jovencita muy hermosa —dice tiernamente—, pero tienes un alma atormentada.

No puedo evitar sentir curiosidad al escucharla decir eso

—¿De qué habla? —le pregunto.

—¡Oh, hija! Digamos que tengo un sexto sentido y sé que has pasado por cosas que nunca llegaste a imaginar. Eres una joven muy valiente. No te

preocupes, el universo tiene grandes planes para ti.

Escucharla decir aquello me deja sin palabras. Es una situación realmente extraña ¿cómo podría esa señora saber algo de mi vida? Tal vez es simple casualidad o algo que le dice a todas las personas que conoce, o tal vez aquella mujer realmente puede ver lo que está pasando en mi interior. Sin responder nada, me acomodo nuevamente intentando descansar, pero sus palabras no paran de repetirse en mi mente ¿a qué se refería cuando dijo que el universo tiene grandes planes para mí?

Fueron muchas horas de vuelo que me sirvieron para descansar, y para convencerme de que mi verdadera misión en esta vida es acabar con Black Rose. Todo lo sucedido no puede ser casualidad. Si no hubiera tomado el camino equivocado en aquella gala de máscaras, tal vez ahora estaría en alguna sesión de fotos, en algún desfile o simplemente leyendo un libro en casa, pero no, voy en un taxi camino a casa de mi madre sin tener la menor idea de cómo le voy a explicar mi muerte, mi nueva identidad, el mal estado en el que me encuentro. He intentado comunicarme con Alexa, pero no ha respondido ninguno de mis mensajes o llamadas recientes. Sé que no debería preocuparme por ella, es una semidiosa inmortal; si hay alguien que corre peligro en todo esto soy yo, pero no puedo evitar preguntarme si está bien.

Estoy frente a la puerta de la casa donde pasé mi infancia y viví tantos momentos felices, tantas experiencias. El único lugar que he sentido como mi hogar. Veo la casa y aunque no ha cambiado mucho, siento que han pasado años desde la última vez que estuve aquí. Que abracé a mi madre y a mi hermana. Respiro profundo, presiono el timbre y casi que al instante Keira abre la puerta. Al verme, deja caer su teléfono. Está inmóvil, no dice una sola palabra, sus ojos se comienzan a llenarse de lágrimas. Puedo ver lo confundida que está. Sin pensarlo me acerco a ella y la abrazo muy fuerte. La pobre comienza a llorar descontroladamente. La tomo de la mano y la llevo dentro de casa. No puedo permitir que nadie más además de Keira se dé cuenta de que aún estoy viva.

—Keira, sé que debes tener tantas preguntas y prometo que algún día las responderé, pero ahora solo puedo pedirte perdón por haber ocultado que estaba viva. Aunque ahora no lo entiendas, quiero que sepas que lo hice por tu bien. Cuanto menos sepas es mejor. No puedes decirle a nadie que estoy aquí, ¿lo entiendes? A nadie.

—No tienes idea lo mucho que sufrí pensando que estabas muerta. Kenna ¿cómo pudiste hacernos algo así? —espeta Keira mientras se apresura a secarse las lágrimas—, siempre has sido una egocéntrica. Nos abandonaste a mi madre y

a mí.

Me duele tanto verla así y no poder explicarle nada. Sé que no puedo hacerlo sin poner en riesgo su vida. Prefiero que me odie, a que muera por culpa de mis errores. Intento abrazarla de nuevo, pero Keira me rechaza. Pronto se levanta del sofá y sale corriendo de casa. No la juzgo, supongo que necesita un tiempo a solas para poder asimilar esto. Su hermana que creía muerta apareció de repente frente a ella y sin darle explicaciones. Si yo fuera ella también estaría enojada.

Veo la hora, mi madre debe estar por volver del trabajo. Al menos sé que el reencuentro con ella será menos complicado. Salgo de la sala. Subo las escaleras y me dirijo a la que solía ser mi habitación. Parece que esta casa se hubiera detenido en el tiempo. Todo se mantiene igual desde la muerte de mi padre. Mi habitación conserva aún los mismos colores, la pared del fondo morada y el resto blancas. Estar aquí me hace sentir segura. Como si nadie en este lugar pudiera hacerme daño. Me acerco al estante frente a mi cama, está lleno de libros de todo tipo, algunos de romance, otros de crímenes, misterio y algunos sobre cultos antiguos, dioses. Tomo uno de ellos, se titula El hombre que acabó con los dioses. Recuerdo que ese fue siempre uno de mis libros favoritos. Lo leí tantas veces que perdí la cuenta, mientras leía me imaginaba viviendo en aquella época en que los dioses vivían entre los humanos. Una época gloriosa que había terminado por culpa de la traición de un hombre.

Una historia que ahora me parece más real que nunca ¿qué sabía el autor de aquel libro sobre los Rossi? ¿Era un libro de ficción que por coincidencia retrataba parte de una realidad o su autor fue alguien que llegó a conocer el secreto de Black Rose y murió a manos de ellos como muchos otros? Supongo que nunca lo sabré. Lastimosamente su autor murió hace más de 40 años. Me siento en mi cama con el libro entre mis manos y comienzo a cuestionarme tantas cosas ¿Cuántos libros más habré leído que contenían entre sus líneas secretos de sociedades antiguas? ¿Cuáles contaban ficción y cuáles realidad? Si una Semidiosa como Alexa se ha mantenido oculta entre nosotros por siglos, todo es posible. Es posible que los dragones, el mago Merlín, los unicornios, incluso que las historias sobre Harry Potter hayan sido reales. Pensándolo bien no sé por qué se me hace tan extraño todo esto. Crecí creyendo en un Dios que nunca he visto y siguiendo las reglas impuestas por un libro que escribió alguien hace miles de años ¿por qué no creer en todo lo demás?

Miro nuevamente la hora. Mi madre ya debería estar aquí y Alexa debe estar próxima a aterrizar. Decido prepararle la cena a mi madre. Dejo el libro

sobre la cama, bajo las escaleras, entro a la cocina, saco de la nevera una botella de vino, unos tomates y unas cebollas, ajo, aceitunas y spaguettis. Prepararé las pastas que mi madre me enseñó cuando tenía 12 años. Creo que fue el primer plato que aprendí a cocinar, la receta ha pasado de generación en generación. Su abuela se la enseñó a su madre, ella a mi madre, mi madre a mí y se supone que yo se la enseñaré a mi hija, si es que salgo viva después de enfrentarme a los Rossi.

Retiro el corcho de la botella de vino que ya está a la mitad y sirvo una copa. No tiene un buen aroma, parece que lleva bastante tiempo abierto pero necesito un trago, así que igual la bebo. Estoy sirviendo una segunda copa cuando escucho a mi madre amenazarme con un arma.

—¿Quién eres? Date la vuelta lentamente mostrándome tus manos o disparo.

—Mamá, soy yo ¡Kenna!

—Kenna, ¿qué haces aquí? Casi me matas de un infarto.

—Vale Mamá. Definitivamente este no era el recibimiento que esperaba —digo riendo mientras me acerco a ella para abrazarla.

—Lo siento, me has tomado por sorpresa hija —dice mi madre mientras me abraza fuertemente.

Se separa de mí, toma mi rostro entre sus manos y me mira fijamente por varios segundos para luego abrazarme de nuevo. Las lágrimas comienzan a deslizarse por su rostro. —No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí. Hubo días en que dudaba si realmente estabas viva.

No sabía cuánto necesitaba abrazarla hasta que sentí que sus brazos rodearme con tanto amor. Ver su mirada de preocupación e incertidumbre me hace sentir que le he fallado como hija. Cuando mi padre murió, me prometí que haría todo lo que estuviera en mis manos para verla feliz, y me duele saber que he estado haciendo todo lo contrario. Sé que hoy soy la culpable de sus lágrimas, y sin embargo, ella me toma de la mano y me lleva al sofá de la sala.

—¿Estás bien, Kenna? Te ves tan diferente. Y no solo hablo de tu nuevo look, te ves igual de hermosa, pero mira cuantos moretones tienes, y tus ojos... Cariño parece que no hubieras descansado en semanas. Cuéntame qué está pasando contigo. Dime cómo puedo ayudarte. Sabes que haría lo que fuera por ti.

—Estoy bien mamá. Lo prometo. Quisiera poder explicarte todo, pero ahora no puedo. Sé que es difícil de entender, pero lo mejor es que aún no sepas nada. Te prometo que me voy a cuidar. Mejor cuéntame de ti, quiero saber de tu

vida —le digo mientras sonrío para intentar tranquilizarla.

—Kenna sé que estás preocupada y que no estás bien. Eres mi hija, recuérdalo, a mí no puedes engañarme, pero respetaré tu decisión, si no puedes explicarme ahora, lo entiendo, pero por favor prométeme que te vas a cuidar y qué vas a comunicarte conmigo tanto como puedas, prométeme que vas a volver a casa si lo necesitas —de nuevo se desliza una lágrima por su rostro mientras dice aquellas palabras.

—Lo prometo, mamá —le doy un beso en la mejilla y me levanto para preparar la cena.

Han pasado más de 24 horas y aún no sé nada de Alexa. No ha respondido los mensajes ni las llamadas, cada vez que le marco me envía a buzón de voz. Ya tendría que estar en Praga hace un par de horas, hay algo muy extraño en todo esto y solo se me ocurren dos posibilidades, o algo malo le pasó o el hecho de venir a escondernos en casa de mi madre solo era un plan para poder mantenerme a salvo y alejada de sus planes de acabar con Black Rose. Entro a las redes sociales para intentar encontrar alguna información sobre ella pero no veo fotos ni noticias recientes. Sigo buscando sin descanso y encuentro una foto de ella en el perfil de una chica que asegura que Alexa Hill está en Roma, comienzo a creer que mis sospechas son ciertas. Sigo indagando un poco más y encuentro otra foto de Alexa en alguna parte de Roma. Ya no tengo duda, Alexa está en Roma, nunca me incluyó realmente en sus planes.

No importa si ella me quiere a su lado o no, pero esta guerra también es mía, lo es desde el día que tuve que fingir mi muerte y dejar toda mi vida atrás para vivir en las sombras como una criminal. Sebastián, Alexa y yo estamos unidos por un mismo secreto, ahora ellos son las únicas personas en quienes puedo confiar y no pienso abandonarlos como un cobarde, lucharé a su lado sin importar las consecuencias. Ha llegado el momento de partir a Roma.

## XVIII

### ALEXA

Desde mi fatídico encuentro con Kenna y Sebastián en la cabaña, llevo conmigo la daga a donde vaya; y esa extraña conexión que me unía a ella se ha incrementado, ya no solo siento su presencia, ahora siento que fluye energía desde mi ser hasta su cabo y cómo esta se propaga por cada centímetro de su filo, como si la daga fuera una extensión más de mi cuerpo. Nada de esto tenía sentido hasta que conocí a mi madre, por eso solo yo puedo sentir su contacto con alguien, y nadie más podía llevar a cabo los sacrificios. Dante lo sabía y lo ocultó, pero estoy segura que él desconoce el alcance que esta daga puede tener, a pesar de ser su creador.

Los siglos me hicieron arrogante, creí tener el conocimiento absoluto. Me creí superior a cualquier ser que habitaba la tierra, pero estas últimas semanas me han demostrado cuán equivocada estaba, la daga prueba lo mucho que aún desconozco. Durante tanto tiempo para mí solo fue el instrumento de un macabro rito, pero ahora hay tantos secretos que se develan ante mis ojos. Esta daga es capaz de todo, creo que es capaz incluso de alterar la realidad misma. Lentamente descubro sus secretos, sus poderes y alcances. Me siento más segura con ella que con la más precisa de las pistolas. Es una herramienta diseñada para explotar las virtudes divinas.

Estando en Roma la daga se ha convertido en mi brújula señalándome el camino hacia fuentes de energía divina. Me muestra dos caminos, el primero está las afueras de Roma, en dirección a la mansión Rossi, una prueba de que Dante esconde otro temible secreto; y el segundo camino es algo que deambula por la ciudad, rápido, errante e impredecible, no tengo duda de que se trata de Sebastián y debo llegar a él antes de que lo haga Black Rose.

Me visto con un hoodie negro, gafas oscuras y zapatos deportivos para correr si la situación así lo requiere, el rostro lo llevo cubierto para pasar inadvertida entre la multitud. Cargo conmigo un pequeño bolso donde escondo la daga, salgo del hotel y sigo el camino que me dicta Ambrossia. Trato de caminar tranquilamente para no levantar sospechas, pero la ansiedad me hace

acelerar el paso. Sebastián está cada vez más cerca de mí, al parecer se detuvo en un punto cercano. La adrenalina me tensiona. Sigo el rastro hasta un callejón. Para mi preocupación no es un callejón cualquiera, es uno que conozco bien. Su piso de ladrillo, sus muros estrechos y la pequeña puerta de madera roja que indica la entrada a Diablo Rosso; un punto de encuentro de Black Rose.

La daga indica que Sebastián se encuentra dentro. Con cautela y tratando de controlar mis propios nervios me acerco a la puerta, pero me detengo, algo anda mal. Todo está demasiado silencioso, no se escucha música al interior, ni tampoco el bullicio típico de un bar. Tanto silencio no augura nada bueno.

Saco la daga del bolso y la escondo tras mi espalda. Tengo la pistola en la mano, me aseguro de que este cargada y lista para disparar. Deslizo la puerta con cuidado procurando no hacer ningún ruido y entro sigilosamente. El bar está hecho un desastre, hay mesas rotas y personas tiradas por todas partes; dos hombres sobre la barra a los cuales me aproximo, no puedo decir con certeza si están vivos o muertos y sus pistolas aún están enfundadas, lo que haya pasado fue tan fugaz que no les dio tiempo ni de sacar sus armas. Del otro lado de la barra hay otro cuerpo desplomado con la espalda contra la pared, al verle el rostro lo reconozco, es el barman del lugar; me acerco a él y noto que tiene un arma en su mano pero no fue disparada.

¿Qué está ocurriendo?, ¿cómo es posible que al menos 20 hombres terminaran de esta forma, sin tener tiempo siquiera de defenderse? Escucho unas pisadas que provienen de la pequeña bodega del bar, rápidamente saco la daga y la empuño en mi mano derecha mientras que con la mano izquierda empuño la pistola y apunto. Entro lentamente y camino en dirección al sonido de los pasos y veo a Sebastián levantando por el cuello a Piero, el administrador del bar, un agente de Black Rose, un hombre que a pesar de no ser inmortal ni llevar la sangre Rossi en sus venas, nos ha servido fielmente durante gran parte de su vida.

—¡Sebastián! Soy yo, Alexa —bajo mis armas como muestra de paz y me acerco a él lentamente.

Sebastián apenas gira la cabeza para mirarme y enseguida regresa su mirada al hombre que tiene en su mano. Veo como aprieta su cuello unos segundos hasta que se escucha el quebrar de sus huesos, y deja caer el inanimado cuerpo como si no fuera nada. Me acerco temerosa. Conozco a mi esposo a la perfección, pero desconozco al ser que tengo frente a mí. Luce igual, pero Sebastián no le haría esto ni al peor de sus enemigos. Lo tomo por el brazo y antes de que se suelte alcanzo a ver un tatuaje brillante en su mano.



—¡Sebastián! Tienes que reconocerme. ¡Soy Alexa!, tu esposa —le grito tratando de hacerlo reaccionar—. ¡Mírame!

—¿Alexa?

De repente pone las manos sobre su cabeza y comienza a gritar haciendo gestos de intenso dolor, pronuncia cosas en latín sin sentido alguno. Me aproximo un poco más a él, pero antes de poder tocarlo desaparece, casi de la misma forma que lo hizo en el barco.

Esto es malo, muy malo. Sebastián acaba de atacar una de las principales guaridas de Black Rose, no pasará mucho tiempo antes de que sepan que fue él y vayan en su búsqueda. Me dirijo rápidamente hacia el cuarto de seguridad para eliminar todos los videos de las últimas 48 horas, debo evitar a toda costa que Sebastián sea visto ingresando a Diablo Rosso. Tan pronto termino de eliminar la evidencia en contra de él, salgo corriendo del lugar procurando no ser vista y me pongo en contacto con la policía. Cuando la policía vea la escena del crimen, acordonarán todo y comenzaran su propia investigación retrasando la de Black Rose. No será por mucho tiempo, pero ahora cada segundo es valioso.

Después de haberme alejado lo suficiente, me detengo a pensar. Sebastián está en un estado en el que no es consciente de sí mismo, así que debo capturarlo para poder despertarlo de lo que sea que le haya hecho mi madre. Luego debo atacar a mi padre y rescatar a mi hija. Una vez traicione a Black Rose, ya no habrá vuelta atrás. Sé que necesitaré refuerzos porque esto no es algo que pueda hacer sola, un ejército lo suficientemente poderoso mantener a raya al de Black Rose.

No me queda otra alternativa más que buscar al enemigo más grande que hemos tenido, el único que ha logrado poner en jaque las acciones de Black Rose, son ellos quienes gobiernan el mundo desde la luz mientras nosotros lo hacemos tras las sombras. Hace mucho tiempo, cuando cansados de las continuas guerras y las sanguinarias muertes decidimos hacer un pacto, prometimos mantenernos al margen unos de otros. Nunca pensé que este día llegaría, pero es momento de romper esa promesa. Si hay alguien que puede hacer frente a Black Rose son ellos, el Vaticano.

Me dirijo a un pequeño barrio, no muy rico, ni muy clásico justo en el límite entre Roma y Ciudad del Vaticano; camino hasta Michelangelo Café, un lugar que a simple vista es el típico café italiano, pero que en realidad es el puente directo entre los Rossi y el Vaticano. Me acerco al mostrador asegurándome que no haya nadie demasiado cerca y digo la contraseña —necesito un santo alimento—. El hombre del mostrador, quien heredó ese lugar

de su padre y este, a su vez, de su abuelo, asiente.

Sutilmente les informa a los clientes que por inconvenientes con el sistema el café debe cerrar, un proceso que se ha repetido innumerables veces. Pronto el lugar queda vacío y llegan varios carros negros que estacionan frente al café. De ellos bajan unos veinte hombres, entre los cuales hay uno que no esperaba, un hombre pequeño, gordo, calvo, y siempre sonriente. Bien podría interpretar la típica imagen de hombre bueno, pero tras esa sonrisa se esconde un ser casi tan macabro como Dante. He vivido en carne propia lo que el Cardenal Aurelio es capaz de hacer.

Cuando él era joven, hace unos 60 años atrás, lideró una incursión del Vaticano a una de las mansiones Rossi en busca de Dante, al no encontrarlo me capturaron en su lugar. Me esposaron con un artefacto que era capaz de absorber mi energía haciéndome incapaz de defenderme, vendaron mis ojos, me subieron a un auto y me llevaron a alguna propiedad a las afueras de Roma. Nunca supe que era ese lugar, ni cómo llegué hasta ahí. Cuando finalmente me quitaron la venda, me encontré en medio de un campo, desnuda y amarrada a una hoguera mientras el padre Aurelio y sus hombres celebraban mi desgracia. Sin importar mis súplicas, encendieron la hoguera para quemarme como lo hacían con los herejes, esos fueron los peores minutos de mi vida. Experimenté el dolor más terrible que jamás había sentido, el calor me consumía, sentía que la sangre se evaporaba, pero sin importar el tamaño de las llamas, yo no moría, era una agonía sin fin. No sé cuánto tiempo pasó antes de que un pequeño ejército de Black Rose liderado por Dante llegara a salvarme.

El Cardenal Aurelio, ahora toma asiento junto a mí en una mesa frente a la barra, mientras todos sus hombres rodean el lugar.

—Mi pequeña hereje pecadora ¿a qué se debe esta reunión de última hora? —dice el padre Aurelio con esa sonrisa maquiavélica.

—Tenemos que adelantar el ataque a Dante lo más pronto posible. Debe llevarse a cabo en los próximos tres días.

—¿A qué te refieres? Llevamos años preparando este ataque, sabes que aún no estamos listos. No hemos perfeccionado nuestras armas y tardaríamos al menos dos semanas en reunir a todo el ejército.

—No importa. Debemos partir con lo que tengamos. Ahora no solo está en riesgo la vida de mi hija, también la de mi esposo.

—No sabía que los de tu clase podían llegar a sentir amor por alguien... pero lo siento Alexa, no podemos arriesgar una misión de tantos años por un simple humano.

—Esta decisión no te corresponde tomarla a ti Aurelio. Tú eres un simple peón en todo esto. Exijo una reunión con tu líder máximo.

—Soy cardenal, no lo olvides. Ya no puedes llamarme simplemente Aurelio. Tú no estás en condiciones de poder exigir. Sola no podrías acabar con Dante, eres una inmortal más, como todos ellos. Acabarían contigo apenas pusieras un pie en esa casa. Nos necesitamos —dice mientras sonrío macabramente.

Ahora más que nunca me doy cuenta de que debo proteger mi verdadera identidad, no deben saber que en realidad soy una semidiosa. Eso pondría a temblar las bases en las que se fundamenta la fe del Vaticano y no descansarían hasta acabar conmigo.

—Yo no necesito de nadie Cardenal, soy más fuerte de lo que cree. Le recuerdo que mi objetivo principal siempre ha sido rescatar a mi hija, acabar con Dante y Black Rose solo es parte de la venganza. Si ataco por mis propios medios solo lucharé por los míos, su lucha contra Dante continuaría hasta el fin de los tiempos. Y bien sabe que sin mi ayuda ustedes no tienen posibilidades de derrotar a Black Rose.

El Cardenal Aurelio no se ve nada a gusto con lo que acaba de escuchar.

—Está bien Alexa. Hablaré con el Sumo Pontífice y te informaré su decisión en unas horas.

Se pone de pie y sale del lugar junto con sus hombres. Al poco tiempo el café vuelve a abrir sus puertas como si nada hubiese pasado. Me marcho camino al hotel donde me estoy hospedando. No paro de pensar en cómo usaré la daga para traer de vuelta a Sebastián sin matarlo. Si el Vaticano acepta mi condición, por lo menos podré estar tranquila con la seguridad de que Sebastián estará a salvo, y podré concentrar mis esfuerzos en idear un plan para rescatar a mi hija. Tengo un par de horas antes de saber si cuento o no con su apoyo. Me he expuesto ante ellos. Tendré que entregarles el sello real de mi familia para continuar con esta misión. Es la única manera de lograr que realmente confíen en mi palabra.

No puedo evitar pensar en Nina, ha pasado tanto tiempo desde que la vi por última vez. Si todo esto acaba, podré por fin tener una vida feliz junto a ella, es una niña tan tierna e inocente que no merece la vida que le ha tocado. Dante la ha mantenido todo este tiempo en cautiverio como si fuera un animal. Durante siglos me doblegó, me engañó con falsas historias, me utilizó, pero ya no puedo permitirlo más. Debo concentrar todas mis energías en idear el plan perfecto para finalmente acabar con él. En los miles de años que tengo de vida jamás me he

enfrentado a una batalla como la que se avecina.

## XIX

### KENNA

Encontrar a Alexa resultó ser más sencillo de lo esperado. Al parecer tiene fans en cada rincón del planeta que se encargan de documentar sus pasos. Solo fue cuestión de seguir sus pistas. Sé que quería protegerme manteniéndome fuera de todo esto, pero esa decisión no depende solo de ella.

Veo a Alexa caminar entre la multitud. No soy capaz de acercarme a ella. Siento nervios al pensar cuál será su reacción cuando me vea. Tal vez una parte de mí aún no confía completamente en ella. Ella comienza a caminar hacia el noreste, yo la sigo intentando mantener una distancia prudente. Cruza hacia una calle angosta y desolada, yo hago lo mismo. Creo que ya se percató que alguien la persigue. Decido que es momento de decirle que soy yo, pero antes de que lo haga acabo tendida en el suelo, con un gran dolor en mi espalda.

—¿Kenna? ¿Qué haces aquí? —dice Alexa mientras me ayuda a ponerme de pie. Debo dejar de tomarla por sorpresa o la próxima vez voy a terminar muerta.

—Vine a ayudarte. Sé que no me querías aquí, pero no pienso abandonarte, tampoco a Sebastián —digo mientras intento recuperar el aliento tras el fuerte golpe.

—Que testaruda eres Kenna. Esto no es un juego ¿lo sabes? Tú eres una simple mortal y aunque no puedo negar que has sido de ayuda, de ahora en adelante lo mejor es que te mantengas al margen. Por favor, vuelve a casa con tu madre.

—No lo haré. Este es mi lugar y si muero no será tu culpa. Es mi decisión. Quiero estar aquí y ayudarte. Así que tienes dos opciones, o me incluyes en tus planes o me matas —digo tratando de sonar lo más segura posible.

—Vale Kenna. En ese caso hay muchas cosas que debes saber. Una vez las sepas ya no habrá vuelta atrás. No podrás volver a tu vida hasta que todo esto acabe, así que llama a tu madre y despídete porque tal vez sea la última vez que escuchas su voz. Por última vez te pregunto ¿estás segura que quieres hacer parte de esto?

Aunque debo aceptar que sus advertencias me causan terror, no dudo en responder afirmativamente, he pasado por mucho como para llegar hasta aquí y dejarme vencer por el miedo. Alexa sonrío ligeramente. Supongo que en el fondo ella sí deseaba mi apoyo, pero no quería sentirse responsable en caso de que algo llegara a ocurrirme. Hace un par de minutos llegamos a la habitación del hotel donde está hospedada Alexa. Yo estoy sentada en la cama esperando que ella diga algo, pero no deja de caminar de un lado a otro. Se ve notablemente preocupada. Parece que estuviera a punto de decir algo pero no se atreve. No tengo idea que puede estar pasando por su mente en estos momentos, pero está claro que es algo que la atormenta profundamente. No sé cómo decirle que puede confiar en mí. Que no la juzgaré sin importar lo que me diga. Ya sé que ha sacrificado a miles de seres humanos a lo largo de la historia y aun así siento cariño por ella. ¿Qué podría ser peor que eso? Finalmente se sienta junto a mí en la cama. Respira profundo y comienza a hablar.

—Esto que te voy a contar no lo sabe nadie. Ni siquiera Sebastián —empieza diciendo mientras veo como su mirada se llena de odio y dolor al mismo tiempo. —Es algo que me atormenta cada noche, sucedió hace 10 años. Algo que causó en mí el odio más grande que jamás he sentido por alguien, que destruyó una parte de mi ser... Dante, mi padre, abusó de mí una noche mientras me sometía con la daga —una lágrima se desliza por su rostro, pero ella se apresura a secarla. —Lo hizo porque quería crear otro ser de sangre divina. Desde que él asesinó y desterró a todos los dioses y semidioses de este universo, yo soy el único ser de sangre divina que existe, por ende, soy la única que puede continuar con los sacrificios, la única que puede mantenerlo a salvo del castigo de los dioses, su única esperanza de vida. Lo desprecio tanto Kenna, y pensé que ese mismo sentimiento me perseguiría hasta mi hija, pero no fue así. Al verla por primera vez, tan indefensa, tan pequeña e inocente de todo, no pude evitar sentir un amor profundo por ella. Ese amor de madre del que siempre hablan los humanos. Cuando vi a Nina, lo entendí todo.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Alexa no es ese ser perverso que muchos creen, ese ser desalmado que incluso yo llegué a pensar que era. Alexa no es más que una víctima de Dante, el verdadero villano de toda esta historia. Violar a su propia hija es algo que no tiene justificación alguna. Ahora más que nunca quiero conocer a Dante y verlo caer ante su propio reino. Ese hombre merece el peor de los castigos.

—Él sabía que yo estaba empezando a ponerme en su contra, y que sin mi ayuda todos los Rossi morirían en poco tiempo, sus almas serían condenadas a

sufrir eternamente la furia de los dioses desterrados. Créeme Kenna, yo habría parado los sacrificios si no fuera porque Dante tiene a mi hija en sus manos, por eso esta misión no se trata solo de asesinarlo. Mi principal objetivo es rescatar a mi hija.

Ni en el peor de los escenarios habría imaginado todo el sufrimiento que cargaba Alexa en su alma. Siento tanto impotencia por ser una simple mortal como ella me llama, incapaz de ayudar tanto como desearía. Estoy haciendo un gran esfuerzo por no llorar. Sé que necesito mantenerme fuerte, pero escuchar aquella historia desgarró mi corazón, y no puedo evitar pensar que tantas veces desee su vida, que parecía tan perfecta, sin llegar a sospechar todo lo que se ocultaba tras su nombre.

—Lo siento Alexa. Siento que hayas tenido que pasar por todo eso. Que hayas tenido que crecer con un hombre como Dante, pero te prometo que rescataremos a tu hija y acabaremos con él.

Aún tengo tantas preguntas que hacerle, pero sé que no es el momento correcto para ello. Ahora lo único importante es idear el plan correcto para acabar con ese ser despreciable, desterrarlo de este universo así como él hizo con Ambrossia y encontrar a Sebastián.

—¿Sebastián?, ¿sabes algo de él? —Pregunto. Veo a Alexa nuevamente dudar antes de hablar.

—Sí, pero ya no es el Sebastián que tú y yo conocimos. No sé qué le hizo mi madre, pero ahora es un hombre peligroso. Lo vi matar despiadadamente a decenas de hombres de Black Rose. Desapareció tan pronto me vio. Debemos estar preparadas para lo peor— la escucho decir mientras se quebranta su voz.

Parece que esta reunión no traerá más que malas noticias. Sabía que algo malo había detrás de aquel pacto que hizo con la madre de Alexa, pero jamás imaginé que él se podría convertir en un asesino despiadado. El Sebastián que yo conocí, con el que compartí tantos momentos, tantos peligros, no era capaz de quitar una vida sino era en defensa propia y ahora se ha convertido un ser inestable. No alcanzo a imaginar cómo se sintió Alexa al ver al amor de su vida en esas condiciones, no entiendo cómo hace para mantenerse en pie y seguir luchando. Solo espero que todo este riesgo valga la pena y Dante pague finalmente por todos sus actos.

—Sé que Sebastián te reconocerá y volverá a ser el hombre del que te enamoraste. Es un hombre fuerte, casi tanto como lo eres tú, pero ahora más que nunca debemos enfocarnos en el ataque a Black Rose. Solo tú conoces la estructura de la organización y sabes cómo podemos atacarlos —Alexa asiente y

mira la hora.

—Ya todo está en movimiento, estoy esperando que mi contacto del Vaticano se comunice conmigo. Necesitamos de su apoyo si queremos tener al menos una oportunidad para derrotar a Dante.

—¿Vaticano? ¿Vaticano como el del Papa? —digo confundida.

—Sí, Kenna.

Sé que para Alexa esto es normal, pero yo aún sigo asimilando toda esta situación. Una reunión en el Vaticano es algo que no había contemplado. De hecho, no me queda claro cómo puede existir una relación entre Black Rose y el Vaticano; todo este tiempo creí que eran enemigos. Cada día me doy cuenta de lo poco que sé.

Pronto escucho el móvil de Alexa sonar. Ella se pone de pie y contesta. Mantiene una corta conversación y cuelga.

—Llegó el momento Kenna. Debemos estar en la basílica en una hora. Quiero que sepas que es posible que no volvamos de allá. La iglesia lleva siglos intentando capturarme, recurrí a ellos porque son la última opción que tenemos, pero si mi contacto me mintió y esto es solo una trampa, ese será nuestro fin.

Ya estoy comenzando a entender por qué me dijo que no habría vuelta atrás si decidía hacer parte de esto, porque cada minuto junto a ella es como una carrera hacia la muerte. Alexa abre el closet, quita una especie de falso fondo y de allí saca un baúl, al destaparlo noto que está lleno de armas, mapas, y una pequeña caja de madera con el símbolo de su familia, dentro de esa caja está lo que parece su sello familiar. Ella lo mira fijamente por unos segundos, y guarda de nuevo aquel baúl dejando fuera la pequeña caja.

—¿Estás lista, Kenna? —Me dice mientras guarda la caja en su chaqueta. Yo asiento. Salimos del hotel en dirección a Ciudad del Vaticano.

La última vez que estuve en esta ciudad era tan solo una niña, recuerdo haber pensado lo majestuosa que era la Basílica de San Pedro, pero ahora que la veo a distancia y tantos años después, no es como la recordaba. Poco veo de impresionante en ella. Estamos a menos dos kilómetros de distancia, nos aproximamos pero varios hombres nos bloquean en una esquina. Por un momento pienso que se trata de la seguridad del Vaticano pero me doy cuenta que Sebastián es el líder de aquel grupo. Si lo que dijo Alexa sobre él es real, esto no puede ser nada bueno. Aunque ese hombre luce exactamente igual a Sebastián, su mirada es muy distinta, está llena de odio y sed de venganza; sé que está dispuesto a matarnos. Todos los hombres alrededor de él permanecen inmóviles como esperando su orden.



—Sebastián, soy yo. Soy Alexa, tu esposa. Por favor reacciona.

—Yo no soy Sebastián. Dante me envió por ti.

—Sebastián, tú eres más fuerte que lo que sea que te está dominando ahora —digo en un intento por hacerlo recapacitar.

—¡Qué no soy Sebastián! —Dice esta vez con evidente enojo mientras corre hacia mí, pero por suerte Alexa lo intercepta y me protege de su ataque.

Alexa toma a Sebastián de las manos, él parece tener una lucha interna entre este nuevo ser despiadado y el Sebastián que conocemos. Sus cinco hombres están con las armas listas para atacar. Alexa sigue intentando que Sebastián reaccione. Le está diciendo cosas que no alcanzo a escuchar, quisiera poder hacer algo, pero sé que es inútil que intente enfrentarme a cinco hombres armados yo sola. De repente Sebastián hace un movimiento y le corta la cabeza a uno de sus hombres. Alexa saca la daga Ambrossia que llevaba escondida en su espalda y comienza a luchar contra aquellos hombres.

—Huye Kenna —le escucho gritar a Alexa en medio del caos. No quiero hacerlo. No quiero huir. Quiero ayudar, pero Alexa me lo ordena nuevamente—. ¡Kenna, vete ya! Te necesito viva para el plan final.

Comienzo a correr en dirección a la basílica. No he avanzado mucho y ya escucho las sirenas de la policía acercarse al lugar. Me detengo. Veo los cuerpos en el suelo empapado por la sangre, pero entre ellos no están ni Alexa ni Sebastián. Sigo corriendo, tratando de alejarme de allí mientras todos los turistas corren y gritan sin control. No tengo muy claro qué debo hacer. Intentaré buscar refugio en el Vaticano.

Un hombre vestido de negro con una especie de cogulla me toma por detrás y me tapa la boca.

—Jenai la espera dentro.

No sé si debo confiar en él porque puede ser un hombre de Dante. Forcejeo con él y lo lanzo al suelo, estoy a punto de golpearlo de nuevo, pero él me muestra el sello Rossi, el mismo sello que tenía Alexa en el hotel. Decido confiar. Lo ayudo a ponerse en pie.

—Lo siento —le digo a aquel hombre que parece tener unos 50 años.

Camino detrás de él manteniéndome alerta. Abre una pequeña puerta a un costado de la basílica que nunca había visto. Es como un pasadizo secreto lleno de antorchas. Lúgubre. Caminamos por unos 15 minutos hasta que finalmente empuja una pared y salimos a un gran salón dónde está Alexa junto a varios cardenales. Todos están de pie dispersados, conversando. Intento acercarme a Alexa pero justo en ese momento el Papa ingresa al recinto. Todos lo saludan

con una reverencia, y comienzan a tomar sus respectivos puestos en una gran mesa rectangular. El Papa en la cabecera principal de la mesa y Alexa en la cabecera opuesta. Yo sigo de pie. El hombre que me llevó hasta ese lugar me indica el puesto junto a Alexa, y me pide que tome asiento.

Jamás pensé estar tan cerca del Papa y en una reunión tan secreta. El Papa dice algo en latín y Alexa le responde. Uno a uno comienzan los cardenales a hablar. Parece que estuvieran discutiendo, pero por más que quiera no logro seguir el hilo de la conversación, son pocas las palabras que entiendo. Veo a Alexa poner el sello de su familia en medio de la mesa. Cada uno de los cardenales lo toma y lo revisa cuidadosamente hasta que finalmente llega a manos del Papa. Él lo guarda en un pequeño cofre con llave. Cuelga la llave de su pecho, se pone de pie y se retira llevando el cofre en sus manos. Los cardenales se retiran. Uno por uno detrás al papa, dejándonos solas en aquel lugar.

## XX

### ALEXA

La reunión con el Papa y los cardenales resultó como lo esperaba. Tras entregarles el sello real de los Rossi, me han confirmado que cuento con su apoyo. Esa es la prueba irrefutable de mi traición a Black Rose. Ya no puedo dar marcha atrás; la guerra más grande que han presenciado los humanos desde la rebelión contra los dioses, está a punto de iniciar.

—Kenna, no sé qué tanto entendiste en la reunión, pero lo importante es que contamos con el apoyo del Vaticano. Su ejército privado nos escoltará en el ataque a Dante.

—¡Eso es una gran noticia Alexa! y... ¿qué pasó con Sebastián?, ¿está bien?, ¿dónde está ahora? —pregunta con preocupación en su mirada.

—Sebastián estará bien, ahora descansa en una habitación a pocos metros de aquí. No te preocupes. Está esposado con un artefacto diseñado por el Vaticano para contener a cualquier inmortal o ser superior. No podrá hacernos daño hasta que logre que vuelva en sí.

Kenna y yo salimos de aquel gran salón y nos dirigimos a la habitación donde está recluido Sebastián. Ese lugar me recuerda tanto a la casa donde crecí, un gran castillo con cientos de pasadizos secretos e innumerables habitaciones. Es casi imposible encontrarse con alguien aquí dentro por simple casualidad. Mientras voy caminando con Kenna, tropiezo con una monja y la mujer de unos 70 años cae al piso junto con su biblia. Me inclino para ayudarla a levantar, pero en cuanto ve mi rostro comienza a temblar como si acabara de ver a algún demonio. Mi verdadera identidad no es ningún secreto dentro de este recinto.

—¡Hija del demonio! Abandonad nuestro lugar sagrado.

Su reacción me recuerda la razón por la que nos ocultamos, y el temor que inspiramos. Para muchos somos aberraciones, para otros seres crueles y egoístas. Para esta religiosa, yo soy la representación de toda la depravación del mundo.

—Señora, no sé con quién me está confundiendo, ¿la ayudo a ponerse de pie o no?

—¡Aléjate de mí! —hago una reverencia y me retiro dejándola ahí.

Kenna apenas puede contener su risa. Parece que la creencia de que yo sea un demonio le parece divertida, y yo no puedo culparla. Ella no ha estado año tras año viviendo enfrentamientos y todo el mal que ha sido causado por los de mi clase. Sé que con el tiempo será más comprensiva y juzgará menos en estas situaciones.

Seguimos nuestro camino hacia la habitación de Sebastián. Abro la puerta y lo encuentro acostado, con sus manos esposadas, custodiado por dos hombres de la Guardia Suiza. Me siento a su lado y le pido a los guardias que esperen afuera. Ellos se dirigen a la salida. Kenna se sienta al otro lado. No tengo duda alguna de que ella realmente quiere a Sebastián, y lo comprendo porque pasaron por tanto juntos cuando estaban huyendo de Black Rose, que construyeron un lazo inquebrantable.

Tomo su mano, puedo sentir las tibias. Me reconforta saber que está vivo. Verlo con los ojos cerrados, dormido, me tranquiliza. Sin duda alguna no es la mejor de las situaciones, me enfrento a mi pasado, tuve que aliarme con aquellos que me humillaron y me causaron dolor por siglos, sin mencionar que mi hija aún está atrapada por el ser más diabólico que haya existido; aun así, siento paz con solo tocar a Sebastián. Juego con su mano, tratando de sentirlo un poco más y entonces una extraña sensación me recorre, un leve calor que no lastima, pero siento como llega por mis dedos, sube por mi brazo, se esparce por todo mi cuerpo y regresa de nuevo a Sebastián. No es una sensación normal. Algo acaba de ocurrir.

—¡Alexa! Mira el tatuaje en su mano —dice Kenna sorprendida.

Sin soltar su mano veo el tatuaje en su otro brazo. Su brillo es menor, casi nulo y parece fluir, como si algo en ese tatuaje se estuviera apagando lentamente. En este instante llega a mí una idea surgida de la más profunda de las corazonadas o quizás el más básico de los instintos.

—Kenna, no sé qué vaya a pasar ahora, lo mejor es que te ubiques en la parte más alejada posible de Sebastián —ella sin refutar se pone de pie y se va a la esquina de la habitación, a varios metros de distancia de la cama.

Saco la daga que llevaba oculta en mi espalda, y hago un corte diagonal sobre el tatuaje. Un corte superficial.

Cuando ese extraño tatuaje entra en contacto con la daga, algo cambia. Es como si partes de él se hicieran cenizas y se esfumaran en el aire. Sebastián hace un pequeño gesto de dolor. Sigo tocándolo con la daga hasta que un símbolo diferente que no puedo borrar aparece.

Asustada, temerosa de no haber causado un mal mayor, toco su pecho.

Dejo fluir mi energía hacia él. Con mi energía, lo que sea que esté ocurriendo a su interior podrá ser vencido, o al menos contenido. Pronuncio las palabras *revertere anima ad corpus tuum*, repetidas veces pero nada pasa. Estoy a punto de rendirme cuando siento a Sebastián moverse con fuerza. Experimento una sensación muy parecida a la que he sentido con la daga los últimos días. Un intercambio de energías entre Sebastián y yo. Sea lo que sea que está dentro de él es bastante oscuro, puedo sentirlo, frío, oscuro, húmedo, como si estuviera atrapada en una caverna y en medio de ella estuviera Sebastián solo y cansado.

Comienza a gritar e intenta liberarse de las esposas pero no lo logra. Parece que algo quisiera escapar de su cuerpo. Está manteniendo una lucha interna. Me duele tanto verlo así. Sebastián no merecía pasar por esto, no él, que decidió seguir junto a mí a pesar de todos mis secretos; él que siguió amándome incluso cuando descubrió que era un monstruo, una asesina, una mentira; él que el único error que cometió fue enamorarse de alguien como yo.

Intento dejar mis emociones a un lado y me esfuerzo por mantener nuestras manos unidas. Sebastián poco a poco deja de moverse. Está empezando a tranquilizarse. De un momento a otro lo veo abrir sus ojos de golpe para luego quedar completamente inconsciente. Espero un momento en silencio otra reacción pero nada ocurre. Vuelvo a ocultar la daga en mi espalda. La marca que quedó en su mano ya no brilla. Se ve cada vez más opaca.

—¡Alexa! ¿Qué pasó? Sebastián ¿está bien? —dice Kenna mientras corre hacia la cama.

—No lo sé Kenna, tenemos que esperar a que despierte. Solo así sabremos si esto funcionó —le digo resignada sabiendo que no hay nada más que yo pueda hacer por ahora. Le doy un beso profundo en la boca mientras cierro mis ojos. Lo miro por última vez y me levanto de la cama.

Salgo de la habitación junto a Kenna mientras trato de mantenerme fuerte, no puedo mostrarme débil en estos momentos. De inmediato los dos guardias que esperaban fuera vuelven a entrar al cuarto. Para este momento Dante ya debe saber lo que estoy preparando en contra de él, así que tendré que pasar los tres días antes del ataque recluida en este lugar, conviviendo bajo el mismo techo que mis enemigos.

No hay tiempo que perder. Debo planear cómo será el ataque a la mansión Rossi.

Paso dos días planificando detalles. Un grupo de tres cardenales son los líderes del ejército santo en esta nueva cruzada, son sujetos inteligentes, fríos y calculadores, fueron designados por el Papa para velar por los intereses de la

Iglesia en este asunto. Y puedo ver por qué fueron escogidos. Ellos solo tienen una misión en sus mentes, ganar esta batalla. Las motivaciones, los implicados, no son más que variables; para ellos, que yo haya sido su enemiga, es solo un dato más. Sus órdenes son ganar la batalla y eso harán.

Hago un plano en el que describo cada centímetro de la propiedad Rossi. Cada piedra, cada arbusto, cada corredor sin salida y cada puerta secreta que conozco está aquí. El ejército de paladines está preparado para la acción.

Antiguamente habría bastado con llevar al ejército a la mansión y combatir por días enteros hasta que fallecieran al interior. Pero los tiempos han cambiado. La Iglesia no puede darse el lujo de enfrentar abiertamente a nadie, además si se llega a confirmar la existencia de Black Rose, sería un problema para ambas organizaciones, quedarían expuestos terribles secretos que tanto la Iglesia como los Rossi hemos ocultado durante siglos. Sería el fin de una era.

La batalla debe ser rápida y silenciosa. La incursión comenzará a las 1:00 a. m. y se espera la retirada a las 4:00 a. m. En esas tres horas debemos eliminar a Dante y a todos los inmortales, no se dará cuartel a nadie; y rescatar a Nina, que hasta donde tengo conocimiento debe estar en el ala sureste de la mansión.

Los paladines de la Iglesia cuentan con todo tipo de armamento, desde armas de fuego, hasta esposas para detener a inmortales; tienen un arma antigua que succiona las vidas robadas y regresa a cualquier persona a su mortalidad, esas mismas usaron conmigo cuando intentaron quemarme en la hoguera, es algo con lo que no contaba. Tiene espadas benditas, hechas un material que desconozco, que según ellos son capaces de cortar las almas. Si esas espadas realmente cumplen esa función, estaremos un paso adelante en esta lucha.

Hay varias unidades en este ataque, la mía se encargará de buscar a Nina. Todo será rápido y no debe haber mayor problema, pero siento una gran preocupación. Algo me dice que las cosas no marchan para nada bien, y que debería desistir de este plan, pero a estas alturas no puedo dejarme llevar por las supersticiones y me marchó junto con mi unidad.

La llegada fue un completo desastre, pues ya nos esperaban. Alguien del Vaticano nos traicionó, debí preverlo. Fue una masacre, mi unidad y yo caímos bajo una lluvia de balas y fuego, lo vi caer a todos y en medio de la confusión un rostro conocido me golpeó fuertemente y me encadenó antes que pudiera defenderme.

—Siempre supe que tú no merecías ser nuestra líder —dice Sophie mientras me arrastra por el pelo—. Eres muy blanda Jenai, te encariñas con los humanos. Nunca entendiste nuestro papel en este mundo. Los humanos tienen

que adorarnos. Vernos como sus líderes

—Sophie detente.

—¿Qué harás si no te suelto?, ¿me matarás como lo hiciste con mi padre?

—Dice Sophie con odio—. Es tarde para eso. Ahora la daga la tengo yo.

—Dante te miente, te ha manipulado todo este tiempo.

—Estúpida, lo sé todo y no me importa. No me importa quién muera, ni quién sufra, no me importa nada mientras yo esté en la cima del mundo. Black Rose es eso, es a donde pertenezco. Y cuando por fin encuentre una manera de ser inmortal sin tu ayuda, te juro que te mataré, te descuartizare, te arrancaré esa linda piel y te tiraré a la basura que es el lugar al que perteneces.

Me doy cuenta de que el odio de Sophie es más grande de lo que jamás imaginé. Me tiene encadenada y me arrastra sin darme la oportunidad de defenderme. Siempre fue la mejor de nuestros asesinos, posee habilidades de lucha que ni siquiera yo tengo. Continúa arrastrándome hasta llegar a una zona apartada, me sube por las escaleras dejando que mi cabeza se golpee con cada escalón. Las gotas de sangre, producto de los golpes en mi frente, han quedado por toda la escalera; mi nariz está destrozada. Finalmente se detiene frente a una puerta.

Abre la gran puerta y me lanza con violencia dentro. Tan pronto levanto la mirada lo veo a él sentado en un trono con la luna a sus espaldas. A su lado está mi hija, me enfurezco al verlo y trato de levantarme, pero Sophie me golpea con tanta fuerza que siento romper mi tobillo y caigo al piso de nuevo.

—Dante maldito, déjala ir, ella no te sirve de nada.

—Tienes razón, si no sirve de nada, quizás debería matarla —dice mientras pone la daga en la garganta de Nina—. Aunque en realidad no sería justo con la niña, quién debe morir eres tú. Tú que trajiste todo este caos al dejar vivo a ese mortal; incluso contactaste a tu madre y lo enviaste para que me matara. Pero es un bueno para nada, ni con todo el poder del mundo acabaría conmigo... No tienes idea de lo fácil que fue para mí manipular su mente para que fuera tras de ti. Solo usé, una pequeñísima ilusión y el hombre pensó que era mi servidor y fue a matarte sin recordar siquiera quién eras —dice Dante mientras se burla de mí—. Siempre supe que nos traicionarías. Si no fueras la única de sangre divina entre nosotros habría acabado contigo hace tanto tiempo.

Escuchar las palabras de Dante solo me hace enojar más. Debo engañarlo, hacerle creer que ganó la batalla y me derrotó, en cuanto baje la guardia lo atacaré, solo necesito un segundo para robar la daga. Mientras eso sucede, estoy reuniendo todas mis energías para recuperarme de las heridas causadas por

Sophie.

—Iré a acabar con lo que queda de sus aliados —dice Sophie mientras se retira del salón.

Sin Sophie aquí, mis posibilidades se incrementan. Mi tobillo ya está totalmente sano, voy a acabar con él, solo tengo que tomar la daga. Aún con las cadenas puedo moverme un poco, solo eso necesito, un poco.

—Eres una idiota Hija, una ilusa —dice mientras se da la vuelta para contemplar la luna.

Es mi oportunidad. Me lanzo por la daga, pero Nina está en medio. La aparto de Dante, pero al regresar mi mirada hacia él, la daga penetra en mi estómago y caigo al piso sin poder recuperarla.

—Mami —dice Nina mientras se acerca a mí.

Parece que al final no era tan especial como creía, siento un dolor indescriptible que apenas me deja moverme. Nina me toma de la mano mientras yo siento que poco a poco voy desfalleciendo.

—Perdóname hija —digo con mi último aliento.



## XXI

### KENNA

El momento había llegado, durante los dos últimos días estuve memorizando los planos de la de la mansión Rossi y escuchando cada detalle del plan. Cada unidad esperaba órdenes para abandonar la basílica. Yo estaba equipada con armas que jamás llegué a pensar que tendría en mi poder. Entre ellas, una espada que al parecer es capaz de acabar con el alma de quien la atraviesa, ni siquiera un inmortal sería inmune a ella, aunque en el Vaticano insistieron que tuviéramos cuidado. Solo debíamos usarlas como último recurso.

Antes de partir nos dirigimos a la habitación donde estaba recluido Sebastián. Los dos guardias que lo vigilaban nos dejaron pasar sin problema. Sebastián mantenía sus manos atadas porque según Alexa, era posible que él aún representara un peligro para los humanos, pero ya me di cuenta que todo era parte de su plan por mantenernos a él y a mí alejados de la misión.

—Alexa ¿estás segura que es necesario que siga encadenado?

—Sí Kenna, es lo mejor, hasta que todo esto acabe. No puedo tener la certeza de que ese hombre sea mi esposo.

Asentí sin hacer más preguntas. Alexa se acercó a Sebastián, se sentó junto a él y lo tomó de la mano. Lo miró por unos segundos con esa mirada que solo puede tener alguien que siente el amor más puro. Él permanecía dormido, ella se acercó y lo besó mientras una lágrima se deslizaba por su rostro. Sabía que si algo salía mal, esa podría ser la última vez que lo vería. Yo estaba al otro lado de la cama, en silencio, esperando que Alexa diera la orden de marcharnos. Ella se puso de pie, se acercó a mí, y me miró fijamente por varios segundos como si también estuviera despidiéndose de mí.

—¿Está todo bien Alexa? —Le pregunté confundida.

—Lo siento Kenna —fue lo último que escuché antes de que me diera un golpe tan fuerte que me dejó inconsciente.

—¡Kenna! ¡Kenna!, ¿estás bien?, ¿tú por qué estás aquí? —Escucho a una voz decir en lo profundo de mi mente.

No sé cuánto tiempo pasó desde que Alexa me golpeó. Lentamente

comienzo a abrir mis ojos. Siento un fuerte dolor de cabeza y estoy un poco desorientada. No tengo claro donde estoy. Miro a mi lado y veo a Sebastián acostado junto a mí, poco a poco comienzo a recordarlo todo. Alexa me engañó de nuevo y me dejó fuera de la misión. Está claro que quiere mantenerme al margen de todo. Me estoy cansando de que me trate como una niña indefensa. Debería recordar que si no fuera por mí, Sebastián habría muerto antes que ella lo encontrara.

—¿Eres tú? Sebastián, ¿eres tú de nuevo?

—¿De qué hablas Kenna? Claro que soy yo, soy Sebastián. ¿Por qué estoy atado? y ¿dónde está Alexa?

—Alexa debe estar en la mansión Rossi. Hoy es el ataque... pero no sé nada más. Alexa me golpeó y me dejó inconsciente.

—Kenna tienes que ayudarme. Busca a alguien para que me libere, tengo que ayudar a Alexa.

—Lo haré con una condición... Iré contigo. Yo conozco todo el plan de ataque y los planos de la casa. Me necesitas.

Sebastián lo piensa por unos segundos.

—Kenna, puede ser muy peligroso ¿lo sabes? Es mejor que te quedes aquí.

—¿Pueden dejar los dos de intentar protegerme?, quiero ayudar. Es mi decisión. Sin mi ayuda te perderás.

Sebastián sigue dudando, pasados unos segundos, finalmente acepta mi propuesta. Yo me pongo de pie y salgo de aquella habitación en busca del Cardenal Aurelio, él debe saber cómo quitar las esposas de Sebastián y seguro podrá darnos información sobre la misión. Le pregunto a los guardias que custodian la habitación sobre la ubicación del cardenal, pero ambos me ignoran. Comienzo a caminar por los largos pasillos de aquel lugar sin tener muy claro hacia dónde me dirijo. Veo pasar a la monja que llamó hija del Demonio a Alexa, me acerco a ella para preguntarle sobre el cardenal, pero antes de que pueda decir una palabra me grita.

—Aléjate de mí.

Sigo caminando confundida. Veo muchas puertas. Este lugar es inmenso. Finalmente veo a lo lejos a uno de los cardenales que estuvo presente en la reunión con el Papa. Me acerco a él.

—Cardenal, perdone que lo moleste, pero necesito saber con urgencia ¿dónde está el Cardenal Aurelio?

—Tú eres la jovencita que vino con Alexa ¿cierto? —Asiento—, el

Cardenal Aurelio debe estar en el centro de mando dirigiendo el ataque, te acompaño. Necesitas la huella de uno de nosotros para poder pasar.

Aquel hombre que parecía tener unos 70 años y ser de origen español, me acompaña hasta el centro de mando que queda varios niveles abajo. El lugar se encuentra altamente custodiado. Caminamos por un largo pasillo hasta una puerta hecha de un material bastante fuerte, me atrevo incluso a decir que es blindada. El cardenal pone su mano sobre el lector de huellas que se encuentra a un lado. Pronto las puertas se abren y dentro observo muchas pantallas, pero solo dos están emitiendo imágenes del ataque. Las demás tienen el mensaje de “señal perdida” escrito. El Cardenal Aurelio parece estar intentando contactar con las unidades.

—¡Maldición! ¡Unidad tres respondan!

—Cardenal ¿está todo bien?

El Cardenal parece que apenas se acaba de percatar de mi presencia. Se gira hacia mí y me mira confundido.

—No Kenna, nada está bien. Hemos perdido contacto con la mitad de las unidades, entre ellas la unidad de Alexa. Esto es una masacre.

—Cardenal tiene que liberar a Sebastián ahora. Tenemos que ir en busca de Alexa.

—Alexa dijo que ese hombre aún no era de fiar, ¿estás segura que podemos confiar en él?

—Estoy segura Cardenal. Debe confiar en mí. Confiar en nosotros.

Él me mira con incredulidad. Deja instrucciones a los demás en el centro de mando y abandona el recinto junto conmigo. Al llegar a la habitación, veo a Sebastián impaciente sentado en la cama. El Cardenal Aurelio se acerca a él. Puedo ver en su mirada lo inseguro que se siente al estar próximo a desactivar las esposas, no lo culpo, él conoce cada uno de los crímenes cometidos por Sebastián desde que llegó a Roma. Antes de liberarlo me mira como esperando mi aprobación para proseguir. Yo muevo la cabeza indicando que es lo correcto. El cardenal toma la llave que lleva colgada de su pecho y la introduce en las esposas, Sebastián está libre. Siento temor al pensar que pude haber tomado la decisión equivocada, pero lo veo a los ojos y puedo notar que es él. Sebastián está de vuelta.

—Cardenal ¿qué sabe del ataque? Y ¿de Alexa?

—Perdimos contacto con su unidad hace más de 15 minutos.

Al escuchar esto se pone rápidamente de pie. Aún un poco débil comienza a ponerse la camisa y los zapatos. El cardenal pone a nuestra disposición un

helicóptero y armas. Debemos llegar al lugar donde se supone que estaría la unidad de Alexa para saber qué ocurrió. Aunque Sebastián no ha dicho mucho, puedo ver la preocupación en su mirada. Se espera lo peor.

Tras unos 20 minutos de vuelo, llegamos a la mansión Rossi. El panorama desde el aire es desolador. Veo decenas de cuerpos tendidos en los alrededores, es una masacre. Nos acercamos sigilosamente mientras nos escondemos entre los arbustos. Se escuchan algunos disparos. Nos dirigimos a la ubicación donde se tuvo contacto con la unidad de Alexa por última vez. Sus 12 hombres están muertos junto con algunos de Black Rose, pero Alexa no parece estar cerca. No quiero imaginar que pueden estar haciendo con ella si la capturaron. Debemos actuar pronto.

—Kenna, debemos rescatar a Alexa, ¿sabes con qué conectan esos balcones?

—¡Sí! Si no me equivoco esos balcones llevan a un lobby que conecta con el pasillo de las habitaciones.

—Perfecto. Podemos utilizar estas plantas trepadoras para subir ¿podrás hacerlo?

—Sí.

Esa pared está cubierta en su mayoría de plantas trepadoras que llevan cientos de años creciendo, Alexa me habló de ellas. Eran parte del plan inicial, antes que decidiera dejarme inconsciente en la basílica. Se supone que debía usarlas para escalar hasta la ventana, pero esa pared está mucho más elevada de lo que esperaba. No puedo evitar pensar que si caigo será mi fin. Siento que el tamaño de ese muro se acrecienta a cada segundo que pasa. En ningún momento mientras planeábamos este ataque, llegué a pensar que yo podría tenerle miedo a las alturas, creí que con todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, ya estaría preparada para enfrentar cualquier situación. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Quisiera dar marcha atrás y hacer lo que Alexa me dijo cuando llegué a Roma, volver a casa junto a mi madre, pero es demasiado tarde para arrepentirme.

Sin pensarlo, Sebastián da el primer paso y comienza a escalar rápidamente. Yo lo sigo, aunque me toma mucho más tiempo. Agarro una de las ramas y me impulso hacia arriba. Una mano, luego un pie, luego la otra mano y el otro pie, poco a poco voy subiendo. Creo que mientras no mire hacia abajo estaré bien. Faltan pocos metros para llegar a la primera ventana. Me tranquiliza saber que pronto podré estar en suelo firme. A esta distancia ya no escucho disparos, ni golpes, nada. Todo se siente bastante tranquilo aquí arriba.

Finalmente Sebastián está justo al lado del pequeño balcón que según los planos nos darán acceso al hall antes de llegar a las habitaciones. Él salta, y de un brinco cae dentro, luego me extiende su mano para ayudarme a entrar. Ya estamos los dos en el balcón. Sacamos las armas que llevábamos sujetas a la pierna, verificando que estén listas para disparar; lentamente él abre la puerta del balcón, pero mientras la rueda, la puerta emite un fuerte chillido que me temo, puede haber alertado a cualquiera de nuestra presencia en ese lugar. Empuño la pistola, debemos estar preparados para disparar en cualquier momento.

Entramos. Miro de un lado a otro, parece que no hay nadie cerca. Ese lugar es impresionante, tiene techos de más de 2.5 metros de altura. Grandes obras de arte cubren las paredes, 12 bustos están repartidos a lo largo de aquel salón, a simple vista no logro reconocer ninguno de los rostros. Hay decenas de puertas. Alexa me dijo que Nina estaría tres niveles más abajo. Debemos ser cautelosos.

Escucho unos pasos que indican que alguien se está acercando. Debemos escondernos pronto en cualquiera de las puertas. Sebastián me toma de la mano y me hala dentro de una. Cada vez escucho los pasos más cerca. Cierra con seguro. Siento a alguien girar la perilla, pero se detiene a los pocos segundos. Terminamos dentro de una oficina con una decoración bastante peculiar, un escritorio de mármol con pocas cosas encima, solo un computador, un pisapapeles, una foto en la que aparecen varias personas pero solo logro reconocer a Dante y a Alexa; me atrevo a decir que esa foto fue tomada durante una de sus “galas de máscaras”. Una de las paredes está cubierta por diplomas, hay decenas de ellos, con muchos nombres diferentes y fechas. Algunos datan de más de 100 años. Cuánta historia guardan los muros de este lugar.

Ya no escuchamos pasos. Estamos a salvo para salir. Yo me acerco a la puerta y cuando estoy a punto de abrirla, la puerta cae sobre mí. Sebastián se lanza sobre el hombre que tiró la puerta. Comienzan a golpearse por toda la oficina, destruyendo el computador y algunos cuadros. Mientras ellos pelean yo aprovecho para ponerme en pie y apuntarle a aquel hombre, dudo antes de disparar, sé que si fallo podría herir a Sebastián. Sin pensarlo más disparo justo a la cabeza. El hombre cae muerto. Nos apresuramos a salir de ese lugar.

No podemos perder más tiempo. Corremos en dirección a las escaleras de bajada, pero antes nos asomamos desde el piso superior para confirmar que sea seguro hacerlo. Veo algunos cuerpos tendidos en el piso, pero parece estar despejado. Sebastián y yo bajamos cuidadosamente mientras llevamos las armas listas para disparar. En mi espalda también traigo la espada rompe almas que me

proporcionó el Vaticano.

Esta misión ha sido un baño de sangre. Hay cuerpos por todos lados. Algunos incluso sin cabezas. Nos abrimos paso entre ellos y nos acercamos a las otras escaleras que también parecen estar despejadas. Si no me equivoco, Nina tendría que estar en el próximo nivel. Bajamos lentamente y a lo lejos puedo ver a Sophie atravesar una de las puertas del final del pasillo.

—Ella debe saber dónde está Alexa. Es como la mano derecha de Dante —afirma Sebastián—. Debemos estar preparados para atacar.

—De ella me encargo yo. Sé perfectamente quién es.

Ambos sacamos nuestras espadas y nos acercamos sigilosamente, cuidando que no haya nadie a los alrededores. Corremos hasta aquella puerta. Esperamos a que sea el momento justo para entrar. A los pocos minutos alguien desde dentro gira la perilla, nosotros nos escondemos. Es Sophie, sale y Sebastián aprovecha para entrar. Sophie y yo quedamos cara a cara. Había esperado con ansias este momento. Ya no dudaré en acabar con ella.

—Kenna, Kenna, Kenna... otra vez nos encontramos —dice Sophie con una sonrisa maliciosa.

—No sabes cuántas ganas de tenerte frente a mí. Eres un ser despreciable Sophie Rossi —le digo mientras empuño con fuerza la espada.

—Soy mucho más de lo que tú nunca llegarás a ser. ¿Sabes lo aburrido que fue tener que vivir contigo todo este tiempo?, escuchar día tras día cuánto extrañabas a tu familia, a tu papá. Lo mucho que te autocompadeces. ¿Jugar a ser BFF?, fue una genuina tortura Kenna Nóvak.

Siento tanta ira al escucharla decir eso que no dudo en atacarla con la espada, pero Sophie logra esquivar el ataque mientras se burla de mí.

—¿Eso es lo mejor que tienes Kenna?, ¿sabes que soy inmortal, no? Necesitas mucho más que una simple espada para matarme.

Intento atacarla de nuevo, y esta vez logro lastimar parte de su brazo izquierdo. Puedo ver como su mirada se llena de odio. La Sophie que hace unos minutos se estaba burlando de mí, completamente segura de que yo no representaba rival alguno para ella, ahora se ha lanzado contra mí para golpearme. La espada cae a unos centímetros de mí. Golpeo a Sophie de vuelta, pero no logro hacerle ni cosquillas. Saco la pistola que tenía escondida bajo el pantalón y le disparo en la frente. Sophie cae a un lado mío. Aprovecho los segundos de confusión para alcanzar la espada y atravesar con ella el corazón de Sophie. Veo como su mirada se apaga lentamente. El fin de una inmortal ha llegado.

## XXII

### ALEXA

Siento como la última gota de sangre abandona mi cuerpo. Todo está oscuro. No tengo fuerzas. Apenas puedo abrir los ojos una última vez para ver el rostro de Nina antes de morir. La escucho gritar junto a mí, pero su voz se desvanece a cada segundo que pasa. Sus pequeños brazos me mueven intentando traerme de vuelta a la realidad, pero no soy capaz de reaccionar. Ya no siento nada más que silencio y soledad.

De repente, en medio de toda la oscuridad, una luz azul aparece. Nuevamente los gritos de Nina se escuchan fuerte. Empiezo a sentir mi cuerpo. La luz se incrementa. Siento como poco a poco recupero la fuerza hasta que finalmente abro los ojos de regreso a la vida. La primera imagen que veo es Sebastián tocando mi herida y dejando fluir su energía hacia mí. De alguna manera logró canalizar su poder para sanar la herida causada por la daga.

—¡Mamá!, ¡estás viva! —expresa Nina mientras me abraza fuertemente.

Sebastián se ve exhausto, ha excedido sus límites por salvarme, agotando la mayor parte de su energía. Estoy segura que ahora solo queda en él parte del poder que le dio Ambrossia, tal vez no lo suficiente para resistir un ataque de Dante. Me preocupa que sea de nuevo un simple mortal; sin embargo, puedo notar que su mente aún es fuerte e imparable, su voluntad no se ha doblegado. Se pone de pie y pisa firme sin apartar su mirada de Dante.

—Esto es como una escena de cuentos de hadas. El caballero llega a salvar a su dama —dice Dante en tono de burla—, si esto fuera así, seguramente ganarías sin dificultad. Suerte que para mí esto es la realidad. Una realidad dónde están perdiendo la batalla y la guerra. La realidad donde yo acabo con los dos.

En un parpadeo, Dante cruza desde un extremo de la habitación hasta nosotros. Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo para reaccionar. Aún estoy muy débil. Cuando mi cerebro por fin procesa lo que está viendo, me doy cuenta de que Sebastián pudo detener el ataque de Dante. Quizá Sebastián tenga oportunidad después de todo.

Con la daga en su mano, Dante lanza estocada tras estocada, algunas de ellas logran cortar las manos de Sebastián, pero sin causar ninguna herida profunda. Por más que lo intento, no soy capaz de seguirlos con mis ojos. La velocidad de ambos está muy por encima de todo, ningún ser humano podría moverse así. Sin duda, el poder que mi madre le concedió a Sebastián lo hace superior a cualquier mortal. Verlos pelear así me genera una gran duda. Si Sebastián se mueve así por el regalo de mi madre ¿por qué Dante puede moverse a igual velocidad? Cuando me hago la pregunta, Dante golpea fuertemente a Sebastián dejándolo caer con brusquedad al piso.

—No eres el único con un don interesante niño. Pero a diferencia tuya yo he tenido cientos de años para perfeccionarlo, mientras tú solo llevas un par de días.

Ahora lo entiendo. El otro rastro de divinidad que anunciaba la daga era Dante. Él posee el mismo poder que Sebastián, la diferencia es que él lo sabe usar muy bien. La lucha que antes parecía de igual a igual, ha cambiado para mostrar a Dante como dominante. A cada segundo que pasa Sebastián se hace más lento. Tiene heridas por todo el cuerpo y con cada una de ellas, lo abandona una parte de su poder.

Quiero ayudar, pero no sé cómo hacerlo. Nunca sospeché que Dante pudiera tener los mismos poderes que ahora posee Sebastián; es casi imposible tocarlo, sin contar, además, que tiene en sus manos la única arma capaz de acabar conmigo. Por más que lo analizo, no veo cómo saldremos vivos de esto. Sebastián está más lastimado y débil, sé que si no hago algo pronto, perderemos.

Veo a Dante a punto de acertar con una puñalada letal a Sebastián cuando un sonido de detonación causa que la daga caiga al suelo y Dante retroceda. Por la puerta, apuntando a Dante, Kenna hace su aparición. Rápidamente tomo la daga y me ubico junto a Kenna y a Sebastián. Sé que estamos en la peor situación posible, pero me alegra saber que por primera vez en mi vida tengo un verdadero respaldo, personas en las que puedo confiar. Por primera vez sé que no estoy sola en mis problemas.

—Parece que te subestimé Kenna Nóvak. No puedo creer que hayas derrotado a Sophie... Pero bueno, así es esto —dice Dante que actúa como si no fuéramos amenaza alguna.

En un parpadeo, Dante aparece frente a nosotros, separándonos de un golpe. Yo caigo a un extremo del lugar y antes de poder ponerme en pie lo veo acercándose rápidamente a mí. Puedo ver el desprecio en su mirada. Nunca fui más que un instrumento para él. El único ser que podía mantenerlo a salvo del



castigo de los dioses.

—¡Tú! Mocosa insolente, no perderé nada, no perderé nunca, ni siquiera por ti—me grita mientras se acerca.

Antes de que llegue a mí, Kenna descarga las pocas balas que le quedan sobre él. Dante sonrío al ver que acabó sus balas y no logró hacer nada; se gira y comienza a caminar hacia a ella, mientras Kenna retrocede con temor. Pero antes de alcanzarla, Sebastián se interpone en su camino recibiendo un fuerte golpe que lo envía al final de la habitación. No importa cuán lastimados están, aún puedo ver fuego en sus miradas. Están dispuestos a luchar hasta el final. Ellos no se rendirán sin importar qué pase, y yo debo corresponder a esa valentía.

Con la daga en la mano, trato de canalizar mi energía para usar sus poderes y llegar a Dante, pero es inútil, es demasiado fuerte y rápido. Antes de que pueda hacer algo en su contra ya me ha golpeado más de diez veces; sin duda alguna no somos rivales, pero hay alguien que sí lo es, alguien tan poderoso como para ser una amenaza sin estar presente, que lo odia incluso más que yo, el único ser que puede acabar con él. Mi madre.

Corto mi mano y dibujo un círculo. Canalizo toda mi energía a través de la daga y el círculo, repitiendo el mismo procedimiento que realicé en el barco cuando invoqué a los dioses. Una energía verde comienza a desprenderse de la daga y con ella aparece mi madre quien apenas me dirige una mirada, mientras concentra toda su energía en Dante. Él trata inútilmente de escapar, pero mi madre le rompe las piernas con un chasquido y lo sujeta por el cuello.

—Mi amor, lo siento. Esto no tiene que terminar así —dice Dante tratando de escapar de las manos de Ambrossia. Ya nada queda de aquel hombre altivo que estaba seguro de poder acabar con nosotros.

—Yo también lo siento mi amor —responde Ambrossia mientras toma el cuerpo de mi padre. Un mar de llamas verdes los envuelve antes de desaparecer por completo.

Por fin Dante recibirá el castigo que se merece.

—¡Mami! ¡Mami! —Escucho gritar a Nina mientras sale corriendo de la parte de atrás de la silla donde estuvo oculta todo este tiempo.

La abrazo tan fuerte que la escucho quejarse. No puedo creer que la tenga entre mis brazos y hayamos ganado. Por primera vez en siglos me siento libre. Sebastián, Kenna y yo nos miramos, y aunque no podríamos vernos peor, sonreímos. Sé que todo lo que necesito está dentro de estas cuatro paredes.

## EPÍLOGO: SOPHIE

Todo mi cuerpo grita de dolor, es desgarrador. La herida causada por Kenna no para de sangrar, así que rompo parte de mi vestimenta e improviso un vendaje. Necesito ayuda. Hago un gran esfuerzo para ponerme en pie y comienzo a caminar por las ruinas de la mansión, pero el sufrimiento se acrecienta con cada paso que doy. El panorama a mi alrededor es desolador. Un camino marcado por el caos y la muerte. No hay rastros de sobrevivientes, ni siquiera de Dante, ya no siento su presencia. Parece que ese maldito obtuvo el final que merecía.

En medio de la desgracia, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Reconstruiré Black Rose, y esta vez conmigo al mando seremos más poderosos que nunca. Te arrepentirás de no haber acabado conmigo, Kenna.

¡La guerra apenas comienza!

---

Con cada anochecer, llega un nuevo día. Con cada despedida un nuevo inicio y con este punto final, una nueva historia vendrá.